

EL ESPAÑOL

2'50 Ptas

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 19-25 julio de 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 242

EL JEFE DE LA N.K.V.D. FUE DETENIDO
LA NOCHE DEL 30 DE MAYO

MALENKOV-1
BERIA-0

REUNION EN EL KREMLIN
A LAS TRES DE LA MADRUGADA

De izquierda a derecha: Lazar Kaganovich, cincuenta y nueve años; Georgi Malenkov, cincuenta y uno; Lavrenti Beria, cincuenta y tres; Nikolai Bulganin, cincuenta y ocho; Nikita Khrushchev, cincuenta y ocho; Klimint Voroshilov, setenta y dos, y Viacheslav Molotov, sesenta y tres.

ALEMANIA A LA
EXPECTATIVA

La fulminante destitución y prisión de Beria es comentada en todo el mundo. EL ESPAÑOL ofrece esta información desde tres ángulos: Moscú, Berlín y Washington. La crónica de Berlín es la primera que publicamos de nuestro enviado especial Manuel Blanco Tobío (Premio Nacional de Periodismo 1952), que como anunciábamos en nuestro número anterior...

...durante el funeral soviético por Stalin fue llamada esta fotografía en la plaza Roja, de Moscú. Beria ocupaba el segundo lugar a la izquierda de Malenkov.



RAFAGAS DE AMETRALLADORAS CONTRA EL COCHE DE MALENKOV

CONVOCATORIA URGENTE EN EL KREMLIN

NO hacía mucho que habían sonado las tres de la madrugada cuando Molotov fué arrancado del lecho para atender una llamada telefónica:

—Venga inmediatamente al Kremlin. Ha ocurrido algo importante.

—¿De qué se trata?

—No pierda el tiempo. Es muy urgente.

Lo intempestivo de la convocatoria no podía sorprender a Vyacheslav Molotov, más de una vez citado a aquella hora incómoda por Stalin. Pero el tono con que se le dió la orden de trasladarse a la residencia oficial de aquél, le hizo comprender que algún acontecimiento imprevisto reclamaba su presencia en el Kremlin, en la madrugada del 2 de marzo, sin pérdida de tiempo. Media hora después, Molotov se hallaba camino de la capital desde la lujosa «Cácha» en que habita, a una veintena de kilómetros de Moscú.

Mientras tanto se repitió hasta cinco veces la misma llamada perentoria.

SUPERSECRETO

—Trasládese urgentemente al Kremlin. Se le necesita para un asunto de gran importancia.

Ni Bulganin ni Vorochilov pudieron conseguir tampoco un anticipo de la naturaleza del asunto que motivaba la llamada. El secretario de Stalin, que en persona iba citando a todos, se abstuvo de informar a Kaganovich y Beria, que completaban el núcleo de dirigentes soviéticos a quienes se congregaba tras las murallas del Kremlin al amanecer de aquel lunes de marzo. Malenkov no ignoraba que los teléfonos de los dignatarios del partido, del Estado y del Ejército, por alta que fuera su posición, se hallan permanentemente intervenidos por la Policía secreta. Y lo que tenía que decir era de-

masiado grave para permitirse el riesgo de que la noticia trascendiese antes de que hubiera habido tiempo de tomar medidas para afrontar sus efectos.

Uno a uno comparecieron en el despacho de Malenkov, contiguo a las habitaciones privadas de Stalin. Lo hizo primero Molotov; poco después llegaba Beria, cuya residencia en la Lubiánka le ponía más al alcance del dictador. Kaganovich y Bulganin llegaron casi juntos. El último en presentarse fué el mariscal Vorochilov, pues hubo necesidad de buscarle en tres sitios distintos, al no encontrarse en ninguna de las villas que posee en las afueras de la capital. Sólo entonces, cuando todos estuvieron reunidos, habló Molotov:

—Stalin ha muerto.

Porque Stalin falleció, efectivamente, el día 2 de marzo, no el 3 de ese mes, conforme se anunció oficialmente.

—Les he llamado con el fin de proceder a un estudio de la situación que se nos crea y para acordar las medidas con las que habrá que hacerla frente.

PRISIONEROS DE MALENKOV

Mientras tanto, Malenkov había ordenado que se tomasen las medidas convenientes para que ninguno de aquellos altos personajes pudiera abandonar el Kremlin. Tres días se necesitaron para acordar la nueva estructuración del poder político en la U. R. S. S., tres días durante los cuales el cadáver de Stalin fué embalsamado y se publicaron comunicados sobre el proceso de una enfermedad que ya había acabado con José Visarionovich Djugachvili. Hasta que el jueves se dió al mundo la sensacional nueva de la desaparición de Stalin del mundo de los vivos.

Si ésta se guardó tanto tiempo

como el mayor secreto fué porque se encontraron dificultades para el reparto del poder unipersonal, monolítico, entre los herederos del zar rojo.

Para ninguno de los reunidos era un secreto el gran efecto psicológico que, dentro y fuera de la U. R. S. S. causaría el anuncio del fallecimiento de Stalin. Malenkov tenía razón al advertir a los reunidos que había que asegurar la estabilidad interior antes de que se hiciese público lo ocurrido.

Puede afirmarse, que los seis destacados personajes, allegados colaboradores del desaparecido, permanecieron reunidos permanentemente desde aquella madrugada hasta que Radio Moscú lanzó al mundo, a las seis de la mañana, hora de la capital soviética, la gran noticia. Hasta entonces no se había llegado a una plena coincidencia en los puntos de vista que, uno por uno, expusieron los reunidos.

NECESIDAD DE GANAR TIEMPO

Después habría de saberse, por comentarios que se hicieron en círculos frecuentados por personajes de la nueva situación, que en aquellas dramáticas reuniones Vorochilov y Molotov se habían opuesto a la inauguración de una política de apaciguamiento para con Occidente, que Bulganin y Beria propugnaban como el mejor medio de ganar el tiempo necesario para afianzar la nueva situación.

Molotov razonó:

—Un gesto apaciguador podría interpretarse como un sintoma de debilidad por nuestra parte, que podría inducir a Occidente a arrebatarnos la iniciativa en la guerra fría:

—Un ataque por sorpresa, rápido y decisivo, daría a la Unión Soviética una victoria total, con la que se reafirmarían nuestras posiciones avanzadas en Europa, apoyó Vorochilov.

Con todo, la tesis que prevaleció fué la del binomio Bulganin-Beria. Era ésta —o se creía ser al menos— la opinión del Ejército, y nadie hubiera osado, desaparecido Stalin, enfrentarse a las fuerzas armadas, en las que Bulganin goza de gran popularidad y no escaso prestigio.

Kaganovich, acabó apoyando el programa «apaciguador» ante la sola mención por Beria de ciertos hechos que le cubrirían de prestigio, de trascender al conocimiento público, que él sabía por los informes de sus agentes encargados de la custodia de los altos dirigentes soviéticos.

MALENKOV NO TEME A BERIA

Fué quizá entonces cuando el Jefe de la Policía secreta, al insinuarse como dirigente dispuesto a usar de medios coercitivos para imponer su voluntad, se ganó la hostilidad de quienes tenían motivos para temerle, precisamente por hallarse en posición de informes comprometedores, recogidos por la M. V. D. en muchos años de paciente labor. Sólo Ma-



En el entierro de Zhdanov la plana mayor del comunismo marcha tras el féretro, entre ellos Beria.

lenkov, frío, taimado, con la cautela que es su más relevante característica, se abstuvo de intervenir y se inclinó, o al menos lo aparentó, por la voluntad de aquella mayoría de tres contra dos.

En cualquier caso, desde aquel momento quedó planteada la lucha por el poder personal, cuyo primer capítulo iba a cerrarse ochenta y siete días después, con la exoneración del omnipotente Laurenti Beria.

Fué durante aquellas reuniones cuando se alcanzó una aparente reconciliación entre los dos grandes rivales, que en vida de Stalin tanto se habían combatido y temido recíprocamente. Como una confirmación de ello, en las ceremonias funerarias de Stalin, Malenkov anunció públicamente el nombramiento de Beria como el «número dos» de la U. R. S. S., correspondiendo aquél con la afirmación solemne de que «todo el partido, el Gobierno y el pueblo soviéticos aceptaban a Malenkov como su nuevo jefe». De hecho no quedaba otra alternativa que la del acatamiento al nuevo amo, no ya porque éste fuese «designado» como heredero suyo por Stalin en el XIX Congreso del partido, sino porque el asiático, Georgi Malenkov, oportunista, se había colocado en una posición casi inatacable, repitiendo para sí la maniobra de Stalin que se impuso a Zinoviev, Kamanev y Bujarin, este último nombrado «favorito» del partido por Vladimir Ilych antes de su muerte.

Pero tras la capa de una cooperación cordial y un sometimiento sin reservas, los verdaderos sentimientos de Malenkov y Beria eran muy otros. Poco a poco van conociéndose detalles de la gestación de una crisis que había de culminar con la destitución y procesamiento del jefe de la Policía secreta, el hecho que en la U. R. S. S. se ha considerado como el más sensacional desde la caída de Trotsky. El «número uno», pese a todas las muestras de obediencia que casi a diario recibía de su antiguo rival, seguía recelando y, secretamente, rumiaba la posibilidad de un ajuste de cuentas. La decisión era grave, porque la «liquidación» de Beria daría al mundo la impresión que precisamente se había tratado de evitar cuando se ahogaron los antiguos rencores.

TENDIENDO LAS REDES

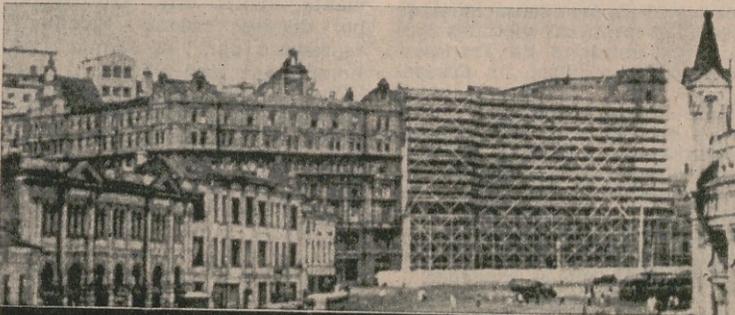
No fiándose de Beria, Malenkov le hizo vigilar muy estrechamente por la superpolicía soviética, la Policía de Seguridad del Estado, desgajada del Ministerio del Interior y organizada bajo un Ministerio independiente, de cuyo jefe, Merkulov, no se ha oído hablar estos días en Moscú. Quizá por esa vigilancia que no podía dejar de intuir, los planes de Beria fracasaron; fué ella también la que le hizo precipitarse para no verse rebasado por los acontecimientos. Pero, sobre todo, lo que determinó su acción directa fué el fracaso de la política de suavización que había propugnado para con los satélites como medio de ganarse la confianza de los occidentales. A partir de entonces, los acontecimientos, que culminaron el 10 de julio con la separación de todos sus cargos del jefe de la poderosa Policía Política, se sucedieron con inusitada rapidez.

EN BERLÍN SE DECIDIÓ LA PARTIDA

En una reunión celebrada el 11 de abril, Molotov denunció los efectos nocivos que para los intereses soviéticos iba produciendo la política apaciguadora. En mayo, las previsiones de Molotov se cumplieron con el levantamiento de los trabajadores de Pilsen, seguido de otros movimientos de subversión en Hungría.

Beria sintió que la tierra temblaba bajo sus pies y anticipó la fecha del golpe que venía planeando, para erigirse en árbitro de la situación en la U. R. S. S. por encima del Ejército y del partido.

Esto fué lo que le perdió, pues al prescindir del apoyo de Bulganin, situó a éste automáticamente en el bando de Malenkov.



Este es el edificio que ocupa la prisión de la Lubyanka, que tuvo que ser ampliada en tiempos de Beria.

ATENIADO FALLIDO

En la noche del 30 al 31 de mayo, Beria ordenó el levantamiento de la vigilancia que la M. V. D. mantiene permanentemente en el trayecto comprendido entre el Kremlin y una de las «dachas» construidas para los dignatarios rojos a unos kilómetros de la capital. Sabía que Malenkov se proponía aquella noche trasladarse a la residencia en que habita durante los breves paréntesis en que se ausenta del Kremlin. Y apostó en el lugar más apropiado, un «grupo especial», cuya misión no era otra que la de atentar contra Malenkov. El golpe falló, porque las ráfagas de ametralladoras disparadas contra el vehículo usado por el sucesor de Stalin—el mismo coche blindado que éste usó en vida—no dieron en el blanco. Beria había previsto la posibilidad del fracaso, y se hallaba preparado para huir si las cosas no salían como esperaba.

EN LA RATONERA

Pero la Policía de Seguridad del Estado, que le había venido vigilando, llegó a evitar que Beria llegase a enterarse del fracaso del acto terrorista. En vano esperó, recluido en su despacho de la Lubyanka, la llamada que esperaba. Creyó por un momento que el atentado no se había perpetrado, y hasta se le vio, tras una mañana de intensa agitación, algo más tranquilizado a la caída de la tarde de aquel día 31. Intentó entonces abandonar su despacho y se encontró con el impedimento de un grupo armado hasta los dientes, que vigilaba el corredor que daba acceso a él. Todo el edificio de la M. V. D. estaba militarmente ocupado. No había salda posible. Poco después, el temido Laurenti Beria era arrestado bajo la inculpación de conspi-

ración contra la seguridad del Estado soviético y recluso —paradojas del destino— en la misma celda que ocuparon Zinoviev primero y Yagoda después, cuando a cada uno le llegó el turno de rendir cuentas a la N. K. V. D.

DESAPARICION DE BERIA

Beria fué encarcelado en la noche del 31 de mayo al 1 de junio. Ello explica su ausencia del Berlín-Este —donde se le suponía al no vérselo en los lugares que frecuentaba habitualmente— durante la represión del levantamiento de las masas populares, de la que se encargó el Ejército rojo, porque la Policía soviética había quedado decapitada antes, con la desaparición del mariscal que la mandaba, y hubo de limitar su intervención al papel auxiliar secundario que se la asignaba por el mando militar.

Por esa misma razón no se le vió en el Gran Teatro Bolshoi junto a Malenkov, Molotov, Bulganin y otros altos dirigentes, en la función de gala que tuvo lugar el día 28 de junio. Nada ha vuelto a saberse de él desde entonces. Pero lo más seguro es que se le mantenga bajo vigilancia hasta que Vichinsky, colaborador de Malenkov en la preparación de las purgas stalinianas de los años 1936 y 1937, hálvane un cuarto proceso de Moscú, en el que la figura central será Laurent Beria.

El dramático desenlace de una rivalidad durante años sostenida, liquidada en favor de Malenkov, no logra distraer del todo a la opinión soviética. ¿Cuál será la próxima víctima de una rivalidad patente, que el arte del dismulo, que tan bien domina Malenkov, no ha logrado ocultar?

Bulganin no es probable que sea el próximo «objetivo» malenkoviiano, porque no puede correr el riesgo de enfrentarse a las fuerzas armadas hasta tanto no haya afianzado su posición personal. Molotov parece ser el próximo depurado, no sólo por su condición de «número dos» durante mucho tiempo, que le capacita para aglutinar en torno a sí a un eventual movimiento opositor, como el que Beria trató de constituir, sino porque al instalarse en el Ministerio de Asuntos Extranjeros, se le ha aislado de los resortes del Poder interno, incapacitándose de hecho, para una tentativa como la que la Policía de Seguridad estatal hizo abortar en la noche del 31 de mayo.

Después, la cadena clásica de las depuraciones se pone en marcha, con su cortejo habitual de desaparición misteriosa de parte de los hombres de confianza de Beria y el proceso sensacional de otros. Las primeras víctimas han caído: el ministro de Transportes soviético, Halisef, ha desaparecido. Beria arrastrará igualmente a gran número de personajes hechura suya en los países satélites. La detención de Wilhelm Zeisser, el tristemente famoso «general Gómez» de las Brigadas Internacionales, y de toda su plana mayor de la Policía popular de Berlín Oriental no son más que el comienzo.

Mariano ROJAS.

DESDE BERLIN



LA INCOGNITA DE SEMIONOF, ALTO COMISARIO SOVIETICO EN ALEMANIA

¿Es un hombre de Beria o de Malenkov?

(De nuestro enviado especial M. BLANCO TOBIO)

LOS voceadores de los periódicos berlineses anunciaban así la caída de Beria: «El acontecimiento más importante desde la muerte de Stalin.» Un rotativo de la tarde, para subrayar la trascendencia del hecho y la significación del personaje en desgracia, llevaba este titular en primera página: «Ha sido detenido el Himmler de la Unión Soviética.» Habitualmente, la gente de aquí no se detiene en las calles a leer el periódico. Pero esta vez todo el mundo lo hacía para enterarse de los detalles, ampliamente comentados, del vertical derrumbamiento del «sinistro segundo georgiano». Fué en verdad una noticia bomba, que cogió a todo el mundo por sorpresa, aunque aquí se daba por descontado que un día u otro el triunvirato Malenkov-Beria-Molotov entraría en colisión.

¿DONDE ESTA SEMIONOV?

La atención y preocupación de los alemanes se concentró inmediatamente en el alto comisario soviético Semionov, del que no se sabía con certeza si estaba en Berlín o en Moscú. Es perfectamente lógica esta expectación por diversas razones. Semionov representa para los alemanes el hombre que vino a Berlín a apagar el fanatismo y el radicalismo staliniano de Walter Ulbricht y a hacer ofertas probablemente tentadoras para una hipotética reunificación de Alemania. Semionov está —o estaba— en la línea de la ofensiva de paz soviética, que para los alemanes de la República Popular significaba una suavización

de los métodos y del Gobierno de Ulbricht. Esta intención rusa se vió claramente desde el momento en que Semionov regresó de Moscú con el título de alto comisario. Este pulido diplomático ruso lo primero que hizo al llegar a Berlín fué ponerse en contacto con hombres tan «de derechas» como Nusschker, dando ostensiblemente la espalda a Ulbricht, partidario de la soviétización a ultranza de la Alemania Oriental y culpable «tácito» de la revuelta berlinesa del 17 de junio.

La incógnita se plantea ahora así: ¿Es Semionov un hombre de Beria o un hombre de Malenkov? Las opiniones están divididas en este punto, pero hay un hecho cierto: el alto comisario soviético hizo su carrera al lado de Beria, y se sabe que éste fué quien le propuso para Berlín. Se añade, sin embargo, que Semionov vino a Berlín a ejecutar una política planeada por Malenkov. Los círculos aliados berlineses confirman esta tesis al expresar la creencia de que con la caída de Beria se hará más sólida la posición del alto comisario soviético, «enemigo de Ulbricht». Añaden también que esa desaparición de Beria por un escotillón de la Lublanka traerá consigo un cambio fundamental en la política rusa para Alemania, si bien confiesan su ignorancia en cuanto al signo de este cambio.

LA CAMPANA ELECTORAL

El mismo día que la Prensa anunció la caída de Beria trajo también la noticia de que las elecciones para la Bundestag o Asamblea Federal se celebrarán

el próximo día 6 de septiembre. Es una mera coincidencia, pero altamente significativa. La campaña electoral, que está ahora en sus comienzos—han aparecido los primeros carteles de propaganda—, gira sustancialmente sobre la conducta y los planes de Moscú para el futuro de Alemania. Los demócratas cristianos del canciller Adenauer no creen en las buenas intenciones de la Unión Soviética e insisten en sus puntos de vista originales: elecciones libres en toda Alemania y europeización.

APOYO RUSO A LOS SOCIALISTAS

Los socialistas de Adenauer tienen puestas sus esperanzas, por el contrario, en una conferencia a cuatro, de la que suponen podrían salir las bases para una reunificación de Alemania. En ambos casos puede decirse que Rusia tiene la palabra. Tanto en Bonn como en Berlín se espera que antes de que el pueblo alemán acuda a las urnas el 6 de septiembre, Moscú haga nuevas ofertas reconfortantes que fortalezcan a los socialistas y descalabren al hombre que se interpone entre sus planes y Alemania: el canciller Adenauer. ¿Modificará sustancialmente la caída de Beria el contenido de esas ofertas ansiosamente esperadas por los partidos políticos de la República Federal para reñir su batalla electoral decisiva? Por el momento no hay respuesta a esta pregunta. Pero es indudable que para la Unión Soviética, desde el punto de vista táctico, sería más beneficioso llevar adelante, por el momento, la «línea Semionov» que volver a imponer la «línea Ulbricht», que puede llevar fatalmente a otro 17 de junio.



Los tanques rojos intentando disolver las manifestaciones en la plaza Leipzig, de Berlín.

SIGUE LA LUCHA POR EL PODER EN EL KREMLIN

No se ha dejado de relacionar el derrumbamiento de Beria con la revuelta berlinesa y con los alzamientos populares que esporádicamente se han registrado en diversas ciudades de la Alemania Oriental, incluidos los territorios de administración polaca. Como ministro del Interior, sobre él caía la responsabilidad de la seguridad dentro del imperio soviético. Pero se advierte, por otro lado, que en el caso de Alemania esa misión corresponde en realidad a Asuntos Exteriores y al Ejército de ocupación. De todas formas esto sólo habrá servido como pretexto a Malenkov, al lado de otros muchos, para con-

denar a su «querido» colega. Nadie duda en Berlín de que acabamos de asistir a un dramático episodio más de la lucha personal por el Poder, por todo el Poder, y son legión los que creen que detrás de Beria irá Molotov, aunque se supone que éste es más duro de pelar, por tener a sus espaldas una parte de los mariscales del Ejército rojo.

Existe una gran confusión en lo que respecta al origen de la ofensiva de paz soviética. Unos la atribuyen a Malenkov y otros a Beria. He leído comentarios para todos los gustos, si bien predominan, al menos en Berlín, los que suponen a Beria hombre más moderado y conciliador que Malenkov. Pero la verdad sobre esto pronto la sabremos. Alemania, como en tantas otras ocasiones, servirá de clave para descifrar estos difíciles crucigramas que de vez en cuando nos plantea el Kremlin. La continuación de Semionov querría decir que la ofensiva de paz sigue adelante. Su relevo, quizá por el «ulbrichteano» Yudin, significaría todo lo contrario. Ojo, pues, a este hombre que ha venido «a traer la «pax... soviética».

EL COMITRE DEL VOLGA

A fin de cuentas, Beria ha tenido el mismo final que todos sus predecesores en el cargo que ocupó, y que fueron Dzerjinski, Menjinski, Yagoda y Yekov. El que le sustituye ahora, Sergio Kruglov, nada tiene que envidiar a Beria, pues lleva a las espaldas una brillante carrera de «chekista» y de comité de trabajadores forzados en el canal Volga-Don, lo que le valió recientemente una condecoración.

Por lo que respecta a Alemania, la caída del «general Gómez» —el alias de las Brigadas Internacionales que ilustra con perfiles sangrientos la personalidad del jefe de la Policía oriental—, Wilhelm Zeisser, y la detención de más de 500 jefes y oficiales de sus «Vopos» (Volkspolizei) indica claramente que las repercusiones de la conspiración moscovita no se hacen esperar.



En un alarde de fuerza, los tanques soviéticos patrullan por las calles berlinesas.



EN WASHINGTON

LAS CALDERAS DE LA «OFICINA DE ESTUDIOS», A TODA PRESION

UNA CENTRAL DE «NOTICIAS CALIENTES»

WASHINGTON. (Especial para EL ESPAÑOL.)

En Washington el trueno de la guerra estalló en el momento en que M. Bidault terminaba una apacible cena íntima en la Embajada de Francia. Lord Salisbury se disponía a retirarse a sus habitaciones de la capital británica, después de una apacible velada con sus consejeros, y John Foster Dulles, en la villa de ladrillo rojo que habita en Georgetown, el barrio elegante de la capital norteamericana, estaba preparando sus papeles para la conferencia del día siguiente. Una llamada telefónica, por la línea oficial del departamento de Estado, le interrumpió: Laurenti Paulovich Beria, el amo de las detenciones de madrugada, el señor de los campos de concentración y de las minas de Siberia, el gran depurador del régimen de Stalin, había sido depurado, destituido de sus cargos, expulsado del partido comunista y arrestado.

NOTICIAS «FRÍAS»

Hasta entonces, el formidable mecanismo periodístico mundial había asistido a unos acontecimientos prácticamente irrelevantes. El comienzo de la reunión de los ministros de Asuntos Exteriores de Francia y Gran Bretaña con el secretario de Estado norteamericano distaba mucho de tener el carácter sensacional que los periodistas anglosajones señalan con un expresivo nombre: no había «hot news», noticias calientes.

Al iniciarse la conferencia de «las pequeñas Bermudas» todos sabían de antemano lo que se proponía Inglaterra, lo que quería Francia y lo que estaba Norteamérica dispuesta a conceder. Sin la oportuna colaboración de Malenkov, la cosa habría sido bastante aburrida.

LA PELIAGUDA TAREA DE SIR WINSTON

El mundo está harto de saber que desde la primera época isabelina los ingleses han tenido a gala ser un pueblo de comerciantes, de grandes comerciantes para los que incluso la empresa nacional, el Imperio, no era sino la premisa necesaria para la expansión de su comercio. Dada la situación actual del mundo, el desarrollo de la industria americana y su presencia prácticamente excluyente en todos los grandes mercados del mundo occidental, Inglaterra no tiene más remedio que buscar afanosamente otros mercados compradores de importancia. Y ahí están las grandes masas asiáticas, menesterosas de todo cuanto una moderna industria puede suministrar a pueblos que sueñan con una política de inversiones y modernización, sin la que serían vanos sus deseos de emancipación. Este comercio, de importancia vital para Inglaterra, exige como requisito ineludible un previo entendimiento con el Kremlin. Lograr esto en la coyuntura actual sin perder la generosa amistad ni la valiosísima alianza de los Estados Unidos es la peliaguda tarea que se ha propuesto el inquieto sir Winston Churchill.

FRANCIA Y EL FANTASMA DE LA WERHMACHT

Por su parte, Francia, arrastrada por la fuerza irresistible de su corriente popular de antigermanismo, ve el cielo abierto cada vez que se presenta una posibilidad, por remota que parezca, de alcanzar una solución mundial que le ahorre el trago amargo de ver resurgir nuevamente un ejército nacional en la temida Alemania, y se agarra como a un clavo ardiendo a las ilusiones de paz con Rusia de los británicos, a la vez que quiere

conseguir de Norteamérica un apoyo substancial que le alivie el peso abrumador de su guerra de Indochina.

CARTAS BOCA ARRIBA

El secretario de Estado norteamericano esperaba a sus ilustres visitantes al borde de la pista de aterrizaje con la consabida batería de micrófonos, cámaras y periodistas. Sin embargo, para la Prensa, con las frases rituales de salutación, se agotaba prácticamente cuanto cabía esperar de la conferencia. Al saludar a lord Salisbury, Mr. Dulles expresó el sentimiento de la Administración americana por la «suspensión» de la conferencia de las Bermudas y la enfermedad de Mr. Churchill. El ministro británico se apresuró a puntualizar que las conversaciones de Washington tenían un carácter interino, y que habrían de ser seguidas de la reunión de las Bermudas. Luego dijo a los periodistas que pensaba insistir en la necesidad de celebrar una conferencia de los «cuatro grandes» con el jefe del Gobierno soviético, Georgi M. Malenkov. «Somos partidarios de las conversaciones de los cuatro. Siempre lo hemos sido —añadió—; lo que puede discutirse es el momento de realizarlas.»

Por su parte, Bidault, después de contestar a las frases amables de bienvenida que les dirigió a él y a su esposa el secretario americano de Estado, hizo una declaración ante los micrófonos que resumía también la actitud de su país en las conversaciones: Francia no podrá a la larga soportar sola el peso de la guerra de Indochina. Necesita ayuda.

EL PUCHERO DE LAS NOTICIAS «CALIENTES»

Los ministros de Asuntos Exteriores celebran sus reuniones en una lujosa sala de conferencias situada en el piso 11 de un edificio contiguo a la imponente construcción de cemento y mármol del departamento de Estado, en la avenida Pensilvania. Pero, por el momento, la atención periodística no está centrada allí, ni siquiera en las oficinas principales del departamento de Estado. A espaldas de éstas, al otro lado de la manzana, existe un viejo caserón. Sus pisos estuvieron ocupados en tiempos por sencillas familias americanas. Ahora alberga un anexo, una dependencia más de la compleja organización de los servicios diplomáticos de los Estados Unidos: la «Oficina de Estudios». Es la central donde se reúnen, analizan y elaboran todos los informes procedentes de las fuentes más diversas, sobre lo que pasa y sobre lo que podrá pasar en el futuro en el mundo comunista. De allí surgen ahora las noticias «calientes», aunque su acceso está en la práctica totalmente negado a los informadores.

NOTICIA ESPERADA

La destitución de Beria había sido prevista por los informes supersecretos de estos técnicos que parecen los únicos no sorprendidos. La cosa en sí no tiene nada de misteriosa. Todo es una consecuencia lógica de hechos ya registrados y publicados con anterioridad, incluso antes de la muerte de Stalin, con motivo de la detención de varios

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

Sr. D. Antonio Maura Montaner

CARTEARSE con un difunto, excelentísimo señor, me lo reprocharán mis peores amigos, acusándome de presuntuosa vanidad al dirigir mi epístola a una persona con quien no alterné en la Academia, en el foro y en el Congreso... Ya que sólo los esquizoides o los simuladores que manejan el espiritismo se atreven a interpelar a Mahoma o Agustina de Aragón, preguntándoles a través del trípode estupideces parecidas a los párrafos que escriben otros señores cuando publican en los periódicos cartas abiertas cuyo destinatario suele ser de empingorotado rango y de nacionalidad extranjera. Yo, excelentísimo señor, no soy de esa ralea de megalómanos y excéntricos, porque verdaderamente esta misiva reanuda nuestra correspondencia de 1924, cuando desde Granada le pedía su apoyo para un homenaje nacional en honor de mi paisano Pedro Antonio de Alarcón, y usted me contestaba en un plieguecillo manuscrito, excepto el membrete con el realce de estas siete palabras mágicas: «El Presidente de la Real Academia Española». Como aquella correspondencia entre la Penibética y Corconte era literaria, mucho más me atrevo a enhebrar otra vez un hilo que puede girar en torno de usted en el año de su centenario, tratando de un tema inherente a la literatura.

Me he de referir a la acusación de plagio que envuelve a su nieta, doña Julia Maura de Covarrubias, y que doña Julia se sacude con más sandunguero desparpajo que usted se sacudía ante los diputados de la oposición las solapas de su levita. Su gesto, excelentísimo señor, pudo ser un gesto retórico, de gran retórica parlamentaria hasta ensayada delante del azogue del espejo; pero la postura desafiante de doña Julia le brota del plasma sanguíneo, de esa sangre mallorquina que tanto produce a un don Juan March como a la familia de ustedes. Desde antiguo es famoso el hondero balear, y buenas pedradas metió usted por el ojo de la Monarquía, que se cerraba amodorradamente, sin ver más que a don Eduardo Dato y al conde de Romanones. Aunque Baroja haya negado la presencia en usted del soplo de las musas, porque, según don Pío, la prosa de sus dictámenes y el verbo de sus discursos eran una jerga curialesca y churrigueresca, aprendida en los libros más enrevesados de nuestro siglo XVII, no hay que compartir esta malquerencia de un vasco con muy poco castellano a lo largo de sus novelas. Usted prefería a Ricardo León más que a don Pío y Baroja, en represalia, echaba pestes y venablos contra el maurismo. Ahora bien, el maurismo, era superior a don Antonio Maura, o, excelentísimo señor, se podían raer con el mismo raser? Usted nació en 1853 y el maurismo, o más bien el joven maurismo, es de 1898, o sea es un síntoma; más, un reactivo más, asociador y liquidador, de la generación del 98. Acaso usted fué siempre monárquico y aguantó a fuerza de desplantes los desdenes de la dinastía; pero el joven maurismo que destrozaba en sus círculos de barriada el retrato de Alfonso XIII trajo, por una parte, la República y, por otra parte, era un fermento de la Dictadura. A pesar de la frase de la bicicleta pronunciada por usted, a quien, por su regusto literario, tanto agradaron las frases, que luego se repetían en los cafés junto a las frases de Valle Inclán y de don Jacinto. Iba a decir que, después de su muerte, el maurismo era una escuela literaria más bien que una familia. La familia de escritores que son sus hijos don Gabriel y don Honorio y sus nietas Constanza y María, pero, sobre todos, doña Julia Maura, novelista, dramaturga, comediógrafa, libretista, articulista..., sin necesidad de los servicios del señor Martínez Remis. A don Antonio le empujaba una fuerza moral, un mesianismo ético, que se llevaba por delante hasta la tarima de un Trono; pues, un alud semejante de raíces espirituales, que son raíces invisibles, pero que se meten en medio de la felicidad y de la opu-

médicos judíos en la U. R. S. S.

El mundo creyó ingenuamente que se trataba tan sólo de una táctica — como siempre, sin escrúpulos— de los dirigentes soviéticos para que arraigase en el pueblo una sincera hostilidad hacia los americanos. Los campesinos rusos todavía se insultan, como en los buenos tiempos del zarismo, llamándose «sucio judío», y cualquier política antisemita seguida por el Kremlin estarían llamada a gozar de gran predicamento entre las masas. Se pensó por ello que se querían identificar como hermanos gemelos a los «sucios judíos» y a sus protectores americanos, al mismo tiempo que se lograba cambiar de bando, en la guerra fría, a todo el mundo árabe.

Sin embargo, el problema era más complicado. Cuando los médicos judíos fueron puestos en libertad, después de haber sido acusados del asesinato de Andrei Alexandrovich Zhdanov y de otras fechorías por el estilo, el comunicado de la agencia Tass decía textualmente: «Los conspiradores que daban las órdenes a los médicos detenidos serán desenmascarados pronto.» Más adelante el comunicado añadía: «El hecho de que se haya tardado tanto tiempo en descubrir a los asesinos de Zhdanov prueba que los jefes de algunos departamentos gubernamentales no trabajan con el debido celo.» Este ataque parecía apuntar claramente a Laurenti Beria, sin cuyo permiso no se habría hecho ninguna de las detenciones. La lucha estaba, pues, ya entablada entre Malenkov y Beria, y del oscuro caserón a espaldas del departamento de Estado salieron informes con conjeturas que han sido ahora confirmadas.

INUTILIDAD DE LOS ESFUERZOS BRITANICOS

Mientras continúe la lucha por el Poder en el Kremlin, los americanos consideran totalmente ocioso pretender negociar. Aun no se sabe el resultado final de la lucha por el Poder en el Kremlin. Según los informes de los técnicos americanos, la próxima víctima será, probablemente, Molotov, aunque su poderío no es despreciable si se tiene en cuenta su enorme ascendiente como último representante de la vieja guardia revolucionaria y su posible alianza con las fuerzas militares obedientes a Bulganin. Esto no quiere decir que estemos presenciando ya, con toda seguridad, el principio del fin del régimen soviético. Se trata únicamente de conspiraciones palaciegas sin la menor repercusión en las masas populares, ajenas por completo al quehacer político.

Foster Dullés, que se ha visto obligado a aceptar un diálogo inútil con sus colegas francés y británico, les escucha tranquilo y sin ceder, pues todo lo que Norteamérica estaba dispuesta a dejarse arrastrar por la tesis británica fué concedido ya antes de la reunión, con el armisticio de Corea principalmente, dentro de las limitaciones impuestas por la tenaz actitud patriótica del Presidente coreano, Syngman Rhee, y sólo consiente que se discutan entre los cuatro problemas concretos y restringidos como, por ejemplo, el tratado de paz con Austria.

Pedro IRIARTE

lencia, ha conducido a doña Julia a comportarse casi como una dinamitera. A su nieta sonríe el bienestar, como a usted, en un principio, no le era rehusada la confianza del Monarca y, sin embargo, usted, incómodamente, se puso enfrente de un turno pacífico de los partidos y del protocolo de la Corte, así como a su nieta no le ha temblado el pulso para colocarse enfrente de «A B C», nada menos que de «A B C», tan majestático cual era Su Majestad durante su reinado. ¿A qué vino la rebelión de don Antonio? ¿Por qué la rebelión de doña Julia? Aunque parezcan actitudes heterogéneas, la literaria y la política, más política late debajo del tremedismo de su nieta, dando que hablar durante varias semanas a la ciudad y hasta al mundo por intermedio de los periodistas extranjeros, mientras que don Antonio, aun protestando de los vicios políticos, se convirtió en una figura de la literatura, que podía entrar en las comedias de Benavente o permanecer solitario como el oráculo de Selórzano.

Doña Julia se ha rebelado contra un régimen de Aduanas en la colaboración de su diario habitual. Doña Julia tenía que llamar la atención sobre el aduanero que dejaba pasar a unos nuevos colaboradores y mantenía en cuarentena a otros colaboradores que también habían sido de la casa. Tenía, por lo tanto, que demostrar que Oscar Wilde era allí menos conocido que—verbigracia—don José María Gironella. Tuvo que recurrir al calco, de acuerdo con su manera de llamar a esa cosa, como las primeras sufragistas se echaban debajo de las patas de los caballos ingleses, hasta conseguir—por ejemplo—que «Azorín» reanudase con asiduidad su colaboración suspendida. Usted sabe, don Antonio, que «Azorín» fué diputado cunero gracias a su influencia y jamás renegó de ese viejo maurismo. Doña Julia sabe que su padre acompañaba a «Azorín» en el Ate-neo cuando usaba monóculo y paraguas de seda roja. El director de EL ESPAÑOL se sitúa al lado de su nieta porque se ha dado cuenta de la fuerza moral de su gesto tan arriesgado; pero el director de EL ESPAÑOL tampoco se aparta del periódico que descubre los plagios y no se avergüenza en proclamarlos, aunque su público se quede un tantico perplejo. La buena sociedad de Madrid ha aplaudido a doña Julia al salir un domingo de misa y el periódico no ha perdido ninguno de sus lectores.

DE LAS PIEDRAS, PAN

TEORIA DE LAS GUERRAS CIVILES

LA conmemoración del 18 de Julio nos da oportunidad de anotar unas consideraciones sobre nuestra Cruzada, a la escala del mundo. Aceptemos para ello, a efectos dialécticos, que nuestra Cruzada fué sencillamente una guerra civil. Entonces comprobaremos que esa guerra entre hermanos, en su génesis y en sus derivaciones políticas, no constituye un hecho excepcional que únicamente hubiese podido ocurrir en España debido a las peculiaridades raciales de fanatismo y de intolerancia de nuestro país, según el tópico internacional. Los escritores extranjeros que esto afirman, los propios escritores españoles exilados que así entienden nuestra contienda, un Salvador de Madariaga, por ejemplo, no han querido mirar hondo, no quieren recordar la historia de los otros pueblos del mundo. Una guerra civil liberadora es la fuerza, el suceso histórico que ha dado origen a todas las entidades políticas que actualmente se mantienen en el mundo con personalidad propia y sin peligro de disolución. Aunque sea grave decirlo, parece como si la Historia exigiera esos tristes derramamientos de sangre para fecundar nuevos hechos, realidades superado-

Mañana será otro día

EMPRESARIALIZACION

NO es mía, sino de Villar Palasí, la observación de que, mientras las empresas se han burocratizado, el Estado no se ha «empresarizado». Pongamos con ella un final rápido y ejecutivo a estas reflexiones:

El primer propósito, y el más rigurosamente cumplido, del Estado liberal fué abstenerse de intervenir, limitarse al papel de testigo lo más discreto posible de lo que sucede en la sociedad: Gendarme que hace su guardia en su esquina, con las manos a la espalda y gesto de indiferencia, cobra por estar quieto, y no se mete en nada, como no ocurra ante sus narices un crimen o como los vecinos no requieran su patriarcal ayuda. Resultado teórico de este Estado casi desprovisto de función activa es que sus funcionarios activos no funcionen ni actúen grandemente; que sus funcionarios se reduzcan a covachuelistas, chupatintas, almacenadores de expedientes, solucionistas de palabras cruzadas, ociosos de ventanilla y de balduque, saprofitos, mortalmente aburridos; es decir, lo que el lenguaje popular y sainetero llama «burocratas». Resultado histórico del liberalismo es la «burocratización» del Estado, en una palabra, y ésa con sentido peyorativo.

Simultáneamente, y ante la no intervención del Estado, las fuerzas económicas crecen con desordenada energía. Se cumple la ley de la selva, al no cumplirse las leyes que el Estado liberal, abstencionista, procura reducir al mínimo, incluso a una sola ley: la Constitución. Prosperan los fuertes, se arrastran los raquíticos, son arrollados los impotentes. Los instrumentos de producción quedan en poder de los triunfadores económicos. Los económicamente débiles, por carecer de todo, llegan a carecer hasta de credo y de significado. No hay orden interno alguno en la sociedad, como no lo hay en el bosque. El suelo de la sociedad está poblado de hojas marchitas; y de insectos, de viudas pequeñas en un confuso montón que se llama proletariado. La vegetación lujuriente, lujuriosa, sin piedad ni sentido, sólo provista de una belleza y de un poder salvajes, es la economía capitalista.

Arboles pujantes de ese bosque son las empresas, cianes de los victoriosos en la contienda económica, de los hombres de presa triunfantes. Nadie vale ni subsiste en ellas más que por un motivo: la eficiencia. Los deficientes siguen, los ineficaces caen. En la empresa na-

raa. La lucha, la guerra fratricida es en la Historia, desgraciadamente, un proceso normal de creación política.

Nada ha logrado el sufragio universal en el plano de la fecundidad política. Ha vivido más bien sobre realidades obtenidas por otros medios y ha tenido frecuentemente a aniquilar esas realidades. La unidad italiana no es obra del sufragio, sino de la guerra civil. La independencia de las colonias inglesas de América, que dieron origen a los Estados Unidos actuales, fué obra también de una auténtica guerra civil. La abolición de la esclavitud, que impregna de sentido la realidad política de la Unión americana, no se obtuvo con el triunfo electoral de unos principios sobre otros, sino por una feroz guerra fratricida. Las guerras civiles medievales de Inglaterra y la victoria de Cromwell consolidaron la Corona británica. Una guerra civil hizo surgir a las nacionalidades belga y holandesa; una guerra civil independizó a Irlanda; una guerra civil, una discrepancia total entre hermanos, levantó la Francia resistente de De Gaulle, la que ha tenido razón, desde el punto de vista histórico, frente a la Francia del armisticio del mariscal Pétain, que tuvo grandes eficacias desde el punto de vista de la oportunidad. Cuando la guerra civil no llega a alcanzar el rango de Cruzada, es cierto que no siempre las luchas internas dan origen a una transformación social y política efectiva. A veces se ha vertido la sangre con una horrible esterilidad. Nosotros, en cambio, tenemos razones para demostrar que nuestra guerra civil, por ser además Cruzada, es fecunda y creadora. Por de pronto, por encima de esta o aquella imperfección, más allá de aquel fracaso administrativo o de aquel funcionario corrompido, aparece una real transformación ideológica del hombre español. Nosotros hemos tenido ocasión de ver esas cartas en multicopista que con cierta profusión en-

vían a ciudadanos de Barcelona los exilados españoles del sur de Francia. Esas circulares se entraron con los sucesos de marzo de 1951. Las actuales cartas, completamente ineficaces, antes de precontar diversas medidas de resistencia política, afirman siempre su fe en la unidad nacional y en la religión católica. Unidad nacional y religión católica eran hace diecisiete años hechos sujetos a la discusión de los partidos y puestos constantemente en entredicho. A nadie se le hubiese ocurrido hacer demagogia afirmando previamente la creencia en los dos principios. Hoy, sí. Existe, por lo tanto, un clima político completamente distinto del que nos llevó a la guerra civil.

Para nuestro optimismo sería perjudicial si nos hiciera confiar excesivamente en la unanimidad que se va formando entre todos los españoles. Al decir que se va formando apuntamos sobradamente que aun no es un hecho *totaliter factum*. Para que alcance el valor de un sillar inmovible que permita dar al Régimen más amplias bases representativas, es preciso que vaya desapareciendo poco a poco el recuerdo de la guerra civil, en cuanto stúa a unos españoles en el grupo de los vencedores y a otros en el de los vencidos. La generosidad del Régimen en este orden de cosas se debe aplaudir. Pero el Régimen difícilmente puede luchar, como no puede luchar ningún poder político contra realidades animicas y psicológicas. Corresponde al tiempo acabar definitivamente con la psicología de vencedor y la psicología de vencido. He aquí por qué los que confiamos en que la Providencia no ha de abandonar a España y ha de hacer posible, como hasta el presente, que nuestra guerra civil sea históricamente fecunda, como lo han sido tantas guerras civiles en otros pueblos, vemos en la vitalicia permanencia de Francisco Franco en la *signatura* del Estado español la posibilidad de olvido y de equi-

paración psicológica—en lo legal ya existe—entre vencedores y vencidos. Esta permanencia está asegurada legalmente por la Ley de Sucesión, humanamente por su vigor personal y por la longevidad característica de los antepasados del Caudillo y espiritualmente podemos creer en ella por las razones apuntadas. La educación política del pueblo español y el olvido de pasadas luchas y discrepancias es la base para la estabilidad del orden surgido en la Cruzada de Liberación. Otra cosa es querer insertar en la ideología vencedora la ideología vencida, el escepticismo religioso y nacional contra el que luchamos. Así no se podría educar políticamente. La unificación política de una Cruzada fecunda exige el dogmatismo ideológico junto a la generosidad personal. La hibridización, la «comprensión» hacia lo que fué, sería traicionar las posibilidades de transformación total que nuestra pasada lucha lleva entrañadas. La mixtificación, el diálogo, la manotienda, la ampliación de bases con realidades de otro tiempo y de otro signo es «berenguerismo». Pero de este tema hablaremos más adelante.

España en el 18 de Julio no abre un paréntesis. Sería ridículo considerar paréntesis un acontecimiento tan costoso en vidas españolas, una ocasión histórica tan henchida de razones universales y una prodigiosa victoria militar en una guerra definida por la Iglesia católica como Cruzada. España en el 18 de Julio inicia un camino. Por ello la responsabilidad de los hombres que hoy administran el legado de sangre y el mandato de los mártires es de una importancia comparable a la de aquellos fundadores de Estados históricos y actuales nacidos de la sangre. Están, en definitiva, construyendo una nueva realidad política española.

Claudio COLOMER MARQUES

EL ESTADO

¿Hay que sea económicamente superfluo. ¿Pintores, arquitectos, literatos? Sí: al departamento de publicidad, ¿Músicos, cantantes, virtuosos del violín o de la pandereta? Sí: al departamento de emisiones comerciales. ¿Psicólogos? Sí: a las escuelas de arte de vender. Y así sucesivamente.

El capitalismo ha creado el nuevo valor de la eficiencia, que ha puesto a su servicio todos los valores tradicionales. La empresa no es más que una implacable organización de la eficiencia.

Pues bien. En los últimos tiempos de la era capitalista (cuál tiempo de esa era vive ahora España es harina de otro costal), las empresas vienen burocratizándose, comenzando a perder eficiencia. Las empresas tienen unos cupos de empleados, no pueden eliminar con tanta facilidad al ineficiente, cargan con obligaciones que les exigen sus clases pasivas, se atan con reglamentos, multiplican su papeleo. El Estado les exige burocratizarse.

¡Pero el Estado no se empresarializa, mientras tanto! El Estado, que se ha visto en la necesidad de luchar contra la plutocracia empresarial monstruosamente crecida, ha de acom-

ter su propia empresarialización (excusad palabra tan poco pronunciable). Si un primer éxito del Estado—primero y, por cierto, poco gallardo—ha consistido en inocular a las empresas el virus que le consume a él, un segundo, esencial y más gallardo éxito, sería apropiarse los virus que dieron a las empresas su florecimiento y poder. Aumentense los funcionarios tanto como sea preciso, que es mucho, dada la riqueza casi congijosa de funciones con las que el Estado tiene que cargar. Hágase que cada funcionario lo sea en cuerpo y alma. Páguese a cada uno lo que hace falta para que actúe en el régimen que los anglosajones llaman de «full time». Créense instrumentos y hágase servir a los antiguos y a los nuevos, y desmóntense los que de ninguna manera sirven. Elimínese la notable variedad de suicidio lento que se llama Trámite. Aceptese por el Estado, que ya es hora, ese valor ya incorporado a la escala de valores clásicos: la eficiencia.

De otra manera, las empresas y los grupos de empresa (los «grupos de presión antiestatal»), como bien los ha denominado Mostaza), aunque lleguen a estar tan enfermos y tan burocratizados como el Estado burocratizado que les dió origen, seguirán en condiciones de revivir y sobrevivir al Estado.

Luis PONCE DE LEON

VI ANIVERSARIO DEL REFERENDUM

UNA SABIA LEY INSTITUCIONAL

EL simple dilema República o Monarquía no agota los posibles matices de las formas de Gobierno. La Historia ofrece pruebas sobradas en pro de este aserto. Tampoco es auténtico el escueto dilema presidente o rey. La magistratura suprema de un país puede estar legítimamente desempeñada por quien no sea ni lo uno ni lo otro. A su vez, la Monarquía no viene caracterizada sustancialmente por el hecho de que la sucesión de los monarcas se produzca en virtud de la ley de la herencia o del sistema montado sobre el procedimiento electivo; como no es de exigencia connatural a la forma republicana que el presidente sea elegido por un período más o menos largo o que lo sea para mientras físicamente pueda desempeñar su misión y continúe siendo moral y legalmente digno de la autoridad que encarna y ejerce.

Tal vez el sistema hereditario y el sistema electivo no queden en tablas teóricamente. Pero la bondad, congruencia, ventajas e inconvenientes de cada uno en la práctica, dependen de una serie de circunstancias históricas y de situaciones concretas; de modo que el problema, en el orden de los hechos, se reduce realmente a un problema de aplicación a las peculiaridades de cada país y al proceso político de cada pueblo. El ideal sería conseguir un ordenamiento político que aunara, hasta donde sea factible, las mejores posibilidades de ambos.

Situados con serenidad ante nuestra propia historia y dentro de nuestro tiempo, parece evidente que hay, por lo que se refiere a la Monarquía o Reino, dos concepciones ya totalmente superadas: la de la «Monarquía absolutista», en la que el monarca y sólo el monarca era todo el Estado —l'Etat c'est moi—, y la de la «Monarquía liberal constitucionalista», en la que se consagró la tan contradictoria versión del mandato real, según la cual «el que reina no gobierna», como si fuese posible reinar, regir, conducir un país, sin gobernarlo. Nada tan antiespañol, tan artificial y tan propicio a la irresponsabilidad por una parte y, por otra, tan abonado para la usurpación del poder por los grupos y banderías políticas. Hoy el pueblo no acepta ni entiende cómo aquel que ostenta la máxima autoridad en un país puede no ser responsable de la administración que se haga de los intereses públicos. Un sano realismo político reclama, tanto de los conciudadanos como de sus conductores, la más escrupulosa atención a los hechos y supuestos que acabamos de resumir. Nos va en ello algo tan vital e importante como es la solidez, eficacia y rendimiento de nuestros sistemas de gobierno y la adaptación de los mismos a las urgencias de la hora presente. Las formas de gobierno clásicas durante los dos últimos siglos no son ya válidas. En España esto es de una claridad meridiana, y he aquí una grave cuestión con la que hubo de enfrentarse el Movimiento.

En el mes de julio de 1947 —ahora hay que conmemorar la efemérides— los españoles dieron un paso decisivo en este asunto. Sometido a Referéndum el Proyecto de Ley de Sucesión resultó aceptado por el 93 por 100 de los votantes. Conviene adelantar que, a partir del 1 de octubre de 1936, jamás estuvo ni puede estar en litigio la legitimidad del mandato del Caudillo. El Caudillo es un poder legítimo en origen y en ejercicio. En origen porque es el vencedor en una Cruzada, la guerra justa por excelencia; en ejercicio porque el asentimiento popular ha ratificado que el mando de Francisco Franco se ha ejercido durante diecisiete años al servicio clarividente, tenaz y generoso del bien común.

Esta legitimidad fué proclamada de manera terminante en el momento oportuno. Lo que referendó el censo de votantes al aprobar clamorosamente el Proyecto de Ley de Sucesión fué que «España, como unidad política, es un Estado católico, social y representativo que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino», y que la Jefatura vitalicia de este Estado, constituido en Reino, corresponde por derecho propio—no por delegación ni en representación de un tercero—al Caudillo de España y de la Cruzada. Por consiguiente, quien haya de ostentar la Jefatura del Estado después de su muerte, sucederá a Francisco Franco y no a ningún otro. Cualquiera otra interpretación de los dos primeros artículos de la referida Ley es improcedente e inaceptable desde todos los puntos de vista. Sobre esta afirmación y reconocimiento de principios descansa íntegramente el sistema sucesorio que el pueblo español ha querido establecer.

Pero interesa destacar cómo en este sistema de sucesión la Regencia adquiere una configuración jurídica, una categoría legal y real superior y totalmente distinta a la de mero recurso legal y procedimiento de excepción. La Regencia adquiere un carácter institucional y su legitimidad y validez no dependen exclusivamente de que el futuro sucesor pueda ser, en un momento determinado, menor de edad. Dice así el artículo 6.º: «En cualquier momento el Jefe del Estado podrá proponer a las Cortes la persona que estime deba ser llamada en su día a sucederle, a título del Rey o de Regente...». Abunda en este sentido el artículo 9.º, al exigir las mismas condiciones para el Rey y para el Regente: «Para ejercer la Jefatura del Estado como Rey o Regente se requerirá ser varón y español, haber cumplido la edad de treinta años, profesar la religión católica, poseer las cualidades necesarias para el desempeño de su alta misión y jurar las Leyes Fundamentales, así como lealtad a los principios que informan el Movimiento Nacional».

Otra vertiente de singularísimo interés presenta la Ley de Sucesión. En ningún momento el orden regular de sucesión en la Jefatura del Estado se supedita ni exclusivamente ni en primer lugar a los imperativos de la herencia, pues antes que nada han de contar las cualidades requeridas por Ley para el ejercicio de la suprema magistratura del país. Quien no posea las cualidades necesarias para el desempeño de tan alta misión no puede ascender a la Jefatura del Estado. No basta, por lo tanto, que los derechos de herencia recaigan en una persona, pues está ordenado taxativamente que a esta persona ha de reconocérsele la capacidad suficiente.

Tales son las puntualizaciones que singularizan el mecanismo de la sucesión en España. Concretamente pueden resumirse en dos: 1.ª La Regencia no es un mero recurso y su implantación no supone forzosamente una situación de interinidad ni de transitoriedad, campo siempre abonado para las crisis históricas y de fondo, como ha ocurrido tantísimas veces en nuestra historia, y de fondo, cuando el concepto de Regencia no tenía el valor institucional presente. 2.ª La fórmula española permite que entre en juego el mecanismo selectivo siempre que los intereses nacionales y su mejor servicio, que es lo que importa, así lo requieran.

EL ESPAÑOL

Las Academias Militares españolas

DE LA ESTRELLA DE SEIS PUNTAS AL GENERALATO

El hombre continúa, por encima
de la máquina, insustituible
aun en el acto definitivo de la guerra

COMO FORMAN LOS EJERCITOS A SUS HOMBRES



Cadetes de la Academia de Artillería estudiando un problema táctico sobre el «cajón de arena».

A pesar de que la técnica con todas sus consecuencias y aplicaciones ha influido en la teoría militar variando la estrategia y reduciendo en un tanto por ciento apreciable la acción y el respingo de la bayoneta, el hecho es que el hombre continúa por encima de la máquina, insustituible aún en el definitivo llamo de la guerra, en la arrancada positiva del último minuto, en la conquista a pie y a corazón de la trinchera a pocos metros de distancia.

El artefacto barre y destroza como un gran monstruo ciego, pero sólo es el hombre quien puede ganar la tierra verdadera. Si examinásemos rigurosamente las más importantes batallas de la pasada guerra mundial, seguramente hallaríamos bajo el dramático estruendo de las matemáticas aplicadas y de los millones de metralla la decisión del hombre que gana o pierde, más o menos camuflado bajo el hierro y el fogonazo, pero único responsable de todos los resultados.

Hay que comprender, por tanto, la necesidad de encauzar la intensidad humana y crear mando y guía que aproveche la originalidad del hombre armonizando pensamiento y alma. Y así el detalle de la formación de nuestros mandos militares rebasa la atención y el interés particular alcanzando la de todos nosotros y la de todos ustedes, que hoy están leyendo tranquilamente esta información, pero que mañana, a lo mejor—Dios quiera que no—, pueden estar metidos en una trinchera esperando la voz heroica del asalto.

Vamos ahora a recorrer, a trompetazo limpio, como en una gran revista, las distintas Academias Militares.

A LAS PUERTAS DE MADRID

En Villaverde, casi en las manos de Madrid, está la Academia Militar para suboficiales, donde

los sargentos y brigadas, que han demostrado capacidad suficiente, optan a la estrella. Hasta la fecha se han verificado diez convocatorias para un total de 1.391 plazas correspondientes a los Cuerpos de Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros, Intendencia, Sanidad y Farmacia. Cursaron estudios 837 suboficiales. De ellos, 383 de Infantería, 253 de Caballería y 114 de Ingenieros. Hay, para empezar, un curso preparatorio, una especie de amago al compás y al mapa con banderitas, que se desarrolla en los Cuerpos o en las guarniciones, según los casos, y otros dos en la Academia, tras haber aprobado en la misma el correspondiente ingreso-oposición. De este modo adquieren la capacidad que les habilita para el ingreso en la Academia especial que prefirieron, superando las dificultades que pudiera ofrecer su preparación, inicialmente inferior. Ya en el final del curso, quedan todavía las prácticas en campamentos instalados de modo permanente en las cercanías del monte de San Pedro, por Colmenar Viejo, y en la sierra del Hoyó, que anda por Cereceda.

Jefes del Ejército norteamericano han elogiado en toda su exactitud el perfecto funcionamiento de este Centro, considerándolo único en cuanto a la labor desarrollada en el terreno social, que es otro de sus más interesantes matices.

¡AQUELLA LECCION!

Antes, Toledo; ahora, Zaragoza. Claros clarines y condores sueltos. Mandobles de Alfonso VI y Puerta del Carmen. «Estos que en la Academia toledana», y jota de combate. Todo junto, gloria.

No hay por qué entretenerse en explicar el cambio de Academia de una ciudad a otra. Posiblemente las oscilaciones de nuestro temperamento reflejadas en conveniencias de momento. Ya esta-



Los suboficiales cadetes estudian...



...se documentan en la biblioteca.



Los Caballeros cadetes de Infantería desfilan cantando ante el Generalísimo al regreso de unas maniobras.

blecida en Zaragoza, la República la suprime, y el 14 de julio de 1931, su director, Francisco Franco, da la última lección a los 720 oficiales formados bajo su mando: «La disciplina—dijo—reviste su verdadero valor cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se nos manda, cuando el corazón pugna por levantarse en íntima rebeldía o cuando la arbitrariedad o el error van unidos a la acción del mando. Esta es la disciplina que os inculcamos. Esta es la disciplina que practicaremos». Punto final. Punto final, y comienzo de la descomposición de España que habría de costar al Ejército 70.561 muertos, 333.752 heridos, 50.000 mutilados. Pero para entonces ya no estaba la República. La cuenta sigue sin saldarse.

Vamos con lo de la preparación profesional. Comprendí tres fases. La primera, desdoblada en dos cursos, en la Academia General Militar; la segunda, que abarca otros dos cursos, en las Academias de las Armas y Cuerpos; la tercera, consistente en un curso de tres meses, de nuevo en la Academia General. Además de esto se dan cursillos breves para capacitar militarmente a los alumnos de las Academias de Sanidad y Veterinaria, Cuerpo Jurídico, Farmacia Militar, Intendencia y Escuela Politécnica del Ejército.

Se atiende también con el debido cuidado la formación física, lo cultural y lo técnico-práctico. Esto de las prácticas se realiza en el campamento de María Cristina, excluidas las especiales, las que garantizan definitivamente al infante, que se llevan a cabo en el Pirineo o en la sierra de la Demanda. Y después, Candanchú, Candanchú nevado y bello donde los esquiadores militares ensayan anualmente el escorzo y la velocidad frente a la bala. Candanchú, cerca de Canfranc.

CON DOS ESTRELLAS DE SEIS PUNTAS POR CIMA DE LA BOCA MANGA

Alféreces. Estrella de seis puntas abiertas como una dorada rosa de los vientos que marca ya rumbo y camino. Dos años de es-

pecialización. Infantería, en Toledo; Caballería, en Valladolid; Artillería, en Segovia; Intendencia, en Avila; Ingenieros, en Burgos. Nada en Madrid. Un decreto del año 1850 daba la explicación: «No pueden ocultarse al Gobierno los graves inconvenientes que consigo lleva la estancia del Colegio de Infantería en Madrid, a pesar de los reglamentos, del buen espíritu de los cadetes y del esmerado celo de los profesores. Los atractivos propios de la Corte han servido siempre de obstáculo al tranquilo y normal desempeño de las funciones de un centro de instrucción como éste, y, necesariamente, había de procurar el Gobierno su traslado a la ciudad que mejores ventajas ofreciese». Esto es lo que dijo el Gobierno. Nosotros habíamos dicho que nada en Madrid. Nada, no. Las Academias de Sanidad y Veterinaria están aquí, pudiendo ingresar en ellas profesionales de las Armas respectivas con formación facultativa.

La Academia de Toledo, la de la fiel Infantería, se halla en las proximidades del castillo de San Servando, donde diz que el Rey don Alfonso el Sabio meditó su libro del «Saber de Astronomía». Cerca anda el Alcázar y el río donde se templea el fiel acero.

La de Caballería, en Valladolid, ocupa un edificio construido de 1921 a 1924, en el mismo lugar del antiguo, destruido en 1915 por un incendio. Y no tengan ustedes miedo, que no se acaba la Caballería. Sólo faltaba eso. A pesar de las necesidades de la guerra mundial que obligan a introducir en esta Academia vehículos motorizados, el buen caballo de guerra, el que corre por los romances de Zorrilla, aun no ha pasado a la reserva.

Santa Bárbara bendita, los truenos, y «si al oír del cañón el estampido»: Segovia. En lo que fué convento de San Francisco. Además del conocimiento de pólvora y de municiones, los alféreces han de dominar las tres especialidades del Arma, que son la de campaña, la de costa y la antiáerea, con todas las complicaciones propias de la diversidad del material y de la dirección del tiro.

La de Intendencia se creó, prácticamente, en el año 1853, con la Escuela Especial del Cuerpo de Administración Militar. Siendo Ministro de la Guerra don Fernando Primo de Rivera, la tras-

ladó a Avila, aceptando el ofrecimiento que su Ayuntamiento hizo del palacio de Polentinos. Estudios a saber: el detalle de la riqueza del país, que no es poco; la contabilidad, la administración, la gama completa de la producción, circulación, almacenamiento y distribución de los recursos necesarios no sólo al Ejército, sino, en ocasiones, al país entero.

Ingenieros Militares, en Burgos. Desde que en 1583 Cristóbal de Rojas daba en Madrid las primeras enseñanzas de teoría y práctica de la fortificación, con asistencia del conde de Puñocastro, maestro de campo, general, han pasado muchos años de cambios y vicisitudes para la ingeniería militar española. A semejanza de la Academia de Bruselas, abierta en 1678 y dirigida por Sebastián Fernández de Medrano, que, como ven, era de Bruselas, se abrieron otras en Barcelona, Cádiz, Zamora y Alcalá de Henares sucesivamente. Granada, Málaga, Talavera y Arévalo dieron albergue a la Academia a compás y ritmo de guerras y acontecimientos diversos. Hoy para en Burgos, donde el alférez se forma, como zapador, en la construcción de caminos y fortificaciones, practica la transmisión desde la radiotelefonía hasta la sugestiva paloma mensajera, y aprende a tender el puente y, si se le apura un poco, a volarle con cuidado.

LA TECNICA ES PLURAL

En esta Escuela, establecida en Madrid, se forman tres clases de personal: auxiliares, ayudantes e



A los pies del castillo de Coca, una sección de jeeps de la Academia de Caballería inicia sus prácticas.



Pelotón motorizado de la Academia de Caballería.

ingenieros. Todos son técnicos en distintas categorías.

Los auxiliares realizan un curso en la Escuela, una vez aprobado el ingreso-oposición, para ir a hacer prácticas a fábricas y laboratorios. Y la estrella. Las estrellas. Todo acaba en el cielo, gracias a Dios.

Los ayudantes de ingenieros se reclutan, mediante oposición a ingreso, entre peritos, aparejadores y auxiliares con varios años de empleo como alféreces. Las especialidades son dos: armamento y construcción; mientras la de los auxiliares son mucho más numerosas por comprender; además de éstas, las de química, transmisiones, etc.

Para ser ingeniero, la Escuela Politécnica Militar se encarga de la preparación con vistas al ingreso. A tal fin, el aspirante hace un curso por correspondencia. Si las calificaciones obtenidas merecen la pena, pasa a hacer un segundo curso, ya en la Escuela. Superados ambos, hay un examen de oposición para estudiar a continuación cinco cursos más. Y, al fin, ingeniero. Dos especialidades: Armamento y Construcción.

EL METODO GIMNAS- TICO DE LING

En 1910, el coronel Villalba, entonces director de la Academia de Infantería, envió a Suecia dos oficiales para que estudiasen a fondo el método gimnástico de Ling con el fin de sustituir el sistema atlético de Amorós por otro más de acuerdo con la anatomía y la fisiología. Este fué el germen de la Escuela de Educación Física de Toledo, donde se forman los oficiales y suboficiales como monitores y profesores de educación física para dirigir la gimnasia y las prácticas de atletismo y deportes en todas las unidades del Ejército.

LA PSICOTECNICA, AR- MA DE GUERRA

El precursor de estos estudios en España es el actual director de Enseñanza en el Ministerio del Ejército, excelentísimo señor general don Antonio García Navarro. El introdujo los primeros ensayos en la Academia de Infantería en 1931. Dos años más tarde estableció en la Escuela de Educación Física su gabinete psicotécnico, cuyas enseñanzas han afinado el espíritu preceptivo de miles de oficiales. Actualmente se aplica, en gran escala, en la Escuela de Automovilismo del Ejército, así como en la Escuela Militar de Montaña de Jaca, que lleva a cabo una interesante labor en este orden de conocimientos. El

entusiasmo y la competencia del general García Navarro han creado y definido un centro de capacitación especial de gran interés, cristalizado ya en realidades que permiten un avance en el conocimiento, selección y educación de los reclutas en cuanto a la actividad militar en armonía con sus aptitudes.

CON EL ESQUI AL HOM- BRO

La guerra, como ustedes saben, no reconoce escenarios fijados de antemano. Así es que los tiros pueden ser en la pradera, en el asfalto de las ciudades, en el mar, en el aire o en la montaña. En un Ejército es necesario un buen equipo de montañeros. Creada en 1945, la Escuela de Montaña, que dirige un coronel, capacita a oficiales y suboficiales para todas las formas de la guerra en montaña.

Sus cursos teórico-prácticos son de tres clases: de aptitud, para el mando de esquiadores y escaladores; de diploma, con la misma finalidad, y de instructores de esquí y de escalada. Estos hombres recorren el Pirineo en las más difíciles circunstancias siguiendo los más inverosímiles itinerarios, capacitándose para la lucha y el riesgo y haciendo despertar en amplios sectores la afición hacia la dramática belleza del alpinismo y el esquí.

«SUEÑTE, VISTA Y AL TORO»

Esto del aire y de las alas tiene siempre un no sé qué de claridad y de vértigo, de enorme y bravo, como de ángeles con ametralladoras. Es el tremendo «Suerte, vista y al toro», que, a pesar de toda la gallardía, yo cambiaría por «Apártalos, amado, que voy de vuelo», después, naturalmente, de obtenidos todos los permisos correspondientes.

La Academia está en Murcia. Fué creada en 1953 y enclavada en San Javier. Los estudios se realizan en cuatro cursos, los dos primeros como caballeros cadetes y los dos últimos como alféreces alumnos, obteniendo a su terminación el empleo de teniente del Aire.

De la Academia salen anualmente un promedio de ochenta tenientes.

En Málaga se halla la Escuela de Observadores, que capacita para el título de tripulantes a los oficiales pilotos. Fué creada du-

En prácticas de instrucción con batería de montaña y ejercicios de corrección de tiro, en gabinete, en los futuros artilleros.



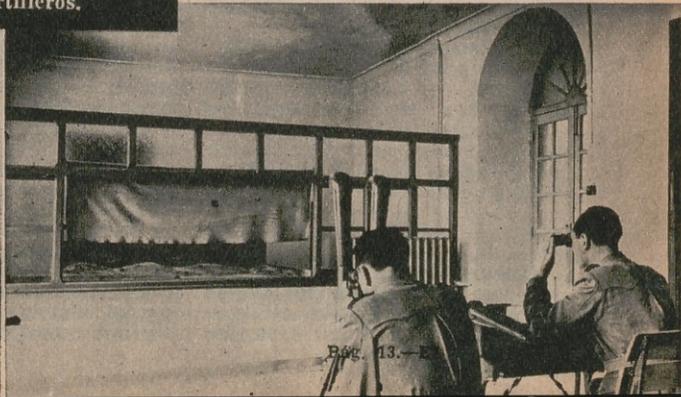
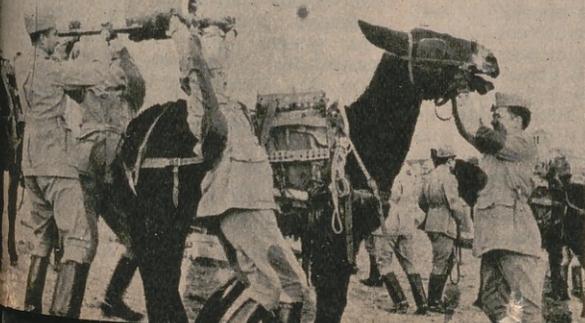
Bastones y esquís al hombro, los cadetes de la Academia General Militar de Zaragoza hacia el campamento de Rioseta.



Caballero cadete bajando una pendiente en ejercicio de patrulla.

rante la guerra de Liberación, y actualmente desarrolla cursos de aptitud para el ascenso a jefe en las distintas Armas y Cuerpos de este Ejército.

La Escuela Militar de Paracaidistas fué instalada en Alcantarilla, en Murcia. Esta es la verdadera aventura del aire. Del aire a cuerpo desnudo. Se han formado ya en ella 1.334 cazadores





A la izquierda: Los cadetes fortalecen sus cuerpos con la gimnasia.—A la derecha: Durante una clase, el profesor aclara las dudas de un alumno.



Dos momentos de la vida en la Academia: Los cadetes se distraen en los descansos leyendo revistas. En el vestuario, el uniforme siempre a punto.

paracaidistas, que cada año revelan su título lanzándose cuatro veces desde el avión.

Que tengan que ver con el Arma de Aviación, quedan sólo por nombrar las Academias Especiales del Aire. Son la de Ingenieros Aeronáuticos y la de Ayudantes de Ingenieros, que últimamente ha pasado a depender del Ministerio de Educación Nacional.

LEVANDO ANCLAS

Ustedes habrán visto alguna vez, aunque sea nada más que en fotografía, el buen aire de navegar que tiene el «Juan Sebastián

Elcano». Pues en él hacen las prácticas los alumnos de la Escuela Naval de Marín.

En Marín, en la provincia de Pontevedra, reciben formación completa los oficiales del Cuerpo General, los de máquinas, de Intendencia y de Infantería de Marina, cada uno con la preparación correspondiente según las misiones que en la Armada están llamados a desempeñar.

La duración de los estudios es de cinco años para el Cuerpo General, Intendencia e Infantería, y de seis para los de máquinas. Los primeros acaban los estudios con el empleo de alférez de navío. Los restantes, con el grado del Cuerpo a que pertenecen.

Hoy se navega en acorazados y cruceros. Ayer, en fragatas y bergantines. Sólo el mar es el mismo. El mar que reconoce, a pesar de los cambios, a estos buenos marinos españoles.

AL SISTEMA NERVIOSO

Los oficiales militares españoles están sometidos a un constante perfeccionamiento. Para ello existen las llamadas «Escuelas de Aplicación y Tiro», una para cada de las Armas de Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros e Intendencia, esta última con el nombre de Centro de Estudios y Experimentación de Intendencia.

Tiene una misión esencial: la investigación, el estudio y la experimentación de nuevas armas y principios tácticos, y una misión derivada de ésta: la enseñanza de dichas innovaciones a la oficialidad. A este fin, para el ascenso de capitán a comandante es preceptiva la asistencia a un curso en la Escuela de Aplicación del Arma respectiva, durante cuatro o cinco meses. Además, desarrollan estas Escuelas cursillos monográficos de información sobre adelantos, ensayos y experiencias en materia militar, para unificar la doctrina.

ESCUELA DE ESTADO MAYOR

El Estado Mayor es el sistema nervioso del Ejército. La formación de sus oficiales se verifica en la Escuela de Estado Mayor, existente en Madrid, en la que se ingresa mediante oposición, estudiándose tres cursos, con sus correspondientes prácticas, saliendo los oficiales de ella como diplomados de E. M., afectos a este Servicio, que, desde tiempos del general don Miguel Primo de Rivera no constituye Cuerpo, al objeto de dotar a sus componentes de flexibilidad, alternando el servicio específico del Estado Mayor con el mando de armas en las diversas unidades.

La práctica moderna de los Estados Mayores combinados tiende a conseguir diplomados en los Ejércitos, y así se practica ya en España, pasando los de tierra a Marina o Aire, y reciprocamente.

ESCUELA SUPERIOR DEL EJERCITO

Es dirigida en la actualidad por el teniente general don Carlos Asensio. Su profesorado está integrado por un brillante plantel de generales, jefes y agregados. Las materias que se cursan en esta Escuela son, entre otras: la táctica (fundamental), estrategia, terreno (desde los puntos de vista geográfico, geológico y de aplicación militar), economía política, industria y producción, etcétera. Profesores y políticos civiles alternan con los militares en las enseñanzas, de tal modo que en los doce años que lleva funcionando se han escuchado en su aula magna a muchos de los más documentados técnicos de España y muchos extranjeros.

A sus cursos, lo mismo que a los de la Escuela de Estado Mayor, acuden jefes y oficiales de otros Ejércitos, principalmente portugueses e hispanoamericano, lo que prueba la alta eficiencia de los mismos.

Són de dos tipos: *cursos de mando*, a los que asisten todos los coroneles próximos al empleo de general de brigada, y *cursos de información*, para los mencionados generales, a fin de unificar la doctrina militar antes de llegar a divisionarios. Aquellos tienen una duración de diez meses, mientras éstos son más breves.

Los cursos teóricos son seguidos de un período de prácticas en los que se resuelven temas de orden estratégico y táctico en todos los posibles teatros de operaciones de la Península, pudiendo afirmarse que cada viaje de prácticas conquista un alto porcentaje de victoria en cualquier posible batalla del porvenir en las zonas vitales de España.

«MARGARITA SE LLAMA MI AMOR»

Y estos que vienen ahora son los de «Margarita se llama mi amor», los hermanos de aquellos alféreces provisionales de nuestra guerra, que siempre iban cantando. Nuestros universitarios. En Campamentos, que se sitúan por toda España, estos muchachos conquistan su estrella en seis meses, y hacen prácticas durante otros seis en el cuartel a que son destinados. Este es el fin de la revista.

Rompan filas.

Carlos Luis ALVAREZ

PARECE lógico que si tres periodistas y un poeta se encuentran para hablar de poesía se citen por entre los peregrinos tréboles, amigos de enanos y duendes. A Leopoldo Panero le hace reír un poco esta entrevista. Sentados sobre la verde hierba parece que jugamos a ir de excursión, y algo de realidad hay siempre en lo que parece, puesto que tratamos de ir de excursión por los interiores intrínquilos de este formidable poeta, que acaba de publicar su gallarda «Carta perdida a Pablo Neruda», titulada «Canto personal» y poética respuesta al «Canto general» del poeta comunista chileno. Acomodados ya en el césped, mientras con femenina travesura arrancan aquí una florecilla o se entretienen en el vuelo de un caballito del diablo, Carmen, Julia y Pilar le hacen la «visita» a Leopoldo Panero.

Pilar.—¿Comenzamos el interrogatorio?

Carmen y Julia.—¡Comencemos!

Pilar Narvión.—Dionisio Ridruejo habla en el prólogo del libro de usted de los amigos que se pierden en la muerte, en la locura, en el odio o en la ruindad. ¿Quiere decirnos qué amigos poetas ha ido perdiendo usted en cada uno de esos dolorosos capítulos?

Panero.—En la muerte perdí a mi hermano, a Federico García Lorca, a Miguel Hernández, a Vallejo y a Hidalgo. En el odio y en la ruindad he perdido a Pablo Neruda. En la locura no me ha desaparecido ninguno.

Carmen Mencia.—¿Cree que si su hermano viviera figuraría ahora entre los poetas de primera línea?

Panero.—Francamente, sí. Además hay testimonios de su obra que permiten hacer esta afirmación, como son su libro «Cantos del ofrecimiento», que publicó en la primavera de 1936, y las poesías que se publicaron póstumamente en la revista *Escorial*.

Julia Figueira.—¿Fue amigo de Neruda?

Panero.—Sí.

Pilar Narvión.—Hemos quedado en que Pablo Neruda es uno de sus amigos que le ha desaparecido a usted en el odio. Ya no le quiere nada, ¿no?

Panero.—Como cristiano, sí, naturalmente.

Julia.—¿Cómo cree que reaccionará ante su libro?

Panero.—Como obedece a consignas comunistas, supongo que reaccionará con el tópico y la violencia.

Pilar Narvión.—¿Cuáles son la media docena de verdades más importantes que le canta usted a Neruda? Puesto que en verdad usted se las dice cantando tercetos.

Panero.—Pues no son media docena de verdades; es una réplica a la mentira con la verdad. Verán ustedes. Yo estaba escribiendo una serie de epístolas poéticas que pensaba agrupar en un tomo bajo el título de «Epístolas a mis amigos y enemigos mejores». Me encariñaba el título. Había publicado ya las cartas a Rosales, Pérez Villanueva, Lain, Dionisio Ridruejo, Aragües y Vivanco. Había que pensar en las cartas a los enemigos mejores, y la

LEOPOLDO PANERO Y SU PERSONAL "CANTO PERSONAL"

DOS POETAS Y DOS POLITICOS FRENTE A FRENTE



Carmen, Julia y Pilar han «sitiado» a Leopoldo Panero. Las preguntas y las respuestas se ofrecen a la curiosidad del lector de EL ESPAÑOL.

verdad es que no encontraba, ni aun «poéticamente», el adecuado tono de enemistad. En estos momentos recibí la revista comunista «Nuestro tiempo», en la cual Pablo Neruda publicaba su «Elegía a la muerte de Miguel Hernández», llena de tristes falsedades. La verdad de la muerte de Miguel, la desfigura Neruda de dolorosa manera. Mi «Canto personal» es una réplica necesaria.

Carmen.—¿Entre los poetas españoles no encontró ninguno que fuera enemigo, es decir, que le incitase a la polémica?

Panero.—Pues no.

Julia.—¿Cómo explica usted que un poeta pueda ser comunista, siendo el comunismo la negación de la poesía?

Panero.—No se puede explicar. Solamente admitiendo que es un hombre a jornal de Rusia.

Carmen.—¿A qué poetas considera usted de mayor valor en la actualidad?

Panero.—Creo que la lista, atendiendo a los distintos matices, sería larga.

Carmen.—Dígame tres nombres.

Panero.—Juan Ramón Jiménez, Gerardo Diego y Dámaso Alonso.

Pilar.—¿Y en América?

Panero.—Gabriela Mistral, César Vallejo y Eduardo Carranza.

Julia.—¿Cuál cree que es entre los grandes de hoy el más seguido por los jóvenes?

Panero.—Juan Ramón.

Pilar Narvión.—¿No cree usted que la muerte o la ausencia de algunos de los grandes poetas de

su generación ha sido beneficiosa para los que están presentes?

Panero.—No le entiendo muy bien—dice, mirando a su interlocutora con esa cara que quiere decir: «La entiendo a usted perfectamente, pero es usted muy mala, jovencita.»

Pilar Narvión (aclarando, aunque no haga falta).—Quiero decir si los importantes parecerían tan importantes si estuvieran «todos juntos».

Panero.—Es una pregunta capciosa.

Pilar Narvión.—Por eso se la estoy haciendo.

Panero.—Reconozcamos que algo hace la presencia física.

Pilar Narvión.—¿No sería académico Juan Ramón si viviese en Madrid?

Panero.—Pemán le ofreció el sillón de académico cuando fue presidente de la Española. Durante los años 42 y 43 se cruzaron entre ambos muy interesantes cartas que se publicaron por entonces.

Carmen Mencia.—¿Vive usted de la poesía?

Panero (rotundo).—¡No!

Carmen.—¿Cree que las aportaciones de escultura y pintura de los artistas hispanoamericanos a la Bienal están en el mismo nivel de su producción poética?



En el campo de la Ciudad Universitaria era más grata la conversación del poeta y las periodistas.

Panero.—No. La poesía, tanto en España como en América, ha llegado a alcanzar una fase de normalidad. La escultura y la pintura van con un notorio retraso, sobre todo en América.

Pilar.—¿Cree posible la vuelta al redil de Picasso y Neruda?

Panero.—Sí, la creo posible. Más fácil la de Picasso.

Julia.—¿Cómo cree que será recibido su libro en América?

Panero.—Supongo que será recibido con escándalo y polémica. Pero estoy preparado para ello y no me sorprenderá nada.

Carmen.—La actitud de algunos americanos frente al castellano, ¿cree usted que responde a lo que podríamos llamar resentimiento histórico?

Panero.—En el Caribe y en los países que yo he visitado no existe. Eso tal vez se da en los países del Sur.

Pilar.—Y entonces su anécdota de que un tabernero averiguó, según sus palabras, que eran españoles por el dialecto, ¿cómo la interpreta?

Panero.—Creo sinceramente que ha sido una expresión graciosa y que responde más bien a un gran cariño hacia España. La población indígena de estos países siente un gran afecto por todo lo español.

Carmen.—¿Cuál es el mejor recuerdo de su viaje a América?

Panero.—La estancia en Cali.

Carmen.—¿Y el más desagradable?

Panero.—La sorpresa de encontrarme en un mundo extraño y, sobre todo, la «legión del Caribe».

Julia.—¿Qué opina del momento actual en poesía?

Panero.—Que es muy bueno, muy rico, proliferante, monótono.

Carmen.—Pero ¿no cree que ahora hay demasiados espontáneos en el terreno de la poesía?

Panero.—No. Hay un nivel amplio de buena calidad. Creo que estamos en un momento semejante al siglo XVII; efectivamente ahora asistimos a un espléndido brote poético.

Julia.—¿Cree que está hoy en un momento más floreciente la poesía que el teatro, novela, etc.?

Panero.—La novela está en un momento muy interesante.

Julia.—¿Y qué prosista cree que puede ser leído por los poetas con más gusto?

Panero.—Azorín, indudablemente. Azorín es el poeta más grande de estos tiempos.

Pilar Narvién.—¿Cuáles fueron las revistas poéticas más importantes de aquella época en la cual todos ustedes jugaban a «juventud creadora»?

Panero.—Hubo muchas revistas poéticas por entonces; yo no colaboré en todas, pero recuerdo bastantes: «Nueva Revista», «Brújula», «Extremos a que ha llegado la poesía española», «Caballo Verde», «Papel de Aleluyas», «Mantantial», «Litoral», etc., etc.

Julia.—¿No encuentra que los poetas líricos están más unidos que los autores que cultivan otros géneros?

Panero.—Regular. Creo que en poesía lo que sucede es que no median intereses económicos.

Pilar.—¿Y la gloria, el nombre?

Panero.—La gloria es una cosa tan amplia que se puede repartir.

Carmen.—¿Temas fundamentales en la poesía de hoy?

Panero.—Los temas son los de siempre: el amor, la muerte, etc.

Carmen.—¿Qué piensa usted de nuestros poetas tremendistas?

Panero.—Camelo. El tremendismo es retórica, es una retórica al revés. Escape fácil y sin exigencias para el que no posee vivencias hondas. Es el recurso del que se pasa el día sentado en el café, fumando un cigarrillo y luego inventa el dolor, las experiencias que no posee.

Julia.—¿A usted no le inspira fundamentalmente el dolor?

Panero.—Ya lo creo que sí. Una de las grandes fuentes de toda poesía es el dolor, y no sólo de la poesía, sino de la vida.

Pilar.—¿Qué poeta cree usted que ha influido más en su obra?

Panero.—Antonio Machado.

Carmen.—¿Usted cree que el poeta nace o se hace?

Panero.—Nace y también se hace. La ecuación sensibilidad y preparación es necesaria en el poeta.

Julia.—¿Qué cosas cree fundamentales para hacerse poeta?

Panero.—La educación de la sensibilidad.

Julia.—¿Cómo puede lograrse esa educación?

Panero.—Ante todo, vivir la vida, estar dentro de ella, sentida de una manera entrañable y honda.

Carmen.—¿Y es necesario el estudio?

Panero.—Sí. Cada vez hay más exigencias en el mundo propio del poeta.

Julia.—Así, ¿usted cree que hoy no puede darse el pastor-poeta?

Panero.—Creo que no. Puesto que el poeta es el que da expresión a un mundo espiritual, cuanto más rico sea este mundo, mejor. Necesita el poeta estar a la altura de los tiempos, tener una visión personal del mundo y de la cultura.

(Como mujeres todas estamos deseando hacerle una pregunta que nos preocupa. Claro que preferiríamos poder hacérsela a la señora Panero. Carmen se decide y se la lanza.)

Carmen.—¿Encuentra que el matrimonio se armoniza bien con el cultivo de la poesía?

Panero.—¡Uf!, fenomenalmente. Tengo tres hijos, pero me gustaría haber tenido doce. Porque el matrimonio y los hijos enriquecen la personalidad del poeta y esto se traduce en la poesía.

(La respuesta nos dejó muy tranquilas. Aunque desde el primer momento Panero no sólo nos había parecido un hombre encantador, sino que tuvimos en seguida la sospecha de que era un excelente padre de familia.)

Pilar Narvién.—¿Y qué le parece a usted esta manera de hacerle una entrevista?

Panero.—Que ¿qué me parece? ¡Pues una idea genial!

Pilar Narvién.—¿No cree usted que tres señores sesudos de su época hubiesen podido hacerla media docena de preguntas peligrosas de las que «nosotras no nos sabemos»?

Panero. (Muy convencido de que dice una verdad más grande que un Everest).—Las preguntas podrían ser peligrosas, pero no existen respuestas peligrosas.

(Carmen Mencía quiere aún aprovechar un último momento para completar la admirable lección de preceptiva poética que nos ha dado Panero.)

Carmen.—Perdone esta pregunta; pero después de toda esta charla me gustaría saber cómo define usted la poesía.

Panero.—La poesía es la expresión rítmica de lo vivido hondamente.

Pilar Narvién.—¿Levantamos la sesión?

Todos.—¡La levantamos!

Pero es una mentira terrible. Nos quedamos allí y cada cual comienza a interrogar a su vecino por la vía no profesional. ¡Hasta hablamos del encanto del encaje de bolillos y de «las perreosas que entretienen su pereza haciendo punto de media».

(Fotografías de Basabe.)

ESPAÑA A CUESTAS

Por Tomás BORRAS

Estamos metidos en la más colosal aventura de la aventurería española

No lo digo «in modo obliquo» sino «in modo recto». Llevamos a España a cuestas, cargados con ella, conduciéndola y soportando su peso, hacia su mutación. Durante dos siglos, el sagrado cuerpo de España ha sido arrumado en el suelo por quien se fatigó del deber, tumbándose a fatalizar junto a ella, olvidadizo del camino. Nuestras gentes, las del 18 de julio, han recogido el bulto inerte, le han izado sobre sí, dulce y penoso yugo, lo llevan en volandas al remedio. Metáfora, no es.

Al darnos cuenta de la vida, nosotros los de ahora, encontramos un agro de 50,5 millones de hectáreas, de los que 31,5 millones son zona de aridez, y sólo un 1,5, de riego; el resto, monte de selva... si tuviese árboles. Este dato, por sí mismo, nos lleva a calificar a España de país más que difícil, de país casi imposible. Su situación estratégica, su «omnipotencia geográfica, la que señaló Donoso, no funda en cimiento de abundancia, sino de extrema escasez. Hay un desnivel agotador entre la potencia genética del país, su facultad creadora, el empuje de su alma y la simple herramienta de supervivir, de vivir al día, herramienta nula parra el ejercicio de su rango en el mundo. Desnivel, quizá, causa mayor del trágico ascender y declinar que marca en su gráfica nuestra terrible Historia.

Porque la minería está semiagotada, después de malvender la política sus mejores filones—recuérdese Riotinto—, la ganadería, es escasa y decadente, los puertos medianos y los caminos de toda índole risibles. El año 1939 amanece una España parigula a la de Carlos II, salvo lo anímico, que ahora es ansia. La sorpresa del español de ahora se condensa a la pregunta sin más respuesta que la indigencia del suelo combinada a la altura del vuelo: ¿Cómo Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, naciones de menor extensión, cuentan con una masa de 50 a 80 millones de habitantes, y nosotros tan sólo con 29 escasos?

No es que quisiéramos demasiado, la sentencia de Nietzsche, sino que nuestro trampolín para saltar a América, a Oceanía, a África, a Europa, era una piedra semiestéril. Aquellas alabanzas del Rey Sabio a una España salida de la cornucopia de Pomona, ¿qué se hicieron con las estadísticas? Nuestras exageraciones van al mar del morir, que son los números. Numéricamente, el pedestal de la grandeza de España es para que gocen sus frutos los 18 millones de saciados que había antes de 1900. Mas no para dar reciedumbre a la numerosidad de héroes que forjan los Imperios. Desde el punto de vista corporal España es—también en eso!—contradicción. Señorear el mundo cuando el solar propio no dá de sí, es doble hazaña. Los doblehazañosos del XV al XVII, vivían, en puridad, «de eso que llaman los españoles entusiasmo, que no sé lo que es, y con lo cual hacen las guerra», preciosa frase de Wellington, el asolador del aislado suelo de España. Con una ración de entusiasmo, y sin pan, hemos ido a todos los lados de la brújula. (Tomen nota los de la dialéctica materialista).

Los tres pilares de bienestar y grandeza entendida a lo práctico, Agricultura, Industria, Comer-

cio, que hacían soñar paraísos financieros a los progresistas de la Sociedad Económica, en España no podía darse sencillamente porque no había que recolectar, qué fabricar, ni cuales mercancías exportar. Añádase el río-torrente que produce bárbara erosión y se lleva por delante en las tormentas hasta los pueblecillos, o el río soterrado—curioso tipo de río hispano, que esconde el agua a lo usurero, y se tendrá el cuadro. Para marco, un enmarañamiento de montañas que constituyen límites infranqueables de compartimentos estancos: lo comarcal, derivado a regional, derivado a rencoroso separatismo.

El hecho es que cuando la tensión entre lo parvo de la sustancia y lo sublime del espíritu llega a su climax, entre los dos polos y salta el rayo del 18 de julio, y se desemboca de la guerra, en la ahora de 1939 el español se encuentra con que «tiene que hacer España». Es el religioso construir de nuestras gentes de hoy, su programa mínimo. Nada menos, lo que comprobamos en 1939 es que «España estaba por hacer».

Hay que sacarla de la nada, a lo genesiaco. Yo ví al pasar por Tabernas, en la asombrosa Almería, cómo los hombres de luto iban a la sierra y transportaban en serones la tierra necesaria para cultivar, pues la arena sajariana de su redor era sólo polvareda sin espejismo. Y con aquella tierra «acarreada», creaban la insuperable exquisitez de su uva, una de las frutas aristocráticas del mundo. En Canarias puede cualquiera, asimismo, contemplar cómo raspan los guanches la lava, descubren una gleba somera y la cubren de tierra fértil acarreada de otras partes para producir lo que gusta en Inglaterra. Es común en la España con sed, ese llevar de un lado a otro la «patria inmediata» el suelo vegetal que alimenta al que le vive. Este es el símbolo de la España que llevamos a hombros, sudando.

Vayan ejemplos, como el de los Monegos: carrazales cegagosos o secarrales, esa colérica palabra que España inventa para calificarse a sí misma; el agua, en el horizonte; y entre los dos, la desclución de una incuria tradicional. (También en España se es fiel a la tradición de lo nefasto). Así, por siglos, dando a la emigración lo que antes se daba a la creación. Como el ejemplo de las dunas del Guadalquivir: el mar de la arena, también, la emigración, también, y el Guadalquivir al lado, mocizo desdeñoso que pasa y no mira. ¿Y las provincias, enteras provincias, Jaén, Teruel, Cáceres, Badajoz, éste mayor que Galicia o la zona de Marruecos, con miserios acampados encima, carentes de lo indispensable, abandonados, salvo para irritar su desolación y resolverla en movimientos de sangre de crimen, a lo Castilblanco?

No voy a hacer el índice de la amarguera de un soberbio pueblo asentado en parcela rocosa, pelada, deshaciéndose. Hay patrias, como Francia, novias de galanía, ricas por su casa, con dote para el ocio, rodeadas de jardín. Hay patria-hembra que ha de ser ganada con prueba constante y echando los hígados. A nosotros nos ha tocado esta clase de amor con la adición de que los antecesores la agravaron al dejar estática su dama, en deliquos místicos y lejanías de aventura, sin sacar el poco jugo de su huerto, sin moverla en sus agrietadas manos; sin deseo ni labor.

Por lo que en 1939 nos enteramos de que nuestra vehemencia por España es un amor de conquistista. Tenemos que conquistar a España como si hubiésemos desembarcado en ella a tambor y banderas victoriosas. Y tenemos que colonizarla, que

TOMAS BORRAS es un escritor de larga dedicación literaria y periodística. Autor de numerosas novelas de prolongado éxito—«La mujer de sal», «La pared de la tela de araña» y muchas más—, ha dado además a conocer al público español el mejor teatro moderno extranjero

enriquecerla, pues somos altísimos amadores, mas a buen mantel; que tripas llevan corazón, y eso de que inspira el hambre vamos a dejarlo.

Producirá por ahí susto que en España hoy día se estén fundando pueblos. Sí, aquí se levantan pueblos como los poníamos de pie en América o en Filipinas otrora. Hay un Instituto Nacional de Colonización. Y se reparten tierras a los habitantes de siglos, como a aquellos encomenderos. Hemos retrovertido la acción: de fundar mundos venimos a fundar España. Loado sea Dios que empezamos en 1492, por Su Alto Desigin, la casa por el tejado.

Enrique Rodó, el uruguayo, la llamó «España niña», y Waldo Frank, el norteamericano, España virginal». Esto era en el XX, cuando España contaba, desde Tartessos, seis mil años. Intuían lo que estamos viviendo: que un tajo en la Historia había de producirse y empezar a escala contemporánea la Nueva España de la Nueva Historia: una Re-Novación radical, en fondo y forma, de España en sentido de vivir y en logros. Intuían que en España, Nación-Guadiana, una vena soterrada, usucramente recóndita, podría saltar en surtidor, quizá porque todo lo que ha realizado ya no era más que prólogo.

Y estamos en la España «niña», «virginal», construida de cuajo. Estamos en el amor que preña de porvenir a la amada difícil y sin arras. Estamos metidos en la más colosal aventura de la aventura española: en españolizar España, en la causalidad de España. No hay que decir que la obra es para alojamiento de su Eterno Espíritu.

Pero bendito sea Dios que ha concedido a estas gentes del 18 de julio nada menos que los trabajos de Hércules. Que para nosotros son: anular el espíritu de inercia, abandonismo, pereza, desgana e impotencia de las generaciones del XIX. Acabar con el espíritu de discordia, guerra civil y horror a la unidad de esas generaciones. Superar el criticismo extranjerizante de la generación del 98 y su «¡Que inventen ellos!», y su «¡Que nos protejan!», y su «Europeísmo y no españolismo». Luchar a brazo partido y a tiro limpio por el rescate de la prenda contra los invasores, raptos, desfiguradores, ladrones de sus bienes escasos y criminales de la traición...

... y empezar modestamente, calladamente, con perseverancia, tesón, ahincamiento, ¡con rabia!, a hacer España de arriba abajo, desde las venas de sangre de agua hasta plantar sus árboles en el calvero; desde enseñar a leer al analfabeto hasta endurecerse el corazón contra enemigos internos y secretos, los de bolsa e intención extranjeras, de nuevas traiciones; desde cavar un camino a extender la señal de taller y de plantación por el mapa amarillo, el que redime un ingeniero echándose alante, operarios y labriegos detrás, «con hambre de siglos», obedeciéndole, capitán y soldados en campaña de justicia civil; desde inventar nuevas minas a instituir veneros de lo primario, de prima materia, sin la cual la cadena de la industria no actúa; desde levantar la moral, señalar metas, infundir fe, a levantar casas...

Buena tarea la de las gentes del 18 de julio, las sacrificadas, las que han de morir para hacer vivir y agotarse en la construcción para que posean los que vienen detrás. Buena la de esas gentes que cuando coronan en 1939 la cuesta de doscientos años de sufrir y añorar la desecarla por España dan ante sí con este paisaje: que España no existía.

Y no se amillanan, ni reniegan, ni se descorazonan, y se ponen, como los agricultores de Tabernas, a «transportar» a España, a llevarla a cuestras, para producir en el milagro, de nuevo, el fruto singular.

Acaba de aparecer el

“ANUARIO DE LA PRENSA ESPAÑOLA”

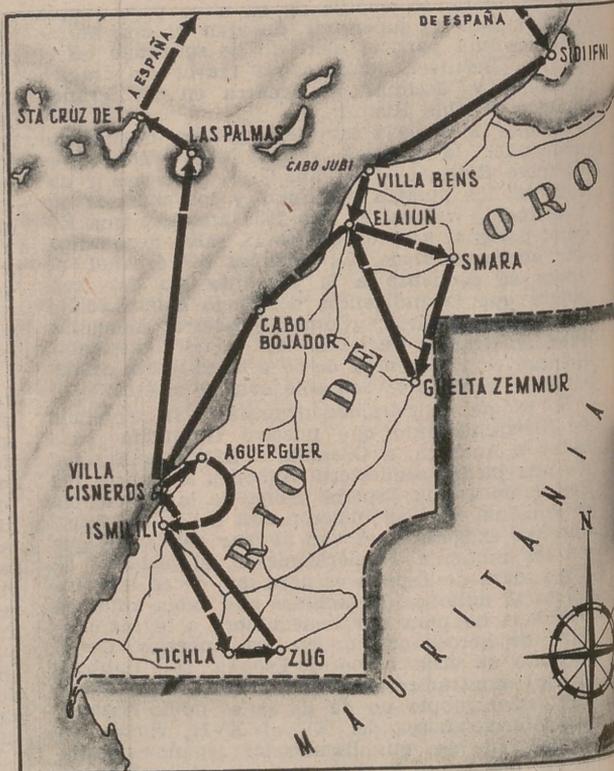
Contiene infinidad de datos sobre todos los periódicos diarios de España y “Hojas del Lunes”.

NOMADEANDO

EL CAMELLO MAREA MAS QUE LOS BARCOS

- Hienas, chacales y tambores en el pavor de la noche sahariana
- Los primeros ensayos de colonización en el desierto
- El saharaní no miente nunca, pero a veces calla

De nuestro enviado especial
José Luis CASTILLO PUCHE



HABIA que partir. Por días me crecía el ansia de huir de aquel sol implacable y de aquellos arenales desamparados de Cabo Yubi. Sin embargo, dos o tres vueltas por las dunas que rodean Cabo Yubi, montado en camello, me habían dado la impresión de que no sería capaz de meterme desierto adentro.

Un camello es más difícil de conducir que un «jeep» o un tanque. El camello mirando a uno y otro lado, como un turista distraído, se me iba por donde quería, y yo comenzaba a sospechar que mi destino iba a ser colarme de rondón en la Mauritania.

De vez en cuando, sobre el litoral, comenzaba a evaporarse un humo cegador que desfiguraba distancias y bultos haciéndonos ver en el capuchón

0 POR EL SAHARA ESPAÑOL



Docenas de kilómetros, cientos de kilómetros, miles de kilómetros de arena y piedras. De vez en cuando un árbol esquelético o una montaña como la giba de un camello

de una «jaima» nada menos que una cúpula oriental. También los camellos a lo lejos parece que caminaran con las patas hacia arriba.

El comandante Alonso se sabe de memoria las «suras» del Libro Sagrado y a los «la-bás» (saludos) de los «saharauis», siempre tenía listo su «Handulilah» (bendito sea Dios) muy devoto. El me fué ilustrando sobre los recelos, apatías, resignaciones y optimismos de los nómadas, enseñándome cuando hay que decir «mek-tiub» (estaba escrito) y cuando es realmente peligroso dejarles la iniciativa. Ellos, con tal de ordeñar una camella o

rrible. Un moro acusado de falso es peor que un «gafe».

LA TEORIA DEL «GAFE»

El comandante Alonso conoce a fondo a los «saharauis». Sabe cuando hay que chillarles y cuando hay que sonreírles.

Por las tardes se salía a las afueras de Cabo Yubi con el caballero y una caja de pinceles, queriendo trasladar al lienzo unos sienas, unos ocres y unos amarillos realmente inaprehensibles. Los fuertes reflejos de la luz costera hacen irreproducibles los matices del suelo y de la atmósfera.

—¿Y, es cierto que son tan supersticiosos?

—Sí, por supuesto. Para empezar le diré que nunca se deben alajar las cualidades de un amigo porque trae desgracia.

—¿Y los propios?

—Eso mucho menos. Evitan ellos toda conversación sobre las buenas cualidades o los bienes materiales, y cuando alguno se excede en el elogio no hay más remedio que decirle al panegirista: «Gul-Baracal-loh»...

—Algo contra su familia, seguramente...

—No; eso quiere decir: «Da gracias a Dios». Ahorra, eso sí, tan pronto ha sido invocado el nombre de Dios se puede dar el peligro por desaparecido.

—Son muy religiosos, por lo visto.

—Sí, lo son, aunque el desierto hace que el musulmán cumpla la ley a su manera. Por regla general lo de la oración no falla en casi ninguno. Cinco veces al día se descalzan y ponen su frente en tierra. Las abluciones no son posibles. Como les falta el agua, lo que hacen es restregarse con arena. Están autorizados para tener varias mujeres; pero los nómadas suelen casarse con una sola, si bien también es cierto que se divorcian con enorme facilidad.

—¿Cómo es el tipo de mujer que le gusta al «saharauí»?

—Cuanto más gorda, mejor.

—Y ellas, ¿cómo los prefieren?

En este gráfico se ha señalado el itinerario seguido por nuestro enviado especial, José Luis Castillo Puche, en su viaje al Sahara español, cuya tercera crónica publicamos hoy

tomarse un té con mucha azúcar, son capaces de desviar la ruta cien kilómetros.

La labor de España en el desierto es todo cosa de paciencia, mucha paciencia. Nuestros jefes tienen que estar dispuestos a resolver minuciosos e interminables litigios con una gran equidistancia de las partes, armonizando, por un lado, la intocable ley y, por el otro, las costumbres, sin dejar, en ningún caso, de escuchar respetuosamente a los moros notables y autorizados.

Estando yo allí se presentó un bereber reclamando una cabra que le habían robado. El comandante Alonso, con buenas palabras, le prometió que la cabra aparecería.

—¿Y aparecerá?—pregunté yo después.

—¡Claro! Aparecerá a quinientos o a sesenta kilómetros, pero aparecerá. Uno a uno se irán describiendo la cabra, y en cualquier rebaño ellos mismos la localizarán.

—¿Y cómo saben que es la misma exactamente?

—En el momento en que haya algún testigo, la cosa está resuelta. El «saharauí» no miente, aunque a veces calla, o habla de otra cosa.

Cuando una de estas tribus decida hacerle imposible la vida a un miembro descastado, debe ser te-

—Pues cuanto más delgados, mejor.

Llevé la conversación hacia el «gafe», que es una institución en el desierto, pues todos, mayores y niños, van cargados de amuletos, unas bolsitas de cuero donde guardan versículos del Corán y unos rosarios extraños. Uno de los grandes talismanes de la suerte consiste en el cálculo de un antilope, una bolita negra que ellos se cuelgan al cuello, y en cuyo poder milagroso creen a pie juntillas. No digamos el huevo del antilope, que es ya el «summun» de la prosperidad.

La existencia de los «gafes», sujetos capaces de transmitir la mala suerte, es para ellos una especie de dogma.

—¿Y cómo se libran de los maleficios?

—Hay diversos modos, pero el procedimiento suele ser bastante simple. Todo consiste en coger al «gafe» distraído. El maleficio queda destruido conque se le dé un buen susto. Cuando el «gafe» esté más tranquilo, hay que gritarle su nombre, y al volver la cabeza se le rompe un huevo de gallina en la frente, o también, si no hay huevo a la mano, se le da un fuerte cachete. Pero quizá lo más seguro es cogerlo cuando está dormido y arrancarle un mechón de pelo, que se tira inmediatamente al fuego.

—No deja de tener gracia el sistema.

Estaría bueno que pudiera ponerse esta práctica en Madrid. Habría que ver en los cafés la cantidad de huevos estrellados y la hoguera que haría falta tener a la mano.

El lienzo ya estaba casi cocido. El lienzo, embadurnado de colores como de arenas amasadas en vino, a lo que más se parecía era a nuestras caras, que amenazaban una floración de sarpu-lidos.

Volvíamos en el «jeep». Los «saharauis» que llegaban de los remotos pastizales nos miraban un poco despreciativos. El camello es para ellos superior a toda la técnica y mecánica occidental. De todos modos, cuando ellos necesitan trasladarse a zonas muy lejanas por un asunto de importancia y apremiante, piden un puesto en los camiones o en los trimotores. Poco a poco el «saharai» se va adaptando.

Esto mismo me contaba el capitán médico. Hace algunos años costaba horrores curarlos en sus enfermedades; se resistían. Ellos querían vivir como eran: pobres, sucios, con su vagabunda libertad. Mucho costó que el médico pudiera salvar a la primer «saharai» en un parto difícil. Ahora son ellos mismos los que corren que se las pelan buscando remedio contra la sarna, los cólicos y los eczemas.

—¿Cómo llaman ellos a la tuberculosis?

—Pues la llaman «saala» y «seder».

—¿Y a la sífilis?

—«Dangur».

—¿Y a la urticaria?

—«Timchi».

—Pues, sí; el nombre parece que tiene música.

Al llegar a Cabo Juby ya hacía frío. Las noches me las solía yo pasar en vela entre el frío y los nervios. Los alisios excitan el sistema nervioso que es un primor y cuesta acostumbrarse al cambio brusco de temperatura, que es de bastantes grados del día a la noche.

—¿Quiere un «whisky»?

—¿Inglés?

—Legítimo, hombre. Aquí, en el desierto, hay pocas cosas, pero las que hay son auténticas.

LOS FANTASTICOS CEMENTERIOS DE LOS QUE PENDE LA VIDA DEL DESIERTO

La vida del desierto —alcazabas, destacamentos, «frikis», grupos escolares, sanatorios, iglesias— está siempre pendiente de dos pabellones que suele haber en los puntos de partida hacia el interior. Estos dos puntos son el parque móvil y los hangares.



En camino. La familia ha deshecho sus «ajamas» y se ha lanzado desierto adentro buscando prastos. Las nubes serán su brújula



En este ondulado mar de las dunas el camello es el único barco posible. Como todos los barcos suscita horribles mareos



Cuando sopla el «siroco» no hay modo de caminar. Se impone acampar y enterrarse en un hoyo de arena, removiéndola de vez en cuando

No hay modo de enlazar desde Cabo Yubi o desde Villa Cisneros hacia los puestos militares más que poniéndose al habla con el jefe del parque o del campo de aviación. Colarse hacia las «hamadas», los «yebel» y las «sebjas» en camello o andando es algo que no hay que aconsejarle ni al peor enemigo que uno tenga.

El parque móvil de Cabo Yubi es un cementerio de coches, donde el capitán Prieto, ayudado de soldados ajustadores y montadores, de veinte camiones antiguos —una pieza de aquí y otra de allá— sacan uno nuevo cada dos meses, cuando el nuevo anterior ya se ha quedado desmantelado sobre una pista o en la hoyada de un río fósil. El teniente de este portentoso garaje (lamento no recordar su nombre) me fué explicando cómo del desecho rodante de la guerra —coches antidi-

luvianos— van saliendo a diario los enlaces del desierto. Es realmente heroica la tarea, y más heroico todavía aventurarse a un viaje de trescientos o novecientos kilómetros en un camión formado de piezas antológicas de todas las marcas de camiones. La labor de los soldados de estos grandes cementerios de coches a mí me pareció portentosa.

Menos mal que los camiones cuando salen a recorrer sus rutas siempre cargan un bidón de agua, otro de gasolina, latas de conserva, etcétera. De todos modos, ya ha habido sustos buenos: un oficial perdido entre dunas varicos días, a punto de morir. Eso de pasárselas moradas es una frase única para explicar el despiste que se apodera de nosotros, los cristianos, cuando vemos que hasta los moros empiezan a poner cara de beatitud sempiterna. Porque, por supuesto, en caso de avería entre escarpes o llanadas, el moro es capaz de sentarse y esperar beatíficamente a que se cumpla la voluntad de Alá. Por el contrario, nosotros empezamos a dar vueltas y más vueltas, aumentando el cansancio y el peligro de extravío total.

El otro cementerio suele ser el hangar, donde la escuadrilla del desierto hace guardia esperando cualquier aviso urgente. Los derrumbados y viejos trimotores del Ebro, Brunete y Pozoblanco están allí como licenciados de quintas, muy mayores, con los que hay que contar en caso de extrema gravedad. También el tener prontas las hélices de estos motores resulta algo así como volar sobre una alfombra mágica. ¿Cómo no les han ocurrido a estos aviadores españoles accidentes realmente lastimosos? El caso es que siempre que salen se puede decir que salen a jugarse el tipo. Aunque resulta fácil el aterrizaje en cualquier lugar (no tanto tampoco como uno cree), cualquier arribo forzoso hace sudar. Estos «Junkers» bien podían haber inspirado ya un buen guión de película si los directores cinematográficos españoles no fueran tan disparatados. Y en vez de aprovechar esta materia estupenda, vinieron al desierto para montar sobre una colina playera eso de «La llamada del Africa», que se parece a la vida austriaca, jovial y dura, que allí impera como yo me parezco a la Silvana Magnano.

El servicio que prestan estos aviones, renqueantes como son, a la hora de trasladar un enfermo grave a Las Palmas o a la hora de traer desde Madrid una vacuna rara es incalculable.

Quizá a lo mejor si tuviéramos lo que se llama «mejor material» no tendríamos la renuncia, el sacrificio y el valor de los chóferes y aviadores que cada día se esparcen por estos rumbos inciertos.

ME PROPORCIONAN UN GUIA Y UN CAMELLO

Cabo Yubi era ya para mí como una condena o destierro. No veía el día en que fuese posible lograr un enlace para el interior. El Halem me perseguía y parecía encontrar demasiado gusto en mi conversión; seguramente tenía la esperanza de convertirme a la religión de Mahoma.

Un día vi una muchacha española monísima, que creí que iba a poder consolarme de aquella espera atroz. Vivía en la única casa particular que tenía un pozo, donde venían las moras a llenar sus latas. La muchacha española era de Almería y a mí me gustó un rato largo en cuanto la vi. Me puse a hablar con ella a través de un pretil. Tendría unos veinte años, color aceitunado, pelo muy negro y ojos maliciosos. Vestía una simple telilla de percal, que marcaba sus formas más de lo conveniente.

Aun no había cambiado con ella cuatro palabras cuando salló una señora gorda y sudorosa con una escoba en la mano, y le dijo:

—Tú, ya estás entrando.

Todas mis conquistas en el desierto fueron, poco más o menos, por el estilo. Uno llega con el principio de que la mujer es difícil y hay que conquistarla. Y el despiste es mayúsculo cuando a uno intentan dárselo todo hecho. Como es natural, uno reacciona como el casto José. Y para una vez que se encuentra una chica española, como

a uno le gustaría, se encuentra con la escoba. Paciencia.

Entretanto me habían proporcionado un guía. Era un moro enigmático, que fumaba como un condenado, y cuando no fumaba, llevaba siempre una ramita o un palito en la boca.

Comenzó muy diligente a adquirir latas de comestibles y todo el bagaje necesario para emprender la aventurada excursión. Yo había decidido no esperar más y lanzarme desierto adentro a lomo del camello.

Por fin llegó la madrugada prevista. Yo tenía mis presentimientos acerca del camello.

Siempre me había parecido un animal antipático y monstruoso. Pero estaba dispuesto a gastarle todos los mimos necesarios, hasta a darle tabaco rubio, que por lo visto les gusta, y mascan los cigarrillos con indecible placer. El camello que me destinaron era un hermoso ejemplar blanco y caprichoso. Cuando el guía le dijo «¡Arriba!», el camello comenzó a mover la cabeza, como despegándose. Chasqueaba la lengua y daba cabezadas como si le hubieran interrumpido un sueño feliz. En esto, otro camello o camella de los alrededores lanzó un quejido espantoso. Parecían estar degollándolo. El mío alargó más el cuello y olfateó todo el rellano del paisaje. No sé qué olor extraño o qué presentimientos tuvo, pero lo cierto es que comenzó a rabiar y a retorcerse como un niño que no quiere ir al colegio. El moro le gritaba frenético, no sé si frases cariñosas o blasfemias. Costó más de media hora lograr que el camello se reincorporara. Todas mis cosas: la maleta, la gabardina, parecían sentarle mal. Protestaba francamente, y si yo no entendía el lenguaje del guía, comprendía, en cambio, muy bien la actitud del camello. Estaba visto que la antipatía era mutua y que aquel animal no quería nada conmigo.

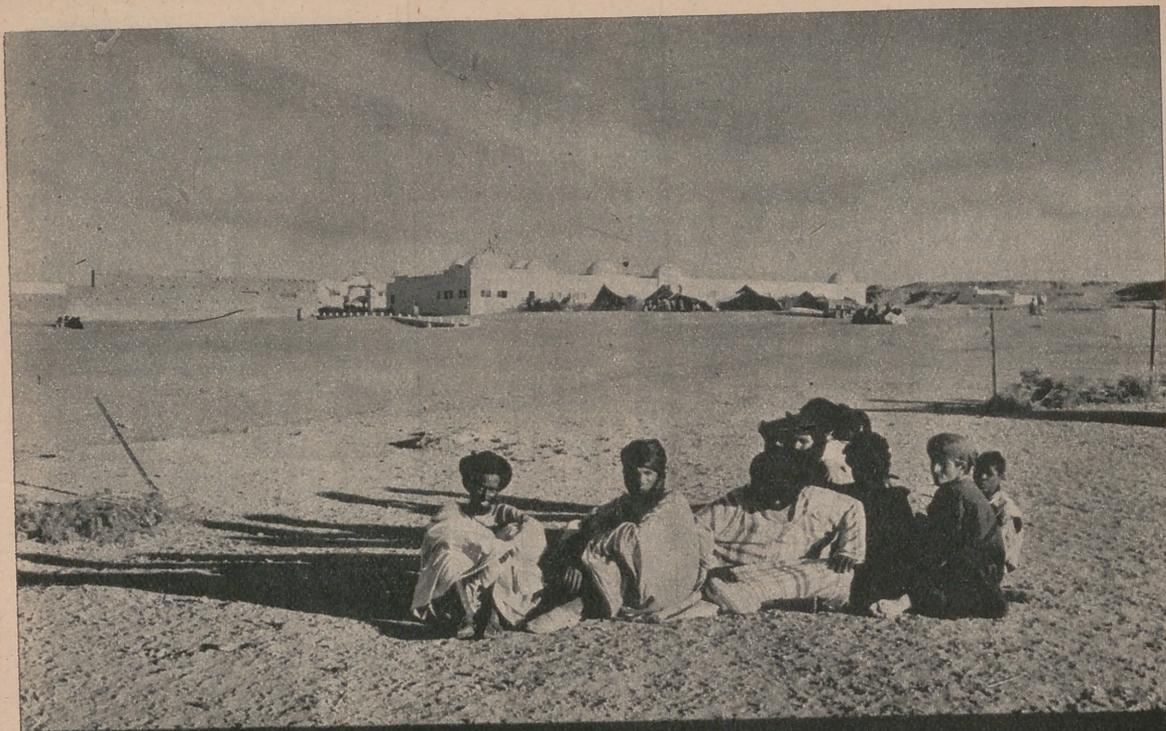
Pon fin monté y emprendimos la marcha. La arcilla del desierto transpira una quieta y extraña evaporación que altera todos los colores. Mi camello blanco se me tornaba, alternativamente, violeta, camello rojo, camello gris y hasta verde.

EL CAMELLO Y YO NO HACEMOS BUENAS MIGAS

El camello es un animal raro, con fisonomía de inglés de club y andar enfático y presumido de hijo de faraones. Es un animal que se hace mucho de rogar y que cuando le da por decir «no» ensaya un paso bamboleante y gruñe como un «diablo». Carga con 76 kilogramos y hace unos cinco kilómetros a la hora, más o menos, pero puede caminar unas trece horas diarias. Si ha comido pasto fresco, puede pasarse unos tres meses sin beber agua. Pero cuando puede hacerlo se traga unos 100 litros de golpe, y hay que tener mucho cuidado, porque el camello es tonto de remate y seguirá bebiendo hasta explotar. Cuando uno ve cómo se va redondeando con el líquido ingerido su absurdo esqueleto, piensa que es imposible que no se reviente. El camello, además, no camina en línea recta, sino haciendo zigzag, lo cual le da un aire voluntarioso y estúpido. Esto



El nómada es hospitalario, y lo primero que ofrece es lo que él más estima: la leche de camella o de cabra, o carne de gacela, si hubo suerte



Al Aaiun es un primor de poblado, con cúpulas blancas y redondas, donde España tiene uno de sus más simpáticos y airosos campamentos

si no le da por tomarle a uno manía, porque entonces hace todo lo posible por derribarle a uno en tierra. Toda su ciencia la aplica en acurrucarse sobre su víctima y aplastarla poco a poco.

Había subido al camello con más miedo que vergüenza. Y desde el primer momento me convencí de que aquella monstruosa bestia no estaba hecha para mí, y yo mucho menos para ella. Caminaba el presumido «yemel» muy tieso, con el cuello muy estirado y dejando asomar la lengua, que le colgaba envuelta en una especie de viscosa saliva amarilla. Al mismo tiempo salía de su vientre un gorgoteo inquietante.

Al principio se puede decir que fué circunspecto, y el moro que me servía de guía caminaba a su lado canturreando. Sin embargo, ya estaba visto que, como allí no había carretera, él eligió su ruta despóticamente.

—¿Pero a dónde va?—preguntaba yo al guía.

—«Yemel» sabe lo que hace.

De golpe le dió por alargar el cuello, más flexible que una manga de riego, y comenzó a volver la cabeza y a mirarme con una fijeza molesta y perturbadora.

—Haga el favor de mirar hacia adelante—le suplicaba yo muy correctamente.

Pero el camello lo que hacía era estirar más y más el cuello y analizarme con pupilas de sabio cansado. Esta terquedad del camello era verdaderamente alarmante. Yo, con la mano extendida, le señalaba la llanura sin fin.

El paisaje que yo veía desde la jiba del camello era como el horizonte que algunas veces se ve en las negras pesadillas de una enfermedad febril. Ni una mata de verde, ni la copa de un árbol, ni el trino de un ave. Solamente algunos matorrales espinosos con las hojillas polvorientas y resacas, a las que el viento había torcido como si fueran las cabelleras de unas mujeres locas perdidas en el páramo. Ni un barranco, ni un cauce. Solamente cantos sueltos, suelo compacto y arcilloso, del que brotaban a nuestros pasos arenas voladoras que daban al paisaje un aspecto de caldera humeante. El color verde, donde tan placidamente descansan los ojos, no existe allí. Sólo vibran ante la retina unos ocos y unos pardos que dan a la tierra aspecto desolador. Corre la arena de un lado para otro como un perro sarnoso y desesperado.

Inesperadamente, el camello se paró y empezó a soltar unos gemidos, al principio lastimeros y después furiosos. No quería andar. Se le veía dispuesto a morder.

—¿Pero qué le pasa a este animal?

—Es la camella—contestó el guía.

—¿Qué camella?

—En estos meses el camello se pone loco por la camella. Es peligroso obligarlo.

Como pude bajé de la montura, operación nada fácil. Me quedé contemplando al camello desde el árido suelo, y él, como si fuera de circo, comenzó a dar brincos torpones y muy poco elegantes por cierto.

Estábamos a varias horas de Cabo Yubi, en una zona de piedra, recubierta por montículos de arena en forma de medias lunas. Un viento molesto nos azotaba, lanzándonos las afiladas arenillas, que se clavaban como puntas de alfiler.

Dirigí la mirada hacia el Sur, donde comienza la inmensa llanura del desierto. En las ramas esqueléticas de las «taljas» creía ver culebras enroscadas. El camello seguía como loco gruñendo un rencor maligno o un sufrimiento desesperado. Hice al guía que bajara de la silla de montar el «giribe», especie de gaita gallega llena de agua, y también bajó nuestro «tasufra» o saco de viaje, donde llevábamos las provisiones.

—¿Qué vamos a hacer?—preguntó el guía.

—Comer y luego volver a Cabo Yubi.

—¿Le tiene miedo al camello, eh?

Confieso que le tenía pavor. Aquella mirada fija y aquella manía suya de volver la cabeza y enseñarme la lengua era para asustar a cualquiera. El mismo guía notó que no las tenía todas consigo.

Decidí regresar a Cabo Yubi y dar por bien empleada la experiencia. Estábamos tan sólo a unos 25 kilómetros. Era cosa de esperar algún día mas y coger el camión del suministro.

ME SALE UN COMPAÑERO DE VIAJE

En la Residencia de Oficiales me topé un día con un canario estruendoso y un poco tartamudo. (Perdón, no tartamudeaba, pero quería decir tantas cosas a un tiempo que le salían a medias y a trompicones.

Venia al desierto con una maleta repleta de laca de uñas, plumas estilográficas, prendas interiores de «nylón» bolígrafos, pipas, linternas y otras chucherías.

Muñoz, que así se llamaba, había sido teniente de fuerzas nómadas, divisionario en Rusia, etc. El desierto se le había quedado dentro. Sus propósitos no se limitaban a vender toda esta baratija norteamericana, sino que, al mismo tiempo, intentaba comprar chasis viejos, cubiertas de coches, bidones, etc. Si además algún antiguo compañero

aventuraba mucho a pisar por aquellos lugares; temía encontrarme alguna «lefa» (serpiente), que me habían dicho que abundaban, y cuya picadura es mortal sin remedio.

Muy pronto nos dimos cuenta de que existían en los alrededores unos matorrales bastante grandes y de cierto color verdoso. La tierra despedía como un vaho de humedad, tan leve, que en otro lugar no le hubiéramos percibido. Pero en el desierto se agudiza extraordinariamente la sensibilidad para esto del agua. Los moros tocaban la arena, soplaban, mimaban las estrellas.

Hacia la derecha, la línea del horizonte se quebraba y en lo hondo, se reflejaba una claridad como sobre un cristal empañado. Parecía exactamente la superficie de un lago extrañamente quieto. Era una «sebja» (pantano) que da la impresión de dureza, pero que por algunos lados tiene una blandura peligrosísima.

Sin alejarme mucho del coche contemplaba la horrenda paz de aquel sitio, cuando de entre unas rocas salieron unas espantosas carcajadas que ponían los pelos de punta.

—Son las «debaá» (hienas)—dijo uno de los moros.

Para colmo revoloteaban por el aire unas mariposas de colores brillantes que, en el silencio de la noche, zumbaban como abejorros.

LA NOCHE EMPEORA LAS COSAS

Por fin dimos con la pista; pero era arriesgadísimo seguir con aquel camión. El motor amenazaba incendiarse y la obsesión de la dinamita pesaba sobre todos nosotros. En una ocasión así es cuando uno se da verdadera cuenta de que el desierto es algo terrible. En cualquier carretera, por muy descampado que nos coja una avería, sabemos que pasará algún coche, que más cerca o más lejos habrá la caseta de un peón caminero, nos encontraremos a un pastor o ladrará algún perro.

Pero en el desierto sabemos que no encontraremos a nadie ni nos encontrará nadie, aunque pasen varios días, aunque logremos recorrer unos cuantos kilómetros. Ni oiremos ningún sonido familiar. Sólo las horribles carcajadas de las hienas y, acaso de vez en cuando, también algún zurrillo, que se pasea como si nada fuera con él.

No había más solución que seguir como fuera. Después de muchos empujones, y muchos ruidos extraños que salían del motor, nos pusimos de nuevo en marcha. El chófer ahora se dormía, seguramente por efectos del bocado. Claro que esto allí no representa ningún peligro: ni nos podíamos salir de la carretera ni chocar con ningún árbol. Mucho peor lo hacía el sargento con la fina manguera de la gasolina. Entonces el chófer decidió ponerse sobre el guardabarros mientras Muñoz conducía. Yo iba con la portezuela abierta, y varias veces estuve a punto de tirarme. Muñoz no había conducido, yo creo, en su vida. Ibamos de un lado para otro, dando bandazos y tropezando con las pocas piedras que había. Cuando yo decía: «¡Izquierda!», él se iba por la derecha, y al revés.

Tampoco habíamos conseguido encender los faros. A los lados del coche, las sombras de las «taljas» fingían rebañones que se movían, tapias oscuras, baches, hondonadas, animales que se deslizaban huyendo, todo agrandado por la imaginación excitada.

—He visto una luz—dije yo. Y nadie me hizo caso.

Al cabo de unos cinco o seis kilómetros, que duraron horas, descubrimos en medio de las dos inmensidades, la de la noche y la del desierto, a un moro que, en cucullas, se calentaba en una hoguera.

Los días en el desierto son calurosos, pero las noches son tremendamente frías.

Nos acercamos al fuego, y los moros se saludaron con mucha parsimonia.

—¿Qué hace ese moro ahí—pregunté.

Estaba muy arropado, como van todos los «saharauis» de estas latitudes. Sólo se le veían los ojos, unos ojos pequeños, negros y muy brillantes. Por lo visto llevaba allí varios días esperando ver el giro que tomaban las nubes. Se avecinaba la época

de las lluvias y él sería el mensaje vivo que muchas «jaimas» esperaban para trasladarse a las «graras», vallonadas arcillosas, resguardadas con espinos, donde los «saharauis» siembran la cebada. Si la lluvia cae oportunamente pueden recogerse varias cosechas seguidas. Comprendimos que valía la pena que este moro hubiera recorrido muchos kilómetros y pasado varias noches al relente para avizorar el rumbo de las nubes y adivinar hacia dónde decidirían descargar su benéfica bendición de Alá. Cada «frig» (grupo de «jaimas») envía, al llegar esta época, a uno de estos emisarios, que se sitúan estratégicamente en un punto, desde el cual puede, noche y día, seguir la vacilante marcha de los cirros. De la rapidez y del olfato de este centinela depende el porvenir de los pastos y, por lo tanto, la supervivencia de la tribu.

También por este moro supimos que Dora estaba a ocho kilómetros, más o menos. Muñoz y yo, sin querer saber más, echamos a andar.

Es difícil estrellarse con un camión en el desierto; pero nosotros estuvimos a punto de conseguirlo. Llegábamos dos o tres kilómetros de marcha cuando, volviendo la vista atrás, vimos un gran resplandor.

—¿Será la dinamita?—nos preguntamos.

La dinamita no podía ser, porque explosión no había habido. Era simplemente que el chófer, seguramente repasando el libro a la luz de la linterna, había dado con el modo de encender los faros. Y de este modo, ahuyentaba a las hienas. Nosotros lo hacíamos tirando piedras y contestando burlescamente a sus histéricas risas.

De repente, el desierto, como la caja de un muerto que recibiera el «tras, tras» del día de la Resurrección, comenzó a llenarse del sonido de unos golpes profundos, rítmicos, aterradores, cada vez más rápidos y trepidantes. De vez en cuando se hacía un silencio y se escuchaban unos gritos agudos, como si a alguien, muy lejos, le estuvieran arrancando la piel.

Nos quedamos un rato parados sin decir ni «pío».

—¿Qué es eso, Muñoz?

—Serán los negros del conde, que están bailando la «ganga».

—Yo creo que la «ganga» nos la van a dar a nosotros.

En el desierto, cualquier acontecimiento, por aciago que se presente, siempre es bueno.

El caso es salir de la monotonía y de la soledad. Caminamos en la dirección de donde provenían los tambores, y cuando nos quisimos dar cuenta estábamos rodeados de moros y de negros senegaleses.

Habían visto a lo lejos el resplandor de los faros de nuestro coche y celebraban la ansiada llegada de provisiones.

Llevaban muchos días a base de té, exclusivamente, y sin mucho azúcar.

MODERNOS COLONIZADORES

Todo lo que vino después es como un sueño dulce después de una comida de esas de «Las mil y una noches». Caminamos Muñoz y yo por entre una fila de moros reverenciosos hasta llegar a unas escalinatas de un edificio de piedra blanca, como hecha de luna o de trozos de azúcar. Allí, a la puerta, nos esperaba una mujer rubia y preciosa, rodeada de niños rubios, que gritaban:

—Traen comida.

El conde nos dió la mano y nos puso un cigarro a cada uno en la mano:

—Tómenlos, por Dios, son los últimos que me quedan.

Para los moros éramos Alá. Para los cristianos éramos nada menos que la Divina Providencia.

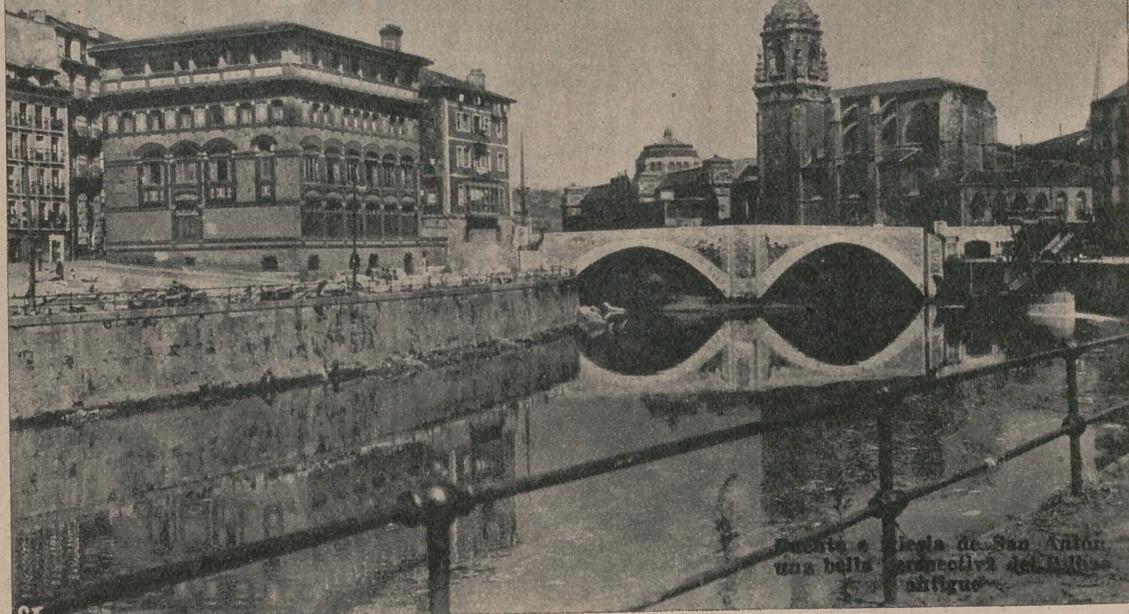
A todo esto, ni Muñoz ni yo sabíamos que en el camión venían unos racimos de plátanos y unos sacos de patatas, arroz y azúcar para los condes de B.

Fuera sonaba ya estrepitosamente la música de los «tan-tán». En algunos de los intervalos de silencio nos parecía escuchar el alarido siniestro de las hienas. Pero estábamos bajo techo. El té hervía ya, como unas frases de amor, bajo unas mantas familiares. De momento habíamos logrado la paz. Paz solamente por unas horas.

Los condes de B. son los primeros colonizadores del desierto, a los que el Estado ha concedido unas decenas de miles de hectáreas para que ensayen plantaciones y cultivos.

PENSAR Y MANDAR

desde Bilbao



POR EL FUERO DE NUESTRA VERDAD

HACE muchos años

—¡pasam, Señor, tan de prisa!—vi en un cine americano una película de ambiente ruso (muy en boga por aquel entonces las películas sobre la familia imperial y la propaganda comunista), que llevaba a la pantalla la vida común y corriente al parecer del heredero del Trono de los Romanoff, parientes muy cercanos de la familia reinante en Londres. Es bien sabido que el parecido entre el Zar de Rusia y el Rey Jorge V de la Inglaterra que aún no había comenzado a sufrir era en verdad extraordinario.

La película, cuyo título no recuerdo poco ni mucho, no debió ser muy simpática a la representación imperial en el mundo porque, seguramente con toda razón, entabló una reclamación legal ante los tribunales yanquis por considerar que al no ajustarse a la verdad oficial del antiguo Imperio era sencillamente ni más ni menos, una difamación.

Nada tiene tampoco de extraño que la película fuera un desastre histórico, porque la verdad es que el llamado «séptimo arte» ha vapuleado a la Historia y muchas veces también a la moral, con saña increíble, tanto que pobres de aquellos —no serán escasos— que no posean otra cultura que la adquirida en la oscuridad de un salón entre chokolatines, helados y arrumacos de los vecinos.

Pero, si bien pudiera decirse que todo el mundo ha puesto su ameno interés en desvencijar a la Historia a través de los estudios cinematográficos, no se han

Por Genaro RIESTRA

Gobernador Civil de Vizcaya

quedado a la zaga, tampoco en esto, los Estados Unidos cuando se han visto obligados a tratar el tema imperial de los rusos. Bien es verdad que tampoco se han quedado atrás con otros temas, incluso el propio, cuando han querido dar a conocer al gran público las delicias del inmenso Oeste, las crónicas guerreras de la secesión, o el encanto de las noches románticas junto a las mesas de juego en una casa flotante sobre el ancho Mississippi.

No hace mucho andaba por ahí otra película de ambiente ruso en la que trabajaba de general ruso —según el libreto— un general ruso auténtico, venido a menos y en el exilio. Todo esto se ve, se vive, se llora, durante la hora y media que dura la gran nostalgia de la jornada. Llega un momento en que el general ruso, en busca de trabajo, lo encuentra en unos estudios de California. Le entregan un uniforme de cosaco y al colocarse las abundantes condecoraciones que le ofrecen lo hace prendiéndolas sobre el pecho, en el lado izquierdo, junto al corazón. Entonces el director de la película se dirige a él, abrumado por la inconveniencia que supone la pérdida de tiempo, y le exige que coloque las condecoraciones en el lado derecho.

—Perdone usted —contesta el ruso— fui general de Ejército, en uno de los regimientos del Zar, y sé muy bien dónde he de lle-

var las medallas. Casi podría decirle que no hice otra cosa en mi vida que ser soldado de Rusia.

—Será cierto lo que usted afirma—le contesta el director—, pero yo soy técnico en asuntos rusos, en Ejércitos rusos y en generales rusos, y, por lo tanto, deberá colocarse las condecoraciones al lado derecho de la guerrera o perder el empleo.

Pero volvamos al principio. La reclamación de la familia imperial en el exilio debió prosperar ante los tribunales americanos, porque de entonces acá todos podemos leer, al dar comienzo las sesiones, un letrerito que nos advierte cáutamente que nada de lo que en la película vamos a ver tiene la menor relación con lo que haya podido ocurrir en la vida corriente y que cualquier parecido de los personajes de la obra con otros que anden o hayan podido andar sobre el asfalto, es «mera casualidad».

Pues bien, pretendo tocar un tema a mi juicio importante. Claro está que casi siempre nos parecen importantes nuestros propios temas y hasta nuestros propios juicios. Virtudes y defectos de la raza. Por parecerle importante al pontevedrés Cristóbal Colón el tema de las Indias, se embarcó en Palos y descubrió la América que, en honor a la verdad, y con una leyenda un poquito menos negra, debiera llamarse Colombia. Pero si la leyenda no durara desde hace siglos, ¿qué haríamos ahora los españoles cuando ya parece que no quedan tierras para descubrir ni hombres que cristianar? Porque, en verdad, a nosotros nos tocó cris-

tianar y descubrir a medio mundo. Lo que ocurrió después y ocurre todos los días, incluso en España, es que los hombres, a fuerza de perder el tiempo en discusiones estériles, no aprueban la reválida de diaria conducta que con su ejemplo ha de dar el buen cristiano.

Pero volvamos al tema. España necesita, casi más que ninguna otra cosa, agencias informativas que en verdad puedan dar a conocer su situación por el mundo. No podemos, porque va en contra de nuestro interés, ni debemos, porque va en contra de nuestro prestigio, estar dependiendo informativamente de agencias extranjeras.

Las noticias de España han salido hasta ahora por el mundo según lo que las distribuidoras norteamericanas, inglesas y francesas han querido servir. Y no es que piense, ¡libreme Dios!, que es culpa de nuestras propias agencias; lo que ocurre, a mi juicio, es que tal vez no tienen el apoyo económico necesario para montar su propio servicio por todo el mundo.

Hasta ahora España tiene un servicio receptor, y así nos enteramos todos los días de lo que ocurre en Pittsburg, del mínimo accidente del país de Gales, o del salto de pértiga que ha pegado en una aldea de la Costa Azul un francés existencialista y saltarín. Todo esto puede ser noticia y, por tanto, puede tener interés periodístico; pero desde el punto de vista de España lo que necesitamos es que en los periódicos del mundo se publique a diario la noticia importante de cualquier capital o provincia española, para que puedan llegar algún día a darse cuenta de que nuestro esfuerzo industrial y agrícola, nuestras obras de arte, nuestro folklore, nuestras carreteras, nuestras presas y pantanos son cosa bien distinta de la España paderetera que los extranjeros y, muchas veces los indígenas, han echado a rodar tierra adelante.

¿Y en lo político? ¡Señor, en lo político! España ha sido difamada en términos que rebasan toda posibilidad de compostura mental; nuestro régimen, el mismo al que ahora acuden con sonrisa amable y prometedora, ha sido víctima periodística de las informaciones deformadas, tendenciosas, casi siempre calumniadoras y muchas veces serviles ante Moscú, esparcidas en todas las naciones por las mismas agencias que nos enviaban y nos envían a los españoles las noticias del exterior que se han de publicar en España. Esas agencias, las que a través de las nuestras nos hacen partícipes en cierto modo de la expansión de noticias que muchas veces no pueden calificarse, son las mismas que durante años crearon sobre la tierra el clima necesario para que la Falange fuera vista como algo tenebroso a lo que no se podía permitir existencia. Y nosotros, víctimas de una campaña tenaz y desvergonzada, tenemos que seguir soportando el Gibraltar diario que supone el que las noticias que a los españoles les puedan interesar sean difundidas en otros países a través de cualquier agencia en cuyo historial podría encontrarse seguramente una larga serie de

falsedades en relación con la verdad española de los últimos años.

En virtud de las noticias que nos sirven agencias extranjeras nuestros periódicos reciben la impresión de los problemas políticos del exterior según la conveniencia, ni siquiera de Inglaterra, los Estados Unidos o Francia, sino del partido turnante, sea el republicano, el laborista o el M. R. P. Y ustedes me dirán el interés que para España puede tener muchas veces lo que sobre política exterior piensen tan sesudos varones. Porque si es cierto que el problema del rearme ante Rusia, por ejemplo, necesariamente ha de tener un punto de vista diferente según lo enfoquen los Estados Unidos o Bélgica, el partido republicano o los socialistas ingleses, ya me dirán ustedes cuál puede ser en ocasiones el punto coincidente entre el interés de Francia y lo que a España pueda convenirle.

¿Solución? Esto es lo difícil, como siempre. La crítica es relativamente fácil; dar solución a los problemas es mucho más complicado. Lo primero que haría falta son medios económicos. No creo que nuestro propio sistema informativo sea inferior a cualquier otro; lo que ocurre seguramente es que no dispone de los medios económicos que le son precisos.

Los españoles, por múltiples razones, disponemos o podemos disponer en muchos lugares de la tierra de periódicos importantes, de sistemas de radiodifusión y, ahora, de canales de televisión, capaces en su conjunto de constituir una zona importante de influencia para dar a conocer nuestra verdad política, nuestra verdad social y nuestra verdad religiosa. ¿Por qué no? ¿Es que acaso hace otra cosa la llamada democracia? ¿Es que no tenemos que estar soportando los españoles soporíferas emisiones de radio, plumbeos editoriales e inabarcables crónicas que tratan de convencer a quienes les escuchan o les leen de que el sistema de un hombre, un voto es la máxima perfección humana?

Pero seamos humildes. No creo haber descubierto cosa alguna. Estoy bien seguro de que si España no ha tenido hasta ahora la agencia informativa que necesita para que, sin dependencia alguna, difunda por el mundo las noticias que a España le interesan en lugar de extender por España las que le interesan a medio mundo que no nos ha tenido ni nos tiene demasiada buena voluntad, ha de ser, seguramente, porque ello no es posible. De haberlo sido, ya estaría hecho. De ello estoy bien seguro, porque en España se han hecho en estos últimos años muchas cosas que parecían casi imposible. Por ello comencé este artículo con la pequeña historia de ese letrerito que se lee a diario en casi todas las películas. Lo hice para que nadie pudiera sentirse ofendido. No es mi intención molestar y pido perdón por si lo hubiera hecho.

Estas líneas, mal hilvanadas, solamente llevan en sus entrañas el afán de un español que, como tantos otros millones de españoles, quiere para España, en todos los terrenos, un lugar bajo el sol.

3 AÑOS CAMPEÓN

Martín Ruedas, "as" de la soldadura autógena, sólo acudirá ya a competiciones internacionales

SE levanta el telón de la entrevista, mientras pian-piano vamos andando hacia el cercano Valdeconejos, donde don Martín Ruedas, es ya por tercera vez campeón nacional de soldadura autógena, tiene su hogar. El señor Ruedas es recién casado cien por cien, aunque, según el mismo confiesa, ya haga año y medio que contrajo nupcias.

Alzamos aquí el telón, como decimos, y dejamos el juego del escondite, en el que hemos intervenido poco antes periodistas, fotógrafo e entrevistado hasta encontrarnos, para otra ocasión.

Corren las primeras horas de la tarde. El paisaje de pinos se nos entra por el alma. En cambio, nuestro fotógrafo, Mamegan, asegura que lo que se se está entrando, y no por el alma, sino por los zapatos, son chinias y tierra en cantidad. Pero es que estamos en pleno campo cara a la sierra.

Hacia ella marchamos por el asfalto caliente de la carretera. El señor Ruedas nos va explicando cosas de su vida casi sin necesidad de que le preguntemos, porque es acogedor y desde el primer momento nos ha asombrado con su dinamismo y su agilidad mental. Los ojos profundamente inteligentes parecen querer escucharlo todo. Hablamos antes de nada, del premio, o mejor dicho, de los premios conseguidos por don Martín Ruedas, mientras—revuelta tras revuelta— todos, cinco, vamos dando jin a nuestra ración de carretera a recorrer.

CARLOS ALVAREZ.—¿Cuál ha sido la causa de que por tercera vez concursara usted al premio nacional de soldadura autógena?

RUEDAS.—Encontré el aliciente de que, además de la copa y 5.000 pesetas, ofrecía un viaje a París. Siempre he estado deseoso de conocerlo. Me interesa el París industrial, el París de las fábricas y también el París artístico.

MARIA JESUS ECHEVARRIA. Llevará a su mujer, naturalmente.

RUEDAS.—Sí. Quisiera llevarla. Supongo que nada se opondrá.

JOSEFINA ROMAN.—Su mujer, ¿qué opina de todo esto?

RUEDAS.—En fin... ya lo verán

CONSECUTIVOS NACIONAL

En España los caminos
están abiertos para los
hombres tenaces

“Evito el adocenarme en el
trabajo de prácticas”

ustedes ahora. Creo que está encantada.

(Y nos hace un panegirico de su mujer tan bonito y tan bien hecho, que hace juego con el paisaje.)

M. J. ECHEVARRIA.—Hablemos de cómo cree que debe ser la formación del obrero actual.

RUEDAS.—Muy completa. El antiguo practicón está llamado a desaparecer. Se impone que el obrero actual tenga una formación extórprofesional buena. Hay ciertos oficios en los que las matemáticas son fundamentales para el obrero. Y de todas las maneras la cultura general no está reñida con nada.

(J. Román insiste en el tema esposa, porque, como buena mujer, le interesa mucho.)

J. ROMAN.—¿Muchos años de novios su mujer y usted?

RUEDAS.—Le llevo trece años a Isabelita. Se puede decir que he tenido que aguardar a que creciera para casarños.

(Y ahora nos da detalles sobre su feliz vida conyugal, sobre su casa y de cómo la consiguió sin traspaso ninguno.)

C. ALVAREZ.
¿No está un poco lejos del centro?

RUEDAS.—Estoy encantado de vivir aquí. Esto es pleno campo. Y estoy a un paso de la Institución Sindical «Virgen de la Paloma», a donde tengo que ir a trabajar.

M. J. ECHEVARRIA.—¿Cuánto tiempo hace que es usted profesor de la Virgen de la Paloma?

RUEDAS.—Seis años.

J. ROMAN.—¿Por oposición?

RUEDA.—Por oposición.

Y es un poquito después cuando Ruedas nos dice:

—Ya estamos en casa.

(La casa es un hotelito precioso, blanco, que revienta de tios por ventanas y escalera. Una vez arriba, una muchacha jovenita, a la que se nos hace raro llamar señora, nos espera para unir su cordialidad a la del marido. Tanta cordialidad que las cuartillas duermen y las chicas reco-



El tres veces campeón nacional de soldadura autógena, Martín Ruedas, recibiendo uno de los trofeos conquistados

ren la casita con ella, extasiándose ante todos los cuartos.)

C. ALVAREZ. (Gruñendo).—Verdaderamente esto parece un stand de propaganda del matrimonio. (Y es que no falta detalle. De la cocina salen las chicas diciendo que es «una sinfonía en esmalte blanco con frigorífica». Ya en el comedor nos avalanzamos sobre la completísima biblioteca.)

M. J. ECHEVARRIA.—¡Oiga, oiga!, de sus aficiones literarias no habíamos hablado por el ca-



En el hogar, mientras la esposa cose o hace labores, Martín Ruedas lee en voz alta el libro del día. Al fondo, los trofeos que ha merecido por su competencia profesional

(Fotos Mamegan.)



Martín y su esposa, Isabelita, se someten gustosos al interrogatorio que María Jesús Echevarría y Josefina Román les hicieron para presentar la feliz pareja a los lectores de EL ESPAÑOL

mino. Fíjate, Carlos, aquí hay de todo: Verlaine, Unamuno, Neruo, Goethe, Valle Inclán, Maurois, Azorin, etc., etc.

ISABELITA Y MARTIN. (Respondiendo casi a coro.)—Es nuestra mayor afición. Durante el invierno, en lugar de ir al cine, preferimos estar en casa y leer, leer.

C. ALVAREZ.—¡Es una biblioteca estupenda!

RUEDAS.—¡Qué va! Aun no está todo lo completa que quisiéramos, pero ya lo irá estando...; pero, vamos, pasen, pasen aquí a este otro cuarto, que estaremos más fresquitos.

(Derrumbados en los sillones de alto respaldo agradecemos—protestando débilmente—los refrescos que Isabelita tiene preparados. Con todo esto la conversación se anima, se cruza y es casi imposible oírlos, porque los señores de Ruedas a ratos se convierten en periodistas y son ellos también los que preguntan. Mamegan nos asusta de vez en cuando con sus fognazos. Es después del primer sorbo de coñac con sifon cuando empieza la ofensiva seriamente.)

M. J. ECHEVARRIA.—Después de descubiertas sus aficiones literarias deberán decirnos obligatoriamente qué autores prefieren.

ISABELITA.—Yo, desde luego, Valera y Azorin.

RUEDAS.—Don Pío, sin ninguna duda. Soy un fervoroso suyo. Le llamamos así: don Pío, cariñosamente, ¡nos es tan familiar!

J. ROMAN.—¿Por qué siendo ustedes tan felices prefieren a Baroja, tan amargado, tan escéptico?

RUEDAS.—Nos inspira ternura. Quizá en nuestra propia felicidad está la explicación.

C. ALVAREZ.—¿Tienen amigos literatos, artistas?

RUEDAS.—Sí. Nos honramos con la amistad de don Abel Bo-

nald, de la Academia francesa. El hijo de Pujol es también amigo nuestro. Los amigos literatos y pintores que tenemos son jóvenes, gente que empieza.

J. ROMAN.—Estos cuadros, ¿son de alguno de ellos?

ISABELITA.—Sí, son de un amigo aragonés. Aragonés como yo, que soy de Zaragoza.

(Y perdemos la voz, porque las dos mujeres—entrevistadora e entrevistada—se enzarzan en una conversación de amores regionales, que apagan la voz del señor Ruedas, hablando de otra cosa con M. J. Echevarría. Cogemos el hilo: tratan de viajes.)

RUEDAS.—Sí, nos encantan. Conocemos casi todo España. Cada viaje es un pequeño motivo para creer que la luna de miel ha vuelto a empezar.

C. ALVAREZ.—¿El último viaje?

RUEDAS.—En vacaciones de Semana Santa. Lo hicimos por Asturias, Covadonga, Cangas de Onís, Mieres, Gijón, Avilés, La Felguera, teatro de mis triunfos y por la que siento un cariño especial. ¡Esos asturianos nobles y generosos y compañeros de la competición! Miren. En recuerdo tenemos este hórreo.

J. ROMAN.—¿Y ese pedazo de carbón que hay dentro?

RUEDAS.—Está ahí en recuerdo de una hazaña de Isabelita: bajó al pozo de una mina de doscientos setenta y cinco metros de profundidad, a donde hacía catorce años que no bajaba ninguna mujer y a donde ni siquiera bajan las mujeres que trabajan en la localidad.

M. J. ECHEVARRIA.—Su próximo viaje a París, ¿se realizará pronto?

RUEDAS.—Relativamente. Por lo menos hasta el otoño no veremos París puesto que en el tiempo que estamos la mayoría de

los obreros están en vacaciones e incluso hay fábricas cerradas.

C. ALVAREZ.—¿Muchos proyectos?

RUEDAS.—Muchos...

(Mamegan corta la conversación porque quiere hacer una foto de los dos esposos solos, sin periodistas ni bicho alguno, para reproducir así uno de los ratos más gratos del matrimonio Ruedas: él lee en voz alta mientras ella cose.)

(La entrevista se ha convertido en visita de amigos. La señora de la casa trae ahora café y más copas. Seguimos con la vista sus evoluciones mientras investigamos los interesantes comienzos del señor Ruedas en el oficio. Antes de nada nos da una somera explicación.)

RUEDAS.—Es un oficio muy nuevo, ¿saben?

(Porque él nos lo dice averiguamos que la soldadura autógena es algo que se emplea actualmente con éxito enorme, sustituyendo a los antiguos remaches.)

J. ROMAN.—¿Dónde se formó usted?

RUEDAS.—Me fui formando a través de fábricas y talleres. Sobre todo en fábricas de aviación. Allí estaba cuando me enteré de que una plaza de profesor estaba vacante en el Colegio de la Paloma.

C. ALVAREZ.—¿Le gustaría que sus hijos siguieran su profesión?

RUEDAS.—No sé...

ISABELITA.—A mí, sí.

(Y añade, con orgullo, que no saben si podrán llegar hasta donde su marido ha llegado. ¡Estas recién casadas!)

M. J. ECHEVARRIA.—¿Cree entonces que la voluntad puede moldear al mundo a gusto del hombre?

RUEDAS.—Creo en el poder de la voluntad cuando no se ha

QUINCE AÑOS DE

Las épocas de Gobierno parlamentario liberal en España han sido siempre, con Monarquía o con República, ricas en frases y pobres en obras. La montaña del Parlamento, como la montaña del refrán, paría, entre los dolores de las luchas de partido, ratón tras ratón. Para abrir una carretera necesitaba un lustro, y para tender un ferrocarril, elevar un pantano o instalar una central térmica, cuatro.

Cuando al comparar la política española de nuestro tiempo con la antigua política parlamentaria, colocamos a los viejos políticos, a los políticos viejos de los tiempos pasados, frente a la cadena ininterrumpida de las obras públicas y las reformas sociales del nuevo Estado, alegarían, intentando la disculpa de su esterilidad gobernante, que con unas Cortes unidas, con un pueblo en paz y un Gobierno estable, también ellos habrían realizado un buen montón de cosas.

Su excusa se vuelve contra ellos mismos y condenan, sin posterior recurso en contra, su tiempo y su sistema. Porque si la política no es un continuo «hacer», una proseguida e infinita «realización», ¿qué otra cosa puede ser? ¿Es posible, acaso, encontrar una justificación en sí mismo al ejercicio del poder político y legiti-

mar la política «por la política» del mismo modo que se ha pretendido mantener la postura estética del arte «por el arte»? ¿Es defendible una gestión de gobierno que agota sus fuerzas y sus posibilidades en la vacua tarea de su mantenimiento en el Poder frente a una continua amenaza de desahucio pendiente sólo de una mayoría de votos favorable a los partidos adversarios?

Estas tres preguntas acotan el campo donde debe plantearse toda polémica seria sobre la esencia, el fundamento y la licitud de un régimen político cualquiera.

El sistema que, por la falsedad o los vicios de su planteamiento, impide el desarrollo de un plan político de acciones eficaces, es una ficción ausente de la suprema realidad económica de las naciones y la suprema realidad social de los pueblos.

El Gobierno que no impulsa y acrecienta con sus obras el progreso y el bienestar de la sociedad que rige, el que limita la natural plenitud de sus funciones al simple menester policiaco de la guarda del orden público y la persecución del fraude en los impuestos, no gobierna. No hace, ni tiene, política. Ni buena, ni mala.

Pero la buena política exige algo más que

equivocado el camino y cuando hay un clima y un horizonte abierto como ahora tenemos los españoles.

J. ROMAN.—¿Muchas dificultades en los comienzos?

RUEDAS.—No faltaron. Quedé huérfano de padre a dos dieciocho años. Mi madre, una mujer sencilla, humilde, pero con talento natural, para guiar a los nueve hermanos, nos sacó adelante.

C. ALVAREZ.—¿Viven todos?

RUEDAS.—Todos.

M. J. ECHEVARRIA.—¿Profesiones?

RUEDAS.—Parecidas a la mía. Están todos casados.

J. ROMAN.—¿Fue un aprendizaje como hay tantos?

RUEDAS.—Efectivamente.

C. ALVAREZ.—Y usted, para llegar a donde ha llegado, ¿le apoyó alguien en particular?

RUEDAS.—No.

Y añade:

—Quisiera decir que no pienso presentarme a ningún otro Concurso nacional. Si es el caso, al curso internacional.

(Nos cuenta ahora su inquietud, su vocación.)

—Evito el adocenarme en el trabajo de práctica. Es, como les he dicho ya, una profesión nueva que cada día ofrece una panorámica distinta.

(La conversación se embarulla de nuevo. El café y el coñac han cumplido ampliamente su cometido. El tema de la mujer —que no queríamos sacar a colación para evitar complicaciones— sale de repente a la palestra, se apodera del interés de todos y el coloquio amenaza convertirse en discusión, por lo menos por parte de los entrevistadores. Mamegan, desde el «flash», rezonanza contra las intelectuales.)

M. J. ECHEVARRIA.—¿Usted qué opina, señor Rueda?

RUEDAS.—Eso... Creo que la

mujer debe de tener un grano de fantasía. Sin él no podría impulsar al marido. Quiero la mujer inteligente y eficaz.

(En las filas femeninas el éxito de Ruedas es arrollador. El continúa defendiendo su labor.)

RUEDA.—Me acuerdo de lo que dice Maurois, en su Disraeli, de la mujer del gran político. Aquella mujer vieja, nada bella, pero que tenía la virtud de aislarle, de quitarle de la vista los pormenores molestos de la vida, permitiéndole dedicarse a sus cosas en medio del muro del que ella le sabía rodear: éste creo que debe ser el ideal de mujer.

J. ROMAN.—¿Cómo juzga a su mujer a este respecto?

RUEDAS.—Es capaz, inteligente, no modernista, pero sí moderna. Me ayuda mucho, ¡cuántas veces me saca de apuros!

(Isabelita niega con la cabeza. Dice que no es verdad. Que ella no...; pero ya es otro el tema que pasa a primer plano.)

C. ALVAREZ.—¿Más aficiones? ISABELITA.—La música. Me encanta Tchaikovsky.

M. J. ECHEVARRIA.—¿Espectáculos?

RUEDAS.—Vamos poco al cine. Si se trata de bailar, lo hacemos aquí en casa, con la radio. Algunas veces nos decidimos a bajar hasta el centro de Madrid, pero no es frecuente. No necesitamos mucho del exterior para estar contentos.

(Terminado el café quedan las copas y con ellas, como nuevo compañero, el álbum de fotografías de los señores de Ruedas: fotografías de novios, de la boda, de sus viajes, de la casa. Empieza a correr de mano en mano.)

—¿Esto qué es?

—Palma de Mallorca.

—¿Y éste?

—Barcelona.

—¿Y este paisaje?

—Asturias. Y Zaragoza y Toledo. Y el Sur...

—Esta señora, ¿quién es?

—La madre de Martín. Vive en Toledo. ¡Está más contenta con lo del premio por tercera vez!

—¿Y esta otra señora?

—Una inglesa con la que hicimos de cicerone.

—¿También sabe el inglés?

—Lo «chapurreamos» un poco— es la confesión humilde de Ruedas.

Y el asombro que poco a poco nos ha ido invadiendo a lo largo de la entrevista, es ya franco entusiasmo en el ánimo de todos: la paz, la unión, el bienestar y optimismo que se respira en este hogar no puede inspirar otra cosa.

Se hace hora de terminar. Las chicas aun dan otro paseito por el piso, haciendo aspavientos ante las coquetonas habitaciones. Hay otra cosa que nos llama la atención. Algo que pone de manifiesto lo que es este hogar a fuerza de mirar hacia arriba, a fuerza de mirar hacia adentro: es una plaquita colgada detrás de la puerta. Tiene dos renglones:

En esta casa reina la paz.

Justamente en el momento que leemos esta placa un ciclista llega con una carta, que de rojo vimos que el sello tiene membrete de un organismo oficial.

El Instituto de Racionalización del Trabajo suma una más a las ya numerosas recompensas obtenidas por este obrero modelo: un viaje a Alemania, donde continuará su especialización.

Su mujer le mira. Una indecisión y una alegría muda se deja traslucir en sus gestos, un tanto nerviosos por la sorpresa. Nos damos cuenta que estamos sobrando.

—¡Enhorabuena y buen viaje!

PAZ ESPAÑOLA

obras. Requiere que todo el plan de acción material de un Gobierno esté respaldado por un ideario político que asegure la permanencia del bienestar social; que lo prolongue más allá de los límites naturales que marca, a toda obra humana, la inevitable caducidad de la materia.

Desarrollar un programa de incremento de la riqueza sin desarrollar, al mismo tiempo, otro programa paralelo de la distribución de esta riqueza, es edificar sobre cimientos de arena. O navegar sin brújula.

Toda política eficaz, toda la que «hace» o «realiza», puede tener una traducción plástica, puede resumirse en los pabellones de una Exposición, del mismo modo que la política palabra, la que «no hace», puede condensarse en un volumen de discursos.

El Ministerio de Información y Turismo anuncia una Exposición sin precedentes: la de Quince Años de Paz en España, los últimos quince.

Sin precedente, porque desde hace siglos no se podían contar en nuestra historia dos décadas y media seguidas de paz y política positiva.

Se va a publicar, por lo tanto, un balance de la gestión del nuevo Estado; balance que ningún otro país de nuestro nivel económico po-

dria hoy cerrar con saldo favorable. Y mucho menos después del injusto bloqueo económico que padecemos en los primeros años de la postguerra.

Se ha dicho que la narración histórica es arte. Pero nunca podría serlo si los acontecimientos que estudia y describe—los hombres, las épocas y los sistemas políticos—no tuvieran contextura y perfiles artísticos.

Así, trasladando la terminología del arte a nuestro tema, la Exposición anunciada recogerá las obras de una política de estilo clásico: unidad y armonía en el conjunto, serenidad en la línea y proporción en el volumen.

En ella, por su valor visual superior, destacarán en primer plano las maquetas, las proyecciones y las fotografías de las obras materiales. Conviene, pues, buscar un medio de expresión claro y un lugar de presidencia digno, para los textos legales que recogen los principios matrices de nuestra política, sin los cuales no se habría regado aún una sola nueva parcela de secano ni se habría cobrado siquiera una indemnización más con cargo a los seguros sociales, ni se sentarían los obreros en los escaños de las Cortes. Sin los que España, turbulenta y caída desde Fernando VII, no llevaría hoy quince años seguidos en paz y en pie.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

ENSAYO DE ESTRATEGIA OCCIDENTAL

Por el general P. E. JACQUOT

NUESTRA DEFENSA NACIONAL

El Ejército francés ha sido concebido siempre en función de la importancia y los métodos de combate de la potencia continental dominante en cada momento. Al hundirse el Imperio alemán, el Ejército ruso ha sustituido a la Wehrmacht. Mientras no surja otro Ejército nacional alemán, el nuevo Ejército francés habrá de ser concebido en función de las posibilidades de los Ejércitos soviéticos.

NATURALEZA Y LÍMITES DEL PODERIO RUSO

Cada comarca remota rusa exige cargas particulares que de hecho impiden su contribución a las batallas libradas en las márgenes occidentales del Imperio. Si tenemos en cuenta los contingentes que habrían de consagrarse a la vigilancia de Yugoslavia, Grecia e Italia, a mantener la lealtad de los satélites y la obediencia de las zonas ocupadas de Alemania y Austria, se puede calcular que Rusia sólo podrá contar para alimentar a sus Ejércitos dirigidos contra el occidente renano con una masa comparable a la que tenía el Reich.

En lo económico, la situación es aún más favorable. La producción rusa de acero apenas rebasa la alemana de 1939, y la suma de los recursos de la U. R. S. S. no es superior a la del Reich cuando empezó la última guerra mundial. Estas cantidades son pequeñas en comparación con las de Estados Unidos y aproximadamente iguales a las de los recursos reunidos de Inglaterra y el Benelux.

La localización geográfica de la débil industria soviética, a una distancia del frente cinco veces mayor que la de la industria alemana, dificulta el problema de abastecimiento, especialmente en una época en la que tanta importancia han adquirido los ataques aéreos a las líneas de comunicación prolongadas.

No obstante, la potencia rusa es temible e impone el restablecimiento de un gran Ejército francés encuadrado en una coalición occidental. Las fuerzas rusas serían homogéneas y se beneficiarían de las facilidades de una iniciativa que sólo ellas serían capaces de tomar.

ORIGEN Y COMPLEJIDAD DE LAS DIFICULTADES FRANCESAS

La insuficiencia actual de las fuerzas armadas francesas tiene razones materiales bien conocidas. Pero esta pobreza temporal no es lo único que frena su renacimiento. Hay otros problemas derivados

de la técnica militar. La responsabilidad básica reside en la aceptación de una determinada concepción de la forma de guerra, que entraña una decisión sobre tipos de material y cantidades indispensables, que afecta al porvenir de la nación a causa de los enormes gastos que entraña. Hasta ahora no se ha dicho oficialmente que tengamos

una determinada concepción, pero en cambio se ha seguido hablando de la línea tal o cual que pensamos defender.

Los Ejércitos continentales tienen que disponer casi inmediatamente de un número elevado de formaciones de todas clases, hasta el punto de que cabe afirmar que el Ejército francés valdrá tanto como valga su sistema de movilización. Su empleo sólo será eficaz si se rompe con todo deseo, directo o indirecto, de lograr al principio un frente continuo irrealizable. Esto entraña la aceptación de riesgos considerables y exige de los jefes militares el contemplar con sangre

fría el desbordamiento, e incluso el cerco, y considerarlo como normal un combate librado en condiciones material y moralmente difíciles.

IMPOSIBILIDAD DE CREAR UN FRENTE CONTINUO AL PRINCIPIO DE UN CONFLICTO

Con la rotura del frente alemán en 1918 pasó también a la historia la noción de un frente continuo a base de pechos humanos. Su desaparición de las posibilidades estratégicas coincidió paradójicamente con un deseo popular de verle renacer lo más cerca posible de la frontera. Así surgió la línea Maginot, que materializaba el deseo de seguridad del pueblo francés, más allá de su voluntad pacífica.

En 1940, por tratar de instituir un frente continuo en Bélgica, se perdieron lo mejor del Ejército francés y la totalidad del Ejército inglés. El frente continuo que no pudieron guarnecer los ejércitos numerosos de 1940 quedaría totalmente al margen de las posibilidades de los ejércitos reducidos de ahora. La única ventaja que tenemos es que ni siquiera podremos intentarlo.

INADAPTACION DE LOS CUERPOS EXPEDICIONARIOS

Los Cuerpos expedicionarios no se adaptan a la misión de cobertura continental. Su aportación a las primeras batallas es limitada. Su intervención decisiva se hace eligiendo el sitio y el momento, después de una preparación comparativamente len-

UNOS con intención aviesa y otros por sincero terror, son muchos los que han desorbitado la gravedad indudable de la amenaza universal soviética, creando, en algunos sectores, climas de derrotimos propicios al abandono del necesario esfuerzo defensivo como si resultase inútil. En el libro que hoy resumimos para nuestros lectores, el general P. E. Jacquot, advierte que hay que conocer al adversario tal como es, y no como desea que le supongamos. Se propone, pues, valorar en su justa medida la magnitud de la amenaza militar soviética. De su documentado estudio se saca una consoladora impresión de sereno optimismo respecto a las posibilidades defensivas de Occidente.

General P. E. Jacquot: «Essai de stratégie occidentale».—Editado por Gallimard, en la Colección «Chimères ou Réalités». París, 1953; 200 págs., 390 francos.

GENERAL P. E. JACQUOT
ancien membre du conseil supérieur de la guerre

CHIMÈRES OU RÉALITÉS

essai
de

stratégie
occidentale

PRÉCÈDE D'UNE LETTRE
D'ANDRÉ MALRAUX



GALLIMARD

ta y tranquila. Sólo se presta de manera continua el apoyo aéreo y naval que no excluye la posibilidad de recuperación de los efectivos. Al completar el papel tradicional de la flota, la aviación ha devuelto a la insularidad británica una eficacia renovada que permite al Reino Unido preparar sus fuerzas expedicionarias con relativa calma.

IMPOSIBILIDAD DE ORGANIZAR LA DEFENSA DE UN PAIS CIEGO

Los países continentales tienen que organizar la defensa dentro de plazos muy breves. Sin embargo, no conviene exagerar esta premura en el sentido de un ataque totalmente imprevisto, pues la defensa de un país no se organiza a ciegas. Todo servicio serio de información está atento a los espacios donde podrían reunirse las fuerzas enemigas destinadas a realizar una agresión, y si el futuro ataque ha de ser muy importante no tiene que ser dicha organización muy perfecta para descubrir las concentraciones de hombres y material. El sistema de información no necesita cubrir todo el planeta, sino sólo aquellas zonas que pueden servir para la concentración de las unidades terrestres del agresor, pues dado el estado actual de la técnica los ataques de fuerzas aerotransportadas necesitan todavía un apoyo inmediata de tierra para dar resultados decisivos.

DEFINICION DEL CAMPO NECESARIO PARA LA DEFENSA

Cierta zona territorial cuya profundidad se mide por los plazos necesarios para la organización de la defensa es prácticamente indefendible, y las fuerzas armadas que se aventurasen por ella correrían el riesgo de ser destruidas sin gran provecho para su bando. Si se descartan las maniobras ofensivas de carácter preventivo es materialmente imposible cubrir a campo raso una zona de cien kilómetros de profundidad a partir del contorno del dispositivo inicial del adversario.

NECESIDAD DE LA VIGILANCIA DE LOS PODERES PUBLICOS

La eficacia de la información no tiene sentido si no va acompañada de la vigilancia y resolución de los Poderes públicos. La información tiene que ser explotada rápidamente, sin nervosismo, pero sin debilidades. Un retraso de unas horas al decretar una movilización puede ser fatal.

NOCION DEL MINIMO DE FUERZAS NECESARIAS

La insuficiencia numérica se convierte en algo catastrófico cuando no se alcanza la mitad de los efectivos puestos en juego por el adversario. Entonces ningún jefe militar, por mucho que sea su talento, podrá estar seguro de compensar a la larga con habilidad la superioridad que da el número.

IMPORTANCIA DE LAS GUERRILLAS Y DE LOS MOVIMIENTOS POPULARES

La guerrilla espontánea al principio de un conflicto no es más que un mito «sorelliano», como el levantamiento en masa o la huelga general. El sabotaje y la insurrección generalizada en el interior de un país en las mismas circunstancias no son más que otra forma de ese mismo mito. Sólo el choque de los ejércitos regulares decide la suerte de la primera fase de la guerra. No es razonable esperar compensar los fracasos iniciales recurriendo a la guerrilla. Sería hacerse ilusiones sobre la rapidez de las reacciones populares y desconocer gravemente la atmósfera que es necesaria para su desarrollo. Equivaldría a confundir la leyenda con la realidad. En cambio, sería un injuria gratuita a las masas populares suponer que a la larga no se alzarían, como lo han hecho siempre, contra el invasor extranjero.

DEFINICION DE UNA ESTRATEGIA REGIONAL

Conviene que las flotas aéreas aliadas vayan paralizándolo progresivamente, con acciones aéreas profundas, los movimientos de las tropas, los transportes de abastecimientos y los centros industriales. Para dar a estos ataques una mayor eficacia hay que adoptar una táctica aéreoterrestre que obligue al enemigo a numerosos despliegues y a un aumento considerable del consumo de munición y carburantes, imponiendo una carga suplementaria a las redes ferroviarias sobrecargadas y de reducida densidad. Para obtener estos resultados hay que emplear sólo las fuerzas terrestres estrictamente indispensables.

Sólo la aviación puede aportar práctica y psicológicamente el refuerzo inmediato necesario a los países de Europa occidental. Sólo ella puede evitar o limitar en gran medida la invasión de sus territorios. Las facilidades que da para el transporte, la observación y el apoyo de las fuerzas de tierra, hacer del ejército del aire un instrumento incomparable para intervenir en ciertas fases críticas o decisivas de la batalla.

DEFINICION DE LA NOCION DE «BASE»

La imposibilidad material de realizar un frente continuo plantea el problema de la misión y actitud de las fuerzas terrestres durante las primeras semanas de un conflicto. Esas fuerzas sólo podrán tener eficacia si se atienden a sus posibilidades, lo cual equivale a decir que no se podrá guardar todo el territorio, habiendo que elegir lo posible entre todo lo deseable para determinar las zonas de donde se ha de excluir definitivamente al enemigo. Esta decisión corresponde a los técnicos de la defensa nacional y no sólo a los militares. Para simplificar llamaremos «bases» a las zonas particularmente protegidas contra los ataques terrestres y aéreos. Las bases constituyen en su conjunto la parte del territorio nacional en la que nos esforzaremos por mantener una seguridad relativa.

Las formas nuevas de guerra excluyen de manera absoluta la anarquía en el despliegue logístico, en el establecimiento de la infraestructura aérea y en la organización de los sistemas de transmisiones, que en otros tiempos permitía la existencia de un frente continuo. Las consideraciones técnicas conservan un valor cierto, pero que no tiene carácter decisivo; deben adaptarse y si hace falta ceder el puesto a las exigencias y a las posibilidades de la seguridad.

Todavía no se ha abordado el verdadero problema de cómo hay que desplegar y cumplir las misiones encomendadas sin un frente continuo que forme pantalla entre los establecimientos de los servicios y las fuerzas terrestres enemigas. La infraestructura logística, lo mismo que la aérea, debe aceptar el «coursé» incómodo, pero necesario, que constituyen las «bases». Las fuerzas a quienes incumbe la misión de velar por la seguridad permanente de las bases serán forzosamente formaciones regionales que se podrán constituir con rapidez. Hay que inspirarse para ello en la larga y notable experiencia que en este sentido tiene el Ejército suizo.

Jamás se deberá abandonar una zona territorial sin haber destruido los depósitos de carburantes que allí pueda haber. Esto ha de ser un deber tan sagrado como la conservación de las banderas.

PERMANENCIA DEL PRINCIPIO DE LIBRAR BATALLA TODAS LAS FUERZAS REUNIDAS

Es preciso rehusar la batalla mientras las fuerzas disponibles no tengan un volumen suficiente, esforzándose por ganar tiempo para que se lleven a cabo las operaciones de movilización y concentración tanto de las fuerzas nacionales como de las aliadas continentales y de ultramar, hasta alcanzar efectivos suficientes para llevar a cabo la operación proyectada con el máximo de probabilidades de éxito.

Esta necesidad de operar con todas las fuerzas reunidas constituye la diferencia fundamental con las guerrillas. Los ejércitos insurreccionales empleados en masa marcharían inevitablemente hacia la catástrofe. Una reunión masiva de bandas insurgentes ofrece la mejor posibilidad de vencer para los ejércitos regulares enemigos. En principio las guerrillas no persiguen el fin de derrotar al ejército enemigo, sino de dispersar sus fuerzas y abatir su moral. El desconocimiento de la forma particular de la eficacia de las insurrecciones populares constituye la base de todos los fracasos de los ejércitos regulares encargados de combatirlos.

IMPORTANCIA DE LA COBERTURA TERRESTRE

La misión de la cobertura no está a cargo de grandes unidades pesadas y costosas, sino de grupos especiales que deben disponer de poderosos medios de transmisión de radio. El primer contacto de fuego con los tropas enemigas será en forma de emboscadas. Horas más tarde tendrá lugar las primeras acciones de la aviación sobre las tropas en marcha, sus convoyes y depósitos. La acción aérea adquirirá en unos días una potencia considerable para completar la acción de los gru-

pos especiales. Mientras tanto, las tropas territoriales tomarán posiciones en sus bases, y las grandes unidades irán alcanzando la plenitud de sus efectivos de guerra, mientras se organiza el grueso de las fuerzas aliadas en los territorios respectivos.

El emplear prematuramente grandes masas perjudicaría a las fuerzas reservadas para la acción principal, sacrificándose lo esencial por lo accesorio y consiguiendo sólo retrasar una derrota que se haría inevitable.

EJERCITO PROFESIONAL O SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO: SOLUCION DE SINTESIS

Hemos visto que es necesaria la actuación rápida de efectivos numerosos. La rapidez supone la existencia de un ejército profesional, lo que a su vez implica renunciar a los crecimientos rápidos de efectivos que procura el sistema de movilización. El servicio de dos años no puede ser soportado a la larga por países adelantados. Un ejército moderno no se nutre sólo de hombres fuertes y valerosos, necesita mecánicos, conductores, operadores de radio, etc. Esto nos lleva a concebir un sistema mixto en el que los inconvenientes del servicio a corto plazo se corrijan con la presencia de un número importante de voluntarios que hagan, por lo menos, tres años de servicio. Sólo se conseguirá que los jóvenes se enrolen voluntariamente por un período superior a tres años si tienen la garantía de obtener después una prioridad indiscutible en el acceso a ciertos empleos. Estos privilegios permitirían el mantenimiento de un servicio militar activo general de sólo un año, y suprimirían las jubilaciones abonadas durante períodos extraordinariamente largos a los militares profesionales separados del servicio. Sin esto, el servicio a corto plazo no daría más que un ejército carente de cohesión.

IMPRTANCIA CAPITAL DEL SISTEMA DE MOVILIZACION

De nada servirían las fuerzas de cobertura si no se pudiese reunir el grueso de las fuerzas. Hasta 1914 el llamamiento a filas era el acto esencial de la movilización. Actualmente afecta a todos los efectivos indispensables para las fuerzas armadas, pero sólo a los necesarios. Toda exageración tendría graves inconvenientes para la vida económica del país, y sólo daría falsas seguridades como contrapartida.

MATERIAL, TACTICA Y TRADICION

Los ejércitos industriales del siglo XX sólo pueden evolucionar dentro de dos límites: uno impuesto por las reglas estratégicas, y el otro, por las posibilidades de las finanzas nacionales. El margen entre ambos es bastante reducido y con tendencia a disminuir a medida que el progreso complica y hace más costoso el material indispensable. En un plazo bastante corto coincidirán estos límites por lo que a las posibilidades nacionales se refieren, y sólo habrá cierta elasticidad para grupos de naciones que hayan realizado acuerdos militares. Rebasado el plano nacional, hará falta un plan europeo o un plan atlántico.

Ningun material nuevo debe ser adoptado si no supone una gran ventaja sobre el material en servicio. El material en gestación está destinado a la guerra futura y no a compensar en una reconstrucción histórica las insuficiencias de calidad o cantidad que se han podido observar con ocasión del último fracaso militar sufrido.

DEFINICION DE LA AVIACION DE TIERRA

Las tropas de tierra deben disponer de un apoyo limitado, pero preciso de la aviación de combate. Sin él, las fuerzas terrestres no tienen eficacia. Las dotaciones de la aviación de tierra deben tener un carácter orgánico que permita una rapidez de empleo muy grande. Toda tentativa de retrasar la generalización de la locomoción aérea está abocada al fracaso.

INFLUENCIAS EVENTUALES DEL ARMA ATOMICA SOBRE LA ESTRATEGIA

Los países de Europa occidental no disponen de armas atómicas. En manos de un país aliado, estas armas serían un gran socorro si se empleasen a tiempo y en masa. Habrá que revisar el papel de las fortificaciones.

En 1914-18 se enterró la infantería para escapar al tiro de las ametralladoras y de la infantería.

Quizá se tengan que enterrar ahora todas las Armas y servicios para guarecerse contra los efectos inmediatos de las armas atómicas.

La eficacia de estos proyectiles dependerá de la densidad de su empleo. Sólo si es intenso y generalizado puede tener efectos decisivos.

LA PROPAGANDA

Las formas nuevas de propaganda constituyen una transformación revolucionaria de los viejos procedimientos de desintegración moral que encontramos a lo largo de los siglos. Se trata de crear en las masas la duda, la desesperación y, por último, la resignación. La propaganda no sólo proporciona un enmascaramiento de las intenciones, por ejemplo, de Rusia, sino un aumento de la fuerza, que parece milagroso.

ESTRATEGIA UNIVERSAL

Estas concepciones estratégicas son resultado de una situación geográfica peligrosa de Europa occidental y de la negativa de sus pueblos a admitir la guerra preventiva. Se trata de una estrategia regional que no tendría sentido si no se entroncase con la estrategia universal dirigida por los Estados Unidos en el plano marítimo y por Rusia en el continental. Hasta ahora, las potencias marítimas han vencido siempre a las continentales. El papel de las aviaciones estratégicas y de las marinas modernizadas en su forma aeronaval, se ha hecho capital. Esta situación justifica la forma actual de las fuerzas de Estados Unidos y explica el miedo del continente ruso, donde se sabe que el adversario es el único capaz de organizar y transportar los medios gigantescos que exige una empresa interoceánica.

CONCLUSION

Las condiciones de la defensa de Europa occidental son delicadas, pero no plantean problemas insuperables. Las medidas preparadas no tendrán eficacia más que si se realizan con arreglo a principios estratégicos sanos, en una atmósfera libre de prejuicios y bajo la dirección de jefes militares dotados de una firme resolución.

El sistema industrial occidental es único en cantidad y calidad. ¿Se piensa poder oponer a las masas primitivas orientales las masas menores de nuestros países avanzados? Eso sería ofrecer al invasor la forma de encuentro que desea.

En Corea, la acción eficaz de la aviación permitió a un puñado de norteamericanos valorosos sostener la cabeza de puente de Fusan y preparar el desembarco de Inchón, operación estratégica magistral que cambió la situación. Lo que fué realizado en Corea podrá hacerse también, y más fácilmente, en Europa occidental.

Hay que conocer al adversario, pero tal como es, no tal como desea que le supongamos. Es precisa una cura psicológica. Hace falta como el esfuerzo industrial mismo.

Ciertas propagandas tratan de convencer a la masa popular de su decadencia y llevarla a considerar como definitivas unas insuficiencias temporales que en Francia son producto de antigua ocupación enemiga y están en vías de desaparecer.

TODO EL PANORAMA DE LA POESIA CONTEMPORANEA EN

“POESIA ESPAÑOLA”

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración: Pinar, 5. — MADRID

EL PALACIO DE LA CARRERA DE SAN JERONIMO

EL TIEMPO Y LA HISTORIA HAN DEJADO HUELLAS EN ESTE LUGAR

El 13 de julio de 1936, con el asesinato del jefe de la oposición, culminó la "catástrofe" del parlamentarismo

El Reglamento de las Cortes españolas es ahora un Reglamento de deberes



¿SABEIS de saber que ha pecado sólo de tardío este presupuesto que tanto se discute, y que ha ahorrado para lo sucesivo el continuo chorreo de gastos para adecentar los locales de reunión de los procuradores. Va a costar el palacio de las Cortes sobre 14 millones de reales de vellón, aunque la verdad es que, por error de cálculo, se gastarán en él 17 millones de reales y pico. Es una suma. Pero, ¿y lo que hasta la fecha se ha gastado en arreglos? Sólo por no tener palacio de las Cortes y andar los diputados de la Ceca a la Meca hemos gastado hasta ahora en bambolla y cortinones que tapasen las bambalinas y los púlpitos de la asamblea soberana la suma de 3.292.000 reales de vellón, más 19 maravedises. ¡Ya era hora de que tuvieran casa! Ayer, 10 de octubre de 1843, puso la reina la primera piedra.

LOS DIPUTADOS TRASHUMANTES

La peregrinación de los procuradores ha sido larga. Teatro de la isla de San Fernando de Cádiz en 1810, bajo la presidencia de un sillón de brazos y dos taburetes, mesa de pino y redado de escribir. Iglesia de San Felipe Neri, en Cádiz, de 1812. Ya

en Madrid, el teatro de los Caños del Peral —allá por la plaza de Oriente—. A la siguiente reunión, el convento de los agustinos calzados de doña María de Aragón. Con esto nos dió la fecha de 1814, tras la que no se reunieron los procuradores hasta 1820.

¡VIVA ISABEL III!

Si no había una muchedumbre de 4.000 personas en la carrera y alrededores de las ruinas del con-

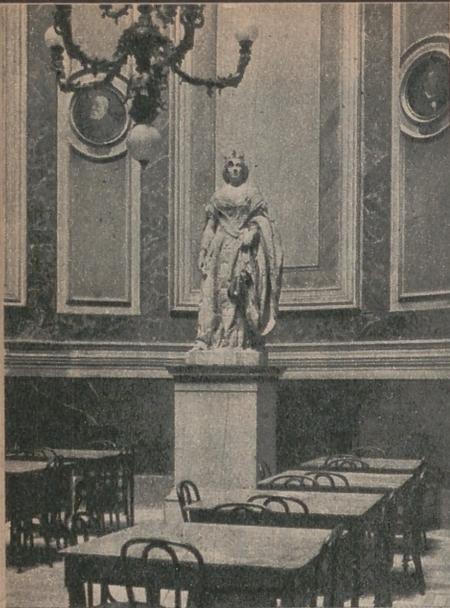
vento del Espíritu Santo —donde también se han reunido Cortes desde 1834—, no había nadie.

«En la muy noble y heroica villa y corte de Madrid, a 10 de octubre de 1843, la Reina doña Isabel segunda de Borbón, con su excelsa hermana, doña María Luisa Fernanda..., se situó en el solar donde existió el convento del Espíritu Santo para dar principio a la ceremonia que los reunía en aquel sitio...»

Estaban don Salustiano Olózaga



Grabado antiguo que representa el momento en que el coronel Iglesias notifica al Congreso de los Diputados la orden de su disolución



Rotonda del antiguo bar Congreso con la estatua de la Reina Isabel II, que mandó construir el palacio

ga, don Manuel Cortina, don Ramón Narváez, el Gobierno, la Comisión y miles de personas que gritaban «¡Viva la reina, viva doña Isabel II!».

Que Dios la ilumine; que les lleve a todos por buen camino para conservar, en territorio, y enaltecer, en dignidad, el gran ámbito de las Españas de aquende y allende el mar; que ilumine a los que trabajan dentro de esos muros para procurar y proceder de tal forma que la libertad y el trono —como acaban de decir en esos discursos— marchen unidos por el camino de la grandeza y de la fuerza.

«¡VIVA LA REPUBLICA!» EL DIOS DE COLON Y DE WASHINGTON

Suiza y los Estados Unidos —1873— han reconocido la primera República española. Con tan buenos auspicios se ha inaugurado este régimen, que el otro día Castelar ha dicho en uno de sus discursos grandilocuentes:

«¡Elevemos nuestros corazones «al Dios de Colón y de Washington» para que bendiga nuestra obra!»

Positivamente, la suerte se mostró esquiva, sin dejarse enternecer por la ovación de la Cámara al finalizar aquella comunicación

del «Poder ejecutivo». Lo de don Cristino Martos estuvo mejor, el día de la proclamación. Una multitud se agolpaba por toda la acera y él tuvo el acierto de asomarse para arengarla, y a causa de la cuesta de la carrera de San Jerónimo, estaba su cintura casi a nivel de las cabezas de los que le aclamaban. Había empezado a hablar, y un individuo, que estaba rojo, a punto de congestión, juntaba un «Viva» con otro y no le dejaba enhebrar a don Cristino palabra con palabra. Al fin se irritó el presidente de la Asamblea y le mandó callar en esta forma:

«¡Como no te calles te voy a dar una patada en... que te vas a ir a dar vivas a Atocha!»

La manifestación se convirtió en juerga y se disolvió, aunque nadie había querido disolverla; exactamente lo mismo que va a pasar con la primera República española.

¡BASTA DE «PANTOMINAS!» EL 18 BRUMARIO, DE GUARDARROPIA

¡Qué poco ha durado la República y cómo la hemos visto morir a toda prisa! ¡No hay ejemplo como éste de un Estado sin enemigo que se hunde solo, por su propia corrosión constitucional. En casa del duque de la Torre hubo una reunión de políticos, entre los cuales dos nombres llaman con machaconería la atención pública, combinados entre sí como un «slogan» de cara al porvenir: Cánovas y Sagasta.

¡Qué cansancio y qué hastío! La sesión de ayer acabó de un modo tragicómico, a las siete y media de la mañana largas; toda la noche ha estado Salmerón urdiendo manejos para «apañar» un Ministerio anti-Castelar —el Gabinete Palanca—, y cuando ya estaba hecho el engendro...

EL FINAL DE LA ETAPA EUFORICA

Vayamos a ver qué pasa por ahí y a despejar el sueño.

En la esquina de la calle del Turco hay tropa de a pie; en la plaza de las Cortes hay dos cañones y grupos de artilleros; delante, alguna tropa de a caballo. La calle del Prado está desierta y asimismo la calle del León. Pero al llegar a Antón Martín la fuerza vuelve a poblar la calle y se sostiene con piquetes todo a lo largo de la Magdalena y en la plazuela del Progreso.

Todo el mundo lo sabe ya: el

general Pavía se ha opuesto a que el Gobierno pase a manos de «demagogos y segundones», y en las buñolerías vociferantes, con curridas por los traperos que llegan, oí repetir entre el griterío esos nombres que ya os he mencionado antes: Cánovas y Sagasta.

Otra vez al Congreso tras nuestra excursión.

PARA TAL REO, TAL VERDUGO

Un individuo escapa de su propio desastre moral; es pequeño y rechoncho y no usa barba ni lleva en la cara más adorno viril que unos imponentes bigotes de morsa. Y al escapar tropieza con otro, alto e impenable, vestido con la negra levita: un Greco del siglo XIX; ni siquiera las pequeñas gafas de zapatero que lleva le quitan un ápice de empaque tribunicio. Fuera amanece apenas y dentro todavía alumbran las luces en triste y sucia mezcla. Aquí están Pi y Margall y Emilio Castelar. Y el segundo se ha parado en seco, verdaderamente espantado al tropezarse con su imponente compañero:

«Pero, dígame: ¿quién iba a figurarse esto?»

Y Pi y Margall contesta:

«Menos usted, cualquiera.»
Pi y Margall escapa por un lado y Castelar por otro: no se cruza entre ellos una sola palabra más. El primero —en este ruedo ha habido dos Manoletes en cuanto al gesto físico: Pi y Margall y Antonio Maura—, impenable e indiferente, cruza la galería central y se marcha sobre sus largas piernas por la calle de Floridablanca. Castelar, pequeño, melifluo y encorvado por la derrota, casi comiéndose las lágrimas, escapa por la calle del Sordo.

Siete y cuarto de la mañana del día 4 de enero de 1874. Hace pocos minutos estos pobres hombres, cuya desdicha es no tener nada por lo que morir, habían resuelto precisamente eso: «morir en los escaños». Pero con las puntas de las bayonetas, con la realidad, llegó ese amargo «¿Para qué?» que revisa todas las doctrinas. Un «para qué» lleno de cansancio y de sueño como este gris amanecer.

Primero, la tropa de Pavía entró —sólo soldados— en el salón, y los quimeristas sentados en los escaños los recibieron con tantas gesticulaciones, que la gente de armas se dejó ganar por



El bar. Aquí estuvo la capua ardiente de Castelar



La antigua enfermería para casos de urgencia

un terror supersticioso y huyó para atronar los pasillos con sus disparos. Ese fué el primer envite. En el segundo, el general Pavía entró en el Congreso, aunque no en el salón donde se debatían aquellos infelices con su drama político a las espaldas. Envió por comisión un grupo conminatorio, y fué un sargento el que se encargó de lanzar el pregon que concluyó con la primera República:

«¡Que dice el general que desalojéis «el local» inmediatamente y que basta ya de «pantominas!»

El golpe de Pavía no tuvo que hacer nada más que esto: separar con las culatas de los fusiles las ruinas que obstruían el camino de la Restauración. Esa era toda la tarea; no valía la pena de tomarla más en serio.

CONTESTO: «¡ESTOY MUY BIEN!» Y SE MURIO

En un amanecer nublado y gris le hemos visto disimular el llanto del fracaso y esconderse como un fugitivo al arrimo de las fachadas. Ahora amanece también en este vestibulo rotonda de las Cortes y se funden las luces, la que penetra desde arriba difusamente por el lucernario y la que proyectan los cuatro enormes cirios encendidos abajo, a los cuatro lados del túmulo. Aquel mismo hombrecillo rechoncho, Emilio Castelar, está aquí de cuerpo presente.

No le hagamos semblanza alguna, porque hoy se la hace un periodista muy joven, que empieza ahora a trabajar y destaca con gran pujanza, aunque sus ideas son un poco extremistas: Ramiro de Maeztu.

«Destruída en Cavite la escuadra de Montojo y estrechados los bloques de Cuba y Puerto Rico, Castelar profetizaba en las Cortes nuestra victoria; cuando Gamazo juró el cargo de ministro de Fomento, daba gracias a Dios con su grandilocuencia, el gran poeta de la oratoria, desde su escaño: porque nunca rompería aquél la unidad histórica del partido liberal. ¡Qué más! El jueves le preguntaron por el estado de su salud. Replicó: «Bien.» Y se murió... ¡Y qué zancadas, qué tremendos saltos de escalón en escalón está dando, cuando se le ve en síntesis, entre los cuatro muros de estas Cortes, este terrible siglo despeñado! Porque ya

estáis oyendo a Maeztu: apenas hemos vislumbrado la Restauración y está ya sonando la hora de su agonía y se están rompiendo sus partidos.

Veintiséis de mayo de 1899. Silvela, en el Poder y entre bastidores las pisadas de Maura. Se abren las puertas de las Cortes y el panorama de la calle aparece enfocado desde aquí como a través de un catalejo por sus cuatro lados.

Bajan por la escalinata, con Silvela, Salmerón, Martínez Campos, Moya, Sagasta —el que «ha hecho de la humildad un arma política», con su aire de pastor evangélico; Azcárate y Echegaray. Y detrás del séquito, rompiendo las filas y arrojando el respeto a la muerte, una multitud vociferante, que hasta que los sepultureros no se lo quiten de entre las garras para enterrarlo no se desprenderá de su pretexto. Si queréis, seguid el entierro, desde la plaza de las Cortes, puerta del Sol, calle Mayor, cuesta de la

Vega a la sacramental de San Isidro, con su ejército de cipreses hundido ya en las sombras moradas. Nosotros no nos hemos movido de la gran portada de piedra. Desde aquí, desde lo alto, cuando el clamor se pierde a lo lejos —ha ido todo tan en desorden—, vemos ya el bermejo sol decadente sobre las torres gemelas de los Jerónimos. Se ha marchado ya como un reptil gigante ese signo del siglo anterior: la masa en disidencia. Aquí, en las Cortes, soledad. Sólo nos queda esta sensación tremenda del Estado inerme, sin doctrina y sin masa. Esto quiere decir que —¿os acordáis que acabamos de ver su nacimiento?— ha muerto la Restauración.

«¡HABRA QUE ALQUILAR BALCONES PARA CONTEMPLAR EL ESPECTACULO!»

Pero entre estos paréntesis —entre la muerte política de Castelar y su muerte física—, ¿qué cosas han acaecido?

Ahora tengo que pintaros a Cánovas, sonriente, rodeado de periodistas.

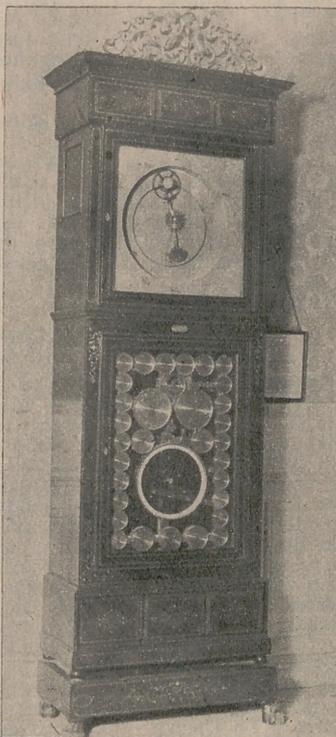
«Sólo les envidio a ustedes, los jóvenes, por una cosa: porque presenciarán lo que va a pasar aquí cuando yo me muera. ¡Habrá que alquilar balcones para contemplarlo!»

Fué una profecía de cumplimiento próximo.

La puerta del Sol se calcina bajo el cenit, en el mediodía del 8 de agosto de 1897. Son casi las dos de la tarde.

En pleno descanso canicular y a estas horas de la tarde, ¿quién piensa en acontecimientos? Sin embargo, si entráis —sudorosos y enchisterados— por la puerta del Sol, veréis entrar en ella por la otra punta el coche de Cos-Gayón, que irrumpe en la plaza desierta y se detiene ante la puerta de Gobernación. El ministro desciende y entra. ¡A las dos de la tarde! Apretamos a correr, entramos como una tromba por la puerta de la calle del Correo, y llegados arriba, nos cuesta trabajo obtener la noticia. Acaba de saberse; dentro de minutos, lo sabrá Madrid entero.

Hoy ha caído acribillado a balazos Cánovas del Castillo. Pero aquí, en las Cortes, el día del asesinato no hay más que un silencio de plomo y una soledad imponente. Parece un raro designio providencial. Desde Cánovas hasta Calvo Sotelo, por «fas» o por



El reloj de las múltiples esferas que marca las horas del palacio



El general Primo de Rivera asiste a una misa (diciembre 1928)



Galería de retratos de presidentes del Congreso



Un alarde de socialistas y comunistas en el Congreso



La campanilla que tantas veces tuvo que agitar el presidente

«nefas», todas las sorpresas catastróficas de nuestra Historia durante el régimen parlamentario acaecieron, con muy pocas excepciones, cuando estaban las Cortes cerradas.

No puede haber un régimen de más influencia personal que el de la Restauración respecto a Cánovas. Mas ¿para qué nos vamos a molestar ahora en hacer controversia con la doctrina del sistematismo político —sistemas que salven los errores de los hombres— cuando ya su patriarca se ha encargado de refutarlo y de sentar sin darse cuenta la recomendación contraria: hombres que apuntalen la catástrofe de los sistemas? En torno a aquellas palabras, que son casi un testamento político, ¡cuántas argumentaciones podrían hilvanarse sobre la doctrina del poder personal! Pero, ¿queréis una argumentación más simple que ésta, la de Cánovas emplazando para el día de su propia desaparición el canto de «réquiem» del parlamentarismo español? La realidad y la Historia cumplieron el emplazamiento. Habrá que alquilar balcones para presenciar el espectáculo.

«¡MATAMOSLE TODOS!» EL ENTIERRO DE MECO

Este entierro ha sido el del viejo imperio de los Austrias, que aun vivía de su propio símbolo en estos dos últimos guñapos: Cuba y Filipinas. Hoy ese imperio ha sido aplastado. Noviembre de 1898. Ya nos ha dicho un poco más arriba el propio Cánovas que fuéramos alquilando balcones para contemplarlo. La Historia no conoce una despreocupación más vil que aquélla, ante catástrofe más abrumadora.

Los pasillos están llenos de anécdotas sobre la reunión de París y sobre lo que les ha parecido a los americanos la cocina francesa. Las Comisiones española y americana para la discusión del tratado de paz han sido invitadas a un banquete en el Elíseo. Nuestro desastre se fragua entre chascarrillos.

A punto de marchar a la cabeza de la Comisión, Montero Ríos ha contado el cuento de Mecó para tranquilizar los espíritus. Porque ha habido de todo. Además de curiosidad y chascarrillos, hubo también una buena preparación para las transacciones: las mutuas y desenfronadas imputaciones públicas de los partidos, la descomposición, manifiesta hacia el exterior de aquella España a la que le que-

daba por hacer, ante la última y desesperada deliberación, el esfuerzo supremo. «Desde que Montero Ríos nos contó la historia de Mecó para consolarnos del desastre —dirá después José Cuartero—, sabemos lo que valen los concursos colectivos que fingen los ocupantes del Poder... También sabemos que cuanto hay de loable —no hay mucho— en la legislación española fué la obra personal de algunos hombres...»

Cánovas lo había notado también.

Desde Riego hasta Sagasta, se ha cumplido el ciclo de los «concursos colectivos». España de ultramar ha sido machacada. Ha muerto el imperio y dentro de poco la Monarquía va a empezar a sobrevivirse.

«¡Matámosle todos!»

«¡MAURA, NO!». EL «DEPOSITO DE CADAVERES»

Aprovecharé este momento para presentaros este esclarecido «deposíto». Su mesa, lujosamente forrada, con los sillones alrededor, sus cortinas, su empaque... Se trata del despacho de ministros en el Congreso, allí donde los Gobiernos no se reúnen más que después de sentenciados por las votaciones adversas y el griterío del homicidio. En ese «deposíto», algunas veces hay «cadáveres» y otras no los hay. Hoy sí lo hay; asomados: Antonio Maura y su Gobierno están ahí reunidos después de un juramento de «enemistad eterna» entre Moret y La Cierva —ministro de la Gobernación—. Huele a cadáverina: octubre de 1909. Epílogo de la «ferrerada» y conclusión definitiva de toda una etapa política: Maura.

Mil novecientos nueve es una fecha que tiene dos rescorres, a su vez, uno dentro de otro. Primero, la semana trágica de Barcelona y la «ferrerada», y segundo —dentro del primero—, la redención a metálico del servicio militar. Muy bien pudo ser a Maura, el gobernante puro por excelencia, a quien le hubiera cabido el honor histórico de haber acabado con ella. Pero no le cupo.

Es, pues, una crisis ministerial de campanillas la que me da ocasión para enseñaros el «deposíto»: deliberación póstuma del último Gabinete maurista. Mañana habrá crisis total y el régimen parlamentario español habrá entrado de lleno en la agonía.

SALON DE CONFERENCIAS Y CAPILLA ARDIENTE

En cada rincón del salón de

conferencias, un altar con misa de «corpore insepulto». Cuatro altares, en los que se está diciendo misa constantemente. Y en el centro de un gentío vestido de levita, un túmulo con sus cuatro cirios. ¿Que quién reposa dentro? ¡Quién va a ser más que el jefe del Gobierno español, aquí en las Cortes! ¿Cuál de ellos? Ha habido varios que han acabado igual.

Este es don José Canalejas. De pronto, desde aquí, vemos que fuera se descubre y entra, con su séquito, un hombre al que nadie esperaba aún, andando a zancadas por la galería central. Ese hombre es Alfonso XIII. El rey espera a que el séquito se ponga en marcha; es el primer presidente a quien entierra, y la cosa le ha impresionado tanto, que cuando ayer por la mañana Canalejas fué recogido junto al escaparate de San Martín, subido a puñados a Gobernación, tendido en una mesa y cubierto con una colcha, estaba allí a los pocos minutos, consternado como ante un augurio, ante la sangre, ante la suciedad y la misérrima tristeza de aquella escena. ¡Ya se irá acostumbrando! Todavía está Dato en la trágica cola de las víctimas. Pero Dato es ya el último estertor.

VICTIMAS «INNECESARIAS» Y VIOLENCIAS «INUTILES»: 13 DE JULIO DE 1936

¿Y qué hemos de hacerle si en el final de «aquellas» Cortes tuvo que estar, una vez más, el atentado, la sangre y la muerte, para ser el epílogo consecuente de su propia historia? El acontecimiento de aquel día ya lo recordáis todos. En la terminología del tiempo de Cristino Martos se hubiera expresado así: un representante de la Asamblea Nacional, el jefe de las oposiciones, ha sido asesinado en circunstancias de alevosía y nocturnidad por el Poder Ejecutivo. Poca cosa. Nada en virtud de lo cual pudiera decirse en buena logomaquia parlamentaria: la legalidad ha muerto; enterrémosla antes de que hieda. La nota del Gobierno por el asesinato tenía toda esta ortodoxia, cuya sustancia debéis digerir: «El Gobierno, al reiterar su execración ante los hechos... que causan «víctimas innecesarias»... Y Américo Castro: «¿Por qué el Gobierno no asume el monopolio de la violencia... el tiempo necesario para acabar con las «violencias inútiles»...?»

¡Podría haberla asumido más!

Las Cortes están cerradas, abrumadas por la catástrofe, que esta vez es precisamente «su catástrofe». Ya hemos visto que uno de sus actos cotidianos y regulares ha sido siempre éste: el estar cerradas. Sin él su vida hubiera sido mucho más breve. Esta vez no hay entre estos muros capilla ardiente. El cadáver del diputado asesinado por el Gobierno no ha podido salir —porque éste no lo ha permitido— del depósito del cementerio. Silencio entre estos muros, entre los cuales, con una velocidad mareante, nosotros hemos podido ver todo esto: el nacimiento y la muerte de dos Repúblicas y una Restauración.

UN RECINTO DE PAZ. EL EPILOGO 1953

Entremos en el salón donde no existe aquella picota de la autocracia, el pim-pam-pum de todos los latiguillos y las vanidades oratorias: el banco azul. Ahora todos los bancos son iguales. Cada asiento tiene el nombre de un procurador.

Se han quedado desiertos los pasillos, estos pasillos que no son las cafeterías de la diversión ni de la catástrofe, y donde no se explaya el pánico ante los acontecimientos políticos. Demoledores de tres regimenes desde que se alzaron, estos muros encierran ahora un recinto de sosiego donde los legisladores trabajan en silencio. El reglamento de las Cortes es ahora un reglamento de deberes.

El secreto de ese sosiego no es más que éste: después de llegar a las Cortes de un modo orgánico, sólo en virtud de una función social o política, todavía, aquí, dentro, los procuradores actúan sólo orgánicamente, al servicio de su función.

Hay un trabajo perseverante y cotidiano, sostenido durante meses, consulta tras consulta y enmienda tras enmienda, y los procuradores no reaccionan súbitamente ante los proyectos, sino dentro de plazos que le permiten la meditación y le dan, hasta sin quererlo, una serenidad imperturbable. Los procuradores no necesitan ser guerrilleros. No se podrían agredir entre sí, aunque quisieran. Y estas salas de comisiones tienen una compostura y un silencio que no evoca la guerrilla. Si lo comparais con el escenario anterior, ¡qué contraste!

«...La audiencia de aspiraciones, la crítica fundamentada y solvente, la intervención de la técnica legislativa deben contribuir a la vitalidad, justicia y perfeccionamiento del derecho positivo de la Revolución y de la nueva economía del pueblo español...»

Mil quinientos proyectos de ley han sido aprobados desde la fundación de las Cortes. Ciento cincuenta han sido rechazados. Ni para la aprobación ni para la recusación ha habido algarabía.

EL JURAMENTO DE LOS PROCURADORES

Al libro de los Evangelios abierto sobre la mesa presidencial corresponde solemnidad; y que los procuradores sepan que, inbuido como está, el Estado español, de un sentido trascendente, apoyado en unos principios invariables que lo hacen incommovible y definitivo



S. E. el Jefe del Estado, Francisco Franco, pronunciando el discurso de inauguración de las Cortes Españolas

en su hechura, tendrán como gobernantes que son, al fin y al cabo, que responder ante la potestad divina, de sus acciones y de sus omisiones. Porque también esto ha caducado en la historia de España: que el capricho político, incluso aunque sea puro y sincero, rijan la suerte común española.

Para que no olviden que una sentencia trasmundana va a pedirles cuenta si desatan catástrofes y ríos de sangre sobre su pueblo, los procuradores van a jurar sobre los Evangelios y ante la cruz sobre la mesa de las Cortes Españolas.

Es el derecho positivo lo que dentro de la ortodoxia del Régimen puede y debe variar: sus bases, los principios eternos sobre los que la esencia misma de la sociedad tiene su asiento, eso no puede revisarse, ni sus cimientos están tampoco en este mundo. Uniformados y en silencio, los procuradores asisten al juramento de los nuevos miembros, y el ambiente del salón está saturado por un sentimiento de responsabilidad silenciosa y uniforme. Ante todo, es su propia función, la función de todos, la que se respeta aquí.

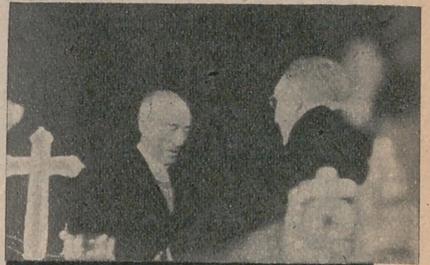
Después del juramento, sin una estridencia, sin un soldo brote personalista ni la más pequeña licencia a la irresponsabilidad, empiezan a tratarse los puntos del orden del día, empieza, simplemente, en el programa de totalidad que las Cortes tienen esbozado, este trabajo más, en el que todos tienen que intervenir para sancionar o rechazar puntos concretos en el derecho de la Revolución: el Pleno.

PLENO SOLEMNE: LA INAUGURACION DE LEGISLATURA

Si veis la Prensa del antiguo régimen en relación con las Cortes, algo hay que es expresión del atropello cotidiano y olímpico a las bases del Estado—eso que debe estar por encima y a salvo de toda revisión—: los comentarios a los discursos de la Corona. Lo humano y lo divino se atropellaba con motivo de esos comentarios.

La solemnidad de aquel acto no solía ser mucha, pero la poca que tenía se la quitaba su propio espíritu.

Hoy se inicia legislatura nueva,



El general Moscardó y el duque de Alba jurando como Procuradores de las Cortes Españolas

y Franco va a inaugurar el nuevo período de las Cortes. Rodeado por maceros ha entrado el Jefe del Estado por la puerta principal, y ha subido directamente al estrado presidencial por una gran puerta abierta en la galería del centro. Con él, esa potestad permanente cuyo significado es indiscutible, preside la reunión de los representantes activos del pueblo. Política exterior, problemas interiores de economía y de política son revisados por el Caudillo, y cuando termina, una oleada de aplausos le despide.

A partir de hoy, y hasta que una legislatura nueva empiece, los procuradores pondrán al día los puntos constructivos de la ley en el solar de España. Los principios de esa ley ya sabemos lo que cuesta el mudarlos, y que no son los votos de los pueblos, sino su sangre, la que, a fin de cuentas, paga siempre la cuenta de la versatilidad.

Aurora CUARTERO



El conde de Romagosa y don Francisco Rodríguez Marín, Procuradores en la primera legislatura de las actuales Cortes



LA CRUZ DE MADERA

NOVELA

Por Luis ROMERO
(Premio NADAL)

LA noche es tan larga que se hace interminable. Todavía no eran las cinco de la tarde cuando ha sido necesario montar el primer puesto de guardia. La habitación tiene siempre este olor peculiar debido a la combustión del petróleo en la lámpara improvisada. La habitación es el sótano de un edificio bombardeado; uno de los pocos edificios de ladrillo de estos contornos. En este sótano tiene el capitán Diego Rodríguez de Pan- toja instalado el puesto de mando de la Compañía. No se acostará hasta las doce o la una, y todavía no son las nueve. Es muy difícil matar las horas de la noche. El frente está calmado, aunque deben permanecer en alarma, pues en otros sectores ataca el enemigo. Por lo menos los demás oficiales se juntan y viven en la misma chabola; pero él prefiere mantenerse a distancia. No le son simpáticos los tenientes, esta es la verdad. A él, bien lo sabe, no le quiere nadie. Los soldados, especialmente, le detestan; pero es el capitán, y si no otra cosa, están obligados a obedecerle. Hace más de una semana que no recibe cartas. Ciertamente las cartas son una de las pocas cosas que le permiten no desesperarse en esta vida monótona de posición. Hace mucho frío; el sargento Quiles ha estado esta tarde en el observatorio de artillería, donde hay un buen termómetro, y ha venido diciendo que esta madrugada marcó treinta y cinco grados bajo cero. ¿Dónde va a llegar esto? Sin embargo, él resiste bien la temperatura. Los soldados han de pasarlo muy mal, pero el soldado debe ser resistente. Si por lo menos tuviera un libro para leer. Los muchachos tienen algunas novelas, que pasan de mano en mano; pero le da vergüenza pedirselas; claro que podría quitárselas diciendo que estaba prohibido leer... Lleva varios meses metido en este sótano, ¿qué hace aquí en realidad? Sí, aquí hay una División española, pero ¿qué hace él aquí? Esta lámpara de petróleo es horrible: por las mañanas escupe negro de tanto respirar humo. La lumbre está encendida, aquí dentro no hace frío. Se acerca, coje un tronco de leña del montón y lo arroja al fuego. Se sienta delante del fuego. ¡Con lo bien que lo pasaba en Madrid! Allí estará Pepín Ortega y el marqués de la Vega del Tajo, Maruchi

Luis ROMERO obtuvo en 1951 el Premio Nadal por su libro «La noria». Recientemente ha publicado otra novela titulada «Carta de ayer», muy celebrada por el público y la crítica.

enfrentan encarnizadamente se mastica en la atmósfera.

¡Malditos «ruskis»! Pero no pasa nada; disparos, alarmas, cañoneos, y después ni siquiera pasa nada. Frío, mucho frío; eso es todo. En una alacena guarda un pan entero, y la mantequilla en una mantquera color naranja. El ejército alemán tiene detalles enternecedores: mantequeras de color naranja, verdes o azules para los soldados. Como si fueran cupletistas. ¡Mantequeras de colores! Corta una rebanada gruesa de pan y la pincha en el extremo del cuchillo. La acerca a la lumbre para que se tueste. Está hartu de las rarezas de estos alemanes. Tantos gramos de mantequilla por persona; lo mismo un general que un soldado. Como si él fuera tonto. Ya le ha dicho al brigada que se arregle como quiera, pero que él desea tener la mantquera siempre llena. Hasta ahí podrían llegar las cosas. Si hay poca comida para la tropa, que la busquen los alemanes; pero él no está dispuesto a pasar hambre. Llaman a la puerta. Entra el cabo de guardia y se cuadra. El vaho se le ha quedado helado sobre el pasamontañas, en las pestañas, en las cejas. Parece un blanco fantasma, pero el calor de la habitación deshíela rápidamente los minúsculos cristales y caen gotas de agua sobre el verde oscuro del uniforme.

—Sin novedad en la Compañía, mi capitán.

—¿Qué eran esos disparos?

—Nada importante. Maluenda, que estaba de puesto en el embudo y ha disparado. No se ve nada alarmante. Han cañoneado hacia el Norte.

—Nada más; mucha atención a la guardia.

El cabo ha permanecido «firmes», pero miraba atentamente la mantquera repleta del capitán y el pan entero que está sobre la mesa. La puerta ha rechinado al salir el cabo. El fuego es agradable compañero en estas noches tan largas del invierno ruso. Hasta las nueve de la mañana no amanecerá. Si tuviera algún libro o un gramófono. Cuando vaya al pueblo intentará requisar uno. Un gramófono, aunque tenga pocos discos, puede resultar un entretenimiento. Unta la rebanada generosamente. El pan tostado cruje y se suaviza bajo la capa de sabrosa grasa. Si a alguien le parece mal que tenga la mantquera llena, que se chinche. Menchu es una... Tenía una forma de andar, y lo que más rabia le daba es que nunca podía saberse en qué estaba pensando. Era mujer difícil de domar. El memo de Julio puede irse despidiendo de ella cuando él llegue. El «Vodka-fiz» se va a poner de moda. Son las diez menos cuarto; estarán allí, en «Bakanik», comentando el partido de fútbol (es verdad, es domingo, pero ¡quién podía imaginarlo!); el metódico marqués tomará hoy tres copas de «fino», porque el domingo le gusta hacer, como él dice, un extraordinario. ¡Qué gente más divertida! ¿Para qué tratarse con estos

Larraz y... todos. A esta hora se reunirán en «Bakanik». Ni siquiera le han escrito una carta en el último mes. Para él resulta divertido escribirles, sin embargo. Encabeza sus cartas: «Frente de Rusia...» Escribe a nombre de Pepín Ortega, pero no le escribe a su casa, sino a «Bakanik». Si por lo menos se pudiera presentar ahora allí con el abrigo de piel blanco y las superbotas. ¡Qué espectáculo! Jaime, en vez de un «gin-fiz», tendría que prepararse un «vodka-fiz». El asistente es un idiota, y seguramente estará ahora en cualquier chabola jugando a las cartas con el cabo de guardia. «Vodka-fiz», es una buena idea; cuando regrese lo pondrá de moda en Madrid. Suena una ametralladora rusa hacia la derecha. Alguien desde la trinchera ha disparado. ¿Pasará algo? A lo lejos, en el sector Norte, como todas las noches, se escuchan cañonazos. En la última carta, Pepín Ortega le decía que pronto iba a poderle dar noticias del lío de Menchu con Julio.

¡Menuda... está hecha la tal Menchu! Otra vez suena la ametralladora y se generaliza el tiro de fusilería. Abre la puerta, después de colocarse el abrigo y el gorro de piel. El aire le abofetea en el rostro; se sube el pasamontañas hasta la nariz. No se ve nada. De la chabola del cabo sale un poco de luz. Grita enérgico:

—¡Cabo de guardia!

El asistente viene corriendo y se cuadra. No lleva abrigo ni guantes; dentro de dos minutos estará helado. Pero peor para él; no debería salir de la chabola sin cubrirse convenientemente.

—El cabo ha salido a recorrer los puestos.

El frío le hace temblar la voz; las manos se le empiezan a agarrotar.

—En cuanto venga, que se presente en mi chabola.

Da media vuelta y regresa al sótano; a su puesto de mando. El asistente se ha metido las manos en el bolsillo y corre hacia la chabola del cabo a calentarse. Los disparos han cesado, pero tiembla en la noche el frío y el miedo. Estas noches son demasiado largas y la tensión de los miles de hombres que a ambos lados de un río helado se

oficialillos de tres al cuarto? No tienen clase; estudiantillos de provincias que hicieron la guerra y tienen más humos que un grande de España. Puede que no sean mala gente, pero les falta ingenio. Ha sonado un cañonazo próximo y la puerta se entreabre por la explosión. Es la artillería propia que cañonea Swbow, donde está el puesto de mando del Batallón enemigo. Los artilleros españoles son precisos. Hay que reconocer que la noche del golpe de mano se portaron como los buenos. Otro cañonazo y otro; luego, silencio, un silencio más hosco todavía, más silencio. Como hoy es domingo, Maruchi Larraz habrá salido con su marido y no concurrirá a la tertulia de «Bakanik». La escribió una postal cuando pasaron por Porchow, una postal que le cambió a un viejo ruso por unos cigarrillos. Era una postal fea y deslucida, pero escrita con letras rusas. A Maruchi le tuvo que hacer efecto. Está casada con un imbécil y, sin embargo, le es fiel. Tal vez ella no sea tan inteligente como parece. Domingo, y él aquí podrido, en esta puñetera tierra donde no se ve más que blanco, todo blanco, durante meses y meses. Aquí, pasando más frío que un lobo, sin una sola persona aguda e inteligente para poder hablar con ella. Los oficiales son unos pedantes, y esos soldados presumiendo de señoritos porque son bachilleres o han estudiado Filosofía y Letras. ¿Qué se creen, que son más cultos que él? Son tonterías, cosas que se aprenden en los libros y no sirven para nada; lo importante es la aristocracia del espíritu, el donaire, la elegancia y la agudeza. Ahí está Pepín Ortega, que no lee un libro en su vida, y el mismo Julito, ¡qué caramba!, al fin y al cabo es un señor. Cuando termine esto, abandonará la carrera militar. La guerra le ha partido por el eje, y ser capitán a su edad es algo inaudito. No tuvo suerte, tres años en una embajada. Bien; terminada la campaña abandonará la carrera (al fin y al cabo la estudió para dar gusto a su padre) y se dará buena vida para desquitarse. O se dedicará a negocios, y con las amistades que tiene bien situadas se va a hincar de dinero. Aquí en Rusia no se le ha perdido nada. Claro que llegado el momento hay que demostrar que uno tiene reñíos, eso sí, pero este frío, estas peñigueras del ejército alemán, él no las soporta.

Pasea por la habitación con las manos a la espalda. El sótano es pequeño, cada tres o cuatro pasos se ve forzado a dar la vuelta. En un rincón hay una cama de campaña con colchón y mantas. Estar solo es cansado, aburrido, mortal. Los oficiales se juntan en la chabola para hablar de sus cosas y están distraídos horas y horas. Claro que no tienen ni una mala calma; la única de la Compañía es la suya. Los sargentos son genticilla de poco más o menos; con ésos sí que no quiere saber nada. Entre los soldados hay de todo. Cuando reparten «vodka» o las bebidas que llegan de España, se juntan a cantar y parece que se olvidan de todas las amarguras que pasan. Porque hay que reconocer que los pobres muchachos las están pasando negras. Horas y horas de guardia todas las noches, mala alimentación y frío; un frío inmenso, inhumano. Una extraña Compañía esta que manda; gente de todas las clases sociales. Voluntarios... Bien, ¿y qué? ¡Voluntarios! Siempre están presumiendo de que han venido aquí voluntariamente. Pues con él pocas bromas; quien manda es el capitán, y al que se ponga fonto se va a acordar de lo que es bueno. Hay que reconocer que son buenos soldados, pero tienen demasiados humos. La noche del domingo en Madrid suele ser aburrida. Pero hubieran ido a cenar a una taberna cerca del puente de Toledo, donde hay una carne excelente. Un buen «bistec» a la parrilla, doradito y sangrante, con ensalada y media botella de «Pomal», ¡ah!, y langostinos con mahonesa de primer plato. Está hartu de estos horribles purés, y sobre todo de la «kapustta». Y el té es una bebida para inferiores mentales. Menos mal que el brigada le guarda café cuando dan del bueno. Los soldados, que se reventan, o que reclamen a Hitler. Muchos en sus casas no comerían tan bien como aquí. Porque, además de los estudiantes, hay en la Compañía campesinos, un conductor de tranvías, una limpiabotas, dos empleadillos de Banco; en fin, que no vengan luego presumiendo de marqueses. El café es para él imprescindible; los soldados, que tomen té. Consulta el reloj de pulsera. Aun no son las diez. Ya habría tomado a estas horas su tercer «gin-fiz». El «gin-fiz» es una bebida de señores... Sobre el cielo suena el motor de un avión, lo conoce bien. Es un avión ruso de reconoci-

miento y bombardeo ligero. Los chicos lo llaman «la Parrala», y es rara la noche que no hace acto de presencia sobre este sector del frente. Su andar es lento y suena el motor como el de una motocicleta. Por el sonido casi podría señalársele en el cielo. Él estaba pensando en algo importante; ¡ah, sí!, el «gin-fiz» es una bebida selecta. Tiene un gustillo aromático e incisivo. Pero dentro de unos meses todo el Madrid elegante tomará el «vodka-fiz»; lo impondrá el capitán Rodríguez de Pantoja. A lo lejos suena una explosión; «la Parrala» ha dejado caer una bomba por la parte de la carretera. Menchu es una mujer de bandera. Ahora Menchu estará en «Bakanik» (sí; son las diez menos cinco minutos). Tomará su inevitable Martini y el cursi de Julito se la llevará a cenar. ¿Cómo puede hacerle caso? Claro que eso durará el tiempo que él permanezca aquí. Julito no sabe vestir; no es más que un hijo de papá. Ya querría verle en este fregado; aquí se ven los hombres, con este frío. A tiro limpio—cada tarde y cada noche. Hacia el sector Norte se escucha un estruendo continuado. Los disparos de artillería se suceden durante varios minutos ininterrumpidamente. El sótano retiembla sacudido. No se puede pensar, y la mente se mantiene en suspenso pendiente de las explosiones brutales, inhumanas. ¿Será la artillería rusa que castiga las líneas españolas, o viceversa? Por el Norte los rusos están atacando ferozmente unas posiciones que abandonaron tiempo atrás. No se pueden enviar refuerzos, y los rusos atacan con muchos miles de hombres. Y, sin embargo, este sector está tranquilo. Pero los del Regimiento que cubre aquellas posiciones las están pasando negras. Día y noche se escucha el fragor de la batalla. ¿Por qué no envían refuerzos los alemanes? Tanto cacarear y no tienen una maldita División de repuesto para ayudar a esos pobres que defienden palmo a palmo esta inhóspita tierra congelada. Otra vez se coloca el gorro y el abrigo y sale del sótano. El suelo está helado y brillante. Conoce bien la posición que ocupa su Compañía. El cabo de guardia y su asistente han salido también a ver dónde cañoneaban con semejante violencia. Llega hasta ellos y se cuadran. Era seguramente la artillería rusa, que ha hecho una concentración de fuego sobre alguna posición española de más allá del río. No podrán aguantar; deberían darles orden de retirada. Con este frío, luchar a campo descubierto es horroroso. Hay un silencio impresionante en todo el frente; un silencio excesivo. De pronto, a lo lejos, rompen a cantar las ametralladoras, y unas responden a las otras como en un diálogo mortífero. Algún disparo aislado de fusil taladra el silencio próximo de la vaguada.

Está preocupado porque en este sector, donde se lucha intensamente desde hace días, está Gabriel. Un insensato; tuvo incluso que mentir para que le dejaran venir a Rusia. No sabe cómo, en la revisión médica, no le notaron que era un niño. Dieciocho años; a los dieciocho años uno debe estar en casa, con mamá, y no jugando a la guerra. Ahora ahí está de soldado de infantería; precisamente en el sector en que los rusos atacan. ¿Quién le defiende? ¿Qué puede hacer un muchacho de dieciocho años con un mal fusil? Y treinta y tantos grados bajo cero para arreglarlo todo. No; la guerra es para los hombres. Desde luego, si él se entera antes de salir de España, el muchacho no viene a Rusia, desde luego. Esta bárbara guerra, esta crueldad de los elementos. ¡Vaya país! Nieve, nieve; y un frío que no deja vivir. Esto es para hombres y no para Gabriel. Un niño; ¡no hay derecho a que le hayan dejado venir! Deberían haberle exigido más documentos y comprobar si tenía la edad reglamentaria.

Se acerca al nido de la ametralladora. El centinela le da el alto. Se acerca. El centinela es un muchacho delgado, con gafas y una mirada dura y resuelta tras los cristales. Lleva la cabeza tapada con una manta y sobre los guantes gruesos calcetines de lana.

—Sin novedad en el nido, mi capitán.

Por la puerta se ven unas brasas encendidas y los soldados que duermen acurrucados. Al otro lado de la vaguada están los rusos. El enemigo, algo trágico y desconocido, pero incompatible. El enemigo, una especie de fantasma feroz al que hay que atacar continuamente y del que se pueden esperar las peores cosas. Retrocede hacia el grupo de casas que la artillería hizo saltar hechas añicos en los primeros días de estabilizarse el

frente. Otro centinela le da el alto. Muertos de frío, estos hombres están atentos, vigilantes al menor movimiento. Cumplen su deber rigidamente y, además, velan por la vida de sus camaradas, los que con ellos sufren y añoran.

Otra vez la artillería rusa machaca las posiciones españolas de más allá del río. Tiembla la tierra bestialmente desgarrada. El fuego es intenso, brutal, concentrado. El cielo está continuamente iluminado como por un relámpago que se repitiera sin descanso. Nota frío en los ojos, en las cejas, en la nariz. El vaho se le ha helado en el pasamontañas. ¿Estará Gabriel en esa posición cañoneada? Las baterías españolas contestan buscando las bocas enemigas. A lo lejos, aquí y allí, el horizonte se salpica de centellas de luz mortífera. El sonido tarda algunos segundos. Margot le escribió que cuidara de Gabriel. Bueno, él la sigue llamando Margot —cosas de entonces, le gustaba a ella se nombre íntimo, secreto—, pero se llama simplemente, castellanamente, Margarita. ¿Qué se cree ella que es la guerra? Todavía los caminos estaban transitables, y pudo ir en moto hasta su Compañía. No conocía al capitán, pero estuvo muy amable con él. Tenía confían español y brindaron tan repetidamente que quedaron buenos amigos. Un gran muchacho el capitán Manzano. Dijo que se preocuparía del chico. Gabriel sí que se alegró de verle. Estaba cómico con el uniforme alemán y cuadrado como un recluta. Estaba tan contento de hallarse en el frente como si le hubiera tocado la lotería. El capitán le invitó a beber con ellos (hay que reconocer que estuvo gentil) y le prometió que le cuidaría como si se tratara de su hijo. ¡Como a su hijo! Y dírselo a él. Su hijo, sí, su hijo, y lo es realmente, pero eso no lo saben más que Margot y él. El chico lo ignora. Y el capitán Manzano va y le dice que le va a cuidar como si fuera su hijo... Gabriel es su hijo, pero se llama Gabriel Mendavia Arellano, en lugar de Gabriel Rodríguez de Pantoja y Arellano que debía llamarse. En fin, cosas de la vida. El caso es que no le pase nada. ¡Y haber tenido la mala suerte de que le correspondiera a su Regimiento el sector por donde los malditos «ruskis» atacan! Están ahí, al otro lado del río, sin trincheras apenas, con un contacto precario con la retaguardia, defendiéndose con las uñas. ¡Ojalá que salga bien de ésta! Pero es que debería estar allí, en Madrid, con sus padres. Bueno, con su madre, aunque hay que reconocer que Gabriel Mendavia se ha portado como un santo. Seguramente sospecha, pero Margarita es muy ladina y no cree que haya confesado jamás.

Empieza a salir la luna. Sobre la nieve se recorta la silueta del cabo, que avanza seguido de cuatro soldados. Se dirigen a hacer el relevo de los puestos. Van con las mantas sobre la cabeza, muertos de sueño y de frío. La luna, al salir, viene a aliviar la tensión de los centinelas; el campo visual se agranda, y de hombre a hombre, no tienen miedo a nadie. Si quieren atacar, que ataquen, que ya saben cómo defenderse. Aunque sea a diez por cada uno, darán cuenta de ellos. Hay que reconocer que estos soldados son unos tíos; si no tuvieran tantos humos. Pero se pasan el día criticando, que si la manteguilla, que si no se ha distribuido equitativamente el «vodka» o el tabaco. ¿Es que él va a pasar privaciones o quedarse sin fumar? Que reclamen a la Intendencia. Un paquete de cigarrillos para cada dos. Y él, el capitán, ¡va a partir su paquete con el asistente! ¡Al cuerno! Para él dos paquetes, y con el resto, que el furriel haga lo que quiera. Estas noches tan largas se piensa mucho, y a veces ha pensado que si por casualidad Gabriel hubiese venido a parar a su Compañía, le hubiera tenido como enlace y dormiría en la misma chabola que él; así no estaría tan solo. Y, ¡qué caray!, le hubiera explicado la verdad de todo. Hubiera sido un enorme choque para el muchacho saber que no era hijo de su padre, pero el chico siente hacia él una viva simpatía. Además, en la guerra, con la vida puesta al tablero en cada minuto, esas cosas pierden importancia. La guerra tiene sus ventajas. Claro que la cosa no hubiera sido fácil de decir. Pero en estas noches largas se habla y se habla, se va preparando el terreno, y por fin un día: «Sí, yo soy tu padre. Yo soy tu padre, pero no es culpa mía que las cosas hayan ocurrido así...» ¿Cómo hubiera recibido el muchacho la noticia? En fin, tal vez la vida dé alguna ocasión. Pero Gabriel le hubiera admirado. Cuando el golpe de mano hubiera estado orgulloso de ser su hijo. Lo malo

es si se maleaba con el trato de sus compañeros y hacia causa común con ellos en el asunto de las guardias, del aseo y de la mantequilla. No, Gabriel le admiraría. Además, siempre ha habido una gran simpatía entre ellos. Fué gracioso, la voz se le quedó un poco en la garganta cuando le dijo al capitán Manzano: «Cuidámelo como a un hijo.» Y él respondió: «Descuida, lo cuidaré como si fuera tu propio hijo.» Fué cómico; el chico ¡qué poco podía sospechar que era verdaderamente su hijo! Si Manzano se llega a enterar, le hubiera hecho explicar la historia; al tío le divertían las historias picantes. Estaba algo cargado, pues de la botella de coñac no quedaron ni las heces. Pero son cosas que no pueden explicarse así a un amigo para que se refocile con lo ocurrido. Es la única vez que le ha pasado; no tenía experiencia. Pero él tenía dieciocho años solamente, la edad de Gabriel. Lo dicho, un niño; ¿cómo un niño puede ser responsable de una cosa así? Margot era una mujer ya, con sus veinticuatro años y su experiencia de mujer casada. No es que le sedujera, pero él era un crío y aquella aventura le tenía embobado. Tal vez incluso estuvo enamorado de ella. La primera vez que vio al niño, unorro licrriqueante, notó que aquello iba a pesar en su vida. Pero aquella criatura de carne auténtica no sería más su hijo, llevaba otros nombres. Margot era una cínica, estaba tan tranquila. Pero a los diecinueve años estos problemas no llegan al fondo.

Regresaba el cabo con los soldados relevados. Andan torpemente sobre la nieve resbaladiza. Están helados de frío y muertos de cansancio. Descansarán dos horas junto a unas brasas que apenas dan calor, y otra vez a entrar de puesto. Desde luego, hay que reconocer que es duro el servicio de estos muchachos. Pues ¿y Gabriel?, con todos los inconvenientes de éstos, más el ataque continuado y toneladas de plomo sobre su cabeza. Casi sería preferible que le pegaran un tiro de suerte o se le congelaran algo los pies; así le mandarían al hospital y cesaría para él el peligro. Es de esperar que Manzano se haya portado bien. Claro que una concentración artillera como la de esta noche, si te coge en su área, no lo cuentan. Los disparos de fusilería y las ametralladoras forman hacia el Norte como un telón de fondo. Continuamente se encienden bengalas, y en la atmósfera se percibe la lucha que unos kilómetros más allá se está sosteniendo. Aquí todo parece calmado, aunque no hay que fiarse.

Entre él y Margarita, desde que nació el niño, nunca más ha habido nada. ¿Lo sabrá Gabriel Mendavia? Es evidente que nunca le ha mostrado mucha simpatía, aunque no tiene más remedio que tolerarlo. El chico desde pequeño se divertía jugando con él. Después de la guerra lo encontró hecho un hombreito. En estos tiempos se han visto poco. Y cuando llega al frente se encuentra una carta de Margot: «Mi hijo —nuestro hijo— está ahí, en Rusia. Si le pasa algo me moriré. Te pido, por lo que más quieras, que le vigiles...» ¿Qué puede hacer él? Gabriel está diez o doce kilómetros más al Norte y ahora cañonean en el sector donde posiblemente está. «Procura que no haga locuras, es un exaltado. Diego, por Dios, no olvides que es también tu hijo...» Tuvo que quemar la carta para que no la leyera nadie. En tantos años es la única vez que Margot ha hablado claro. Ni cuando nació hizo el más pequeño comentario. Tal vez Mendavia sospeche que el chico no es suyo... En fin, si lo sabe... Si el chico llega a estar en su compañía se lo hubiera dicho todo, con cuidado para no herirle. Pero para poder hablar a su hijo así, de padre a hijo, merece la pena darle ese disgusto. Además, a la larga, el chico se alegraría de saber que él, Diego Rodríguez, es su padre, y no el pobre Mendavia, que en el fondo todo el mundo considera que es un infeliz. El chico estaba gracioso embutido en su uniforme; tan cuidado, tan limpio, tan disciplinado. Parecía que estuviera disfrazado. Pero con una gravedad, con una seriedad, como cuando los niños juegan a soldados. Desde luego que no será cobarde. Eso seguro. Se parecerá a su padre. En cambio, si de verdad fuera hijo de Mendavia, a cualquier hora se viene voluntario a Rusia. Ni hablar. El pobre Gabriel debe estar desesperado. ¡Qué locura irse a Rusia, si allí no se le ha perdido nada! Pero el chico sale a su padre; un tío con agallas. Será el amo con las mujeres. Cuando vuelva se las llevará de calle. Mal sector el de su Regimiento. El capitán de la cuarta, que



estuvo en el Cuartel General, dijo que atacaban por lo menos dos Divisiones rusas. Dos Divisiones contra un Regimiento diezmado. ¡Pero los españoles son grandes! Los «ruskis» se dejarán los cuernos en las alambradas. Aunque mejor sería que los evacuaran y establecer otra vez la resistencia en la línea del río.

A lo lejos, las bajas antiáreas trazadoras parecen fuegos artificiales. Se escucha una explosión, y poco a poco, «la Parrala» vuelve a cruzar hacia las líneas rusas. Una ametralladora dispara al aire inútilmente. Ya no se escuchan al Norte las descargas. Nuevamente sobre todo el frente un silencio absoluto, medroso.

Cuesta trabajo con los guantes gruesos alzarse las mangas para mirar el reloj de pulsera. Mira atentamente y la luna da suficiente luz para distinguir las manecillas. Las once y media. En Madrid la gente está cenando. Menchu se habrá ido con Julio. ¡Ojalá que, por lo menos, se hayan añadido los demás y les fastidien!

Vuelve hacia el sótano, la nieve está helada y resbaladiza. El asistente ha salido de la chabola y viene corriendo hacia él. Le llaman al teléfono. En el puesto de mando del batallón han recibido una comunicación del capitán Manzano. Han matado a un amigo suyo; un soldado que se llamaba Mendavia. Hace tres días, durante el ataque en el sector de Pograia. Murió en el hospitalillo de campaña que hay en el camino de Vinograd. No; no saben más datos. El capitán está herido y ha telefonado desde Grigorowo. La Compañía la han aniquilado. Los cidos le zumban. Tiene el auricular en la mano. Se ha quedado mirando obstinadamente al fuego, que el asistente ha debido reavivar. Hay una zona neutra entre el suelo y los pies. La sensación de temperatura se anula. Tendría que dejar el auricular en la caja del teléfono. El asistente está mirándole. Siente un hormigueo en las manos. Podría quitarse el abrigo y el gorro. El fuego está ahí. El es el capitán Diego Rodríguez de Pantoja. Está en un sótano en Rusia y en la guerra. Los rusos han cañoneado intensamente el sector Norte. Gabriel ha muerto. Dicen que ha muerto hace tres días. Los cañonazos de esta noche no podían ya matarle. Sus amigos ya se habrán marchado de «Bakanik», aunque habría que considerar la diferencia de hora. En este instante no puede calcular la diferencia de hora. Está en un sótano, pero no toca con los pies en el suelo. Gabriel era su hijo; su hijo únicamente, porque los hombres no tienen más que un solo padre. Gabriel nunca le llamó padre, ni supo siquiera que él era su padre. Le han matado hace tres días. Lo han dicho del puesto de mando del Batallón. En el sector de Pograia (¡qué nombre sin sentido!). Debe estar enterrado; la tierra está helada, durísima. Entierran a los muertos de cualquier manera. Un hospitalillo de campaña. Les ponen una cruz encima con el nombre: Gabriel... Mendavia. ¡No hay derecho! Mendavia no era su padre. Su padre es él. El asistente está mirándole y él tiene aún el teléfono en la mano. Tendría que dejarlo sobre la caja. El asistente dice algo. Esta sensación ¿es calor o frío? «¿Puedo retirarme, mi capitán?» Este ruido no es otra cosa que algo que ocurre dentro de la cabeza. En el hospitalillo que hay en el camino de Vinograd. Hoy es domingo: sábado, viernes, jueves. Le mataron el jueves en el sector de Pograia. Una cruz de madera. Hay muchas; toda Rusia está sembrada de cruces de madera. Una cruz; Gabriel Mendavia Arellano. ¡No hay derecho! Es su hijo, nada más que su hijo. El chico ha muerto como un jabato en el sector de Pograia. La Compañía ha sido aniquilada. Está solo, el asistente ha salido. Debería dejar el teléfono en su caja. Debería quitarse el abrigo y el gorro. Debería sentarse y pensar. Sus amigos estarán cenando en Madrid; el capitán Manzano está en el hospital de Grigorowo; el teniente Pi andará recorriendo los puestos; el teniente Pi tiene acento catalán. Ha salido la luna. Los rusos cañonean bestialmente las posiciones de más allá del río. No podrán defenderlas. Gabriel está enterrado hace tres días. Debería pensar; eso es, pensar.

Ha dejado el teléfono sobre la caja de baqueta. Le duele la mano intensamente. Se quita el abrigo y el gorro de piel y se sienta en la cama. Se pasa la mano por la frente helada para quitarse el sudor. ¿Por dónde está el camino de Vinograd? Consulta el reloj: las doce menos cuarto. El corazón late tan fuertemente que le duele el pecho. Extiende los planos sobre la mesa.

Llevan varias horas cañoneando monótonamente las posiciones españolas del sector Norte. Aquí el frente está tranquilo; inquietamente tranquilo, con un temblor de acecho, de emboscada. Pero la luna hace que los centinelas estén confiados, pues es mucho el campo visual que presenta el río y sus dos enormes terraplenes blancos. De cuando en cuando, algún disparo aislado, y a lo lejos el resplandor de unos incendios.

Hace varias horas que con sus manos, torpes para toda mecánica, intenta grabar sobre una madera las letras de un nombre. Ha recurrido a un hierro caliente y también se ayuda con una navaja. Abierto el surco, lo ennegrece con tinta, que la madera absorbe sedienta. Pero el trabajo es pesado, aunque tira del ánimo de tal forma, que los pensamientos quedan en un estado lejano y vagamente doloroso. El hombre recibe la sensación de que lo más importante en esta terrible noche inacabable no es el cañoneo sobre las posiciones de más allá del río, no es el frío inclemente que los soldados deben soportar horas y horas, no es la noticia irremediable que llegó por el teléfono como un impacto, sino terminar de grabar sobre la cruz este nombre. Otra vez ha pasado «la Parrala» con su ruido característico y, hasta cierto punto, alarmante y ha dejado caer una bomba lo suficientemente cerca para que la puerta del sótano se haya abierto y la luz de petróleo haya temblado. Pero el capitán apenas ha oído el ruido, atento únicamente a su trabajo, absorbido por la dificultad que está venciendo ante una faena tan ajena a sus normales actividades y tan despreciada por él como es todo oficio que se resuelva con simple habilidad manual. A las tres de la mañana ha entrado de guardia un nuevo cabo y el sargento y los dos cabos se han presentado en el sótano, como él les tiene mandado que hagan cada noche, pero no les ha preguntado nada. Como si no supiera de qué se trataba se les ha quedado mirando, y por fin vagamente les ha indicado que hicieran el relevo y le dejaran tranquilo. Como el fuego se va apagando, la habitación se está quedando fría, pero tampoco lo nota. Las letras, las letras, son lo único importante en este momento. Le obsesionan de tal forma estas letras que está marcando sobre la sencilla cruz de madera,



que casi ha olvidado que esta cruz está destinada a la tumba de su hijo que hace unas horas solamente le han comunicado que ha muerto.

A las ocho de la mañana el trabajo está terminado. El capitán envuelve la parte superior de la cruz, donde está el nombre, con unas hojas del «Pradva». No quiere que nadie vea el nombre que ha grabado; no desea comentar este hecho con nadie. Llama a su asistente, que estaba durmiendo en la chabola del cabo. Sale sofociento. Se ha puesto la luna. Le manda preparar la «troica» (llaman «troicas» a los trineos, aunque vayan tirados por una sola caballería) y vuelve al sótano. Calienta café y lo echa en la cantimplora; después vierte una buena cantidad de «vodka» y la cierra cuidadosamente. Se coloca el abrigo y el gorro de piel; sobre las manos, los grandes guantes acolchados, y toma una manta para echársela sobre los pies. Telefónicamente ha solicitado permiso del comandante para permanecer ausente algunas horas de la posición. El teniente más antiguo toma sin ceremonia el mando de la Compañía. Todos estos trámites los hace

mecánicamente, porque hay algo que le dice que conviene hacerlos. Apenas se da cuenta, sin embargo, de nada de lo que ocurre.

La «troica» se ha detenido ante la puerta. El asistente pregunta si debe acompañarle. Le trae la pistola; es cierto, se olvidaba la pistola. Se acomoda en el asiento del trineo y toma las riendas. El asistente le acomoda la manta sobre las piernas. El caballo arranca ligero por el camino que conduce a la carretera. Pasan a través de una calle destruida. Empieza a amanecer y todavía no se ha retirado la última guardia de la noche. Apoyado en el fusil está el centinela. Tiene la cara palidísima, demacrada. Se incorpora y saluda con el brazo sobre el arma. No le ha dado el alto; ya se ve bien y le ha conocido de lejos. Lleva cojida la cruz envuelta en unos números viejos del «Pradva». Esta cruz es para su hijo, que supone estará enterrado en un hospitalillo que debe haber, o debía haber, en el camino de Vinograd. El caballo se ha lanzado a galope sobre la nieve endurecida del camino. Este caballo sabe que al pasar por este lugar, sin una casa, sin un árbol, conviene galopar porque está batido por la fusilería enemiga. Al capitán poco le importa, y ni siquiera se había acordado de este detalle. Blanco por todas partes; blanco solamente, blanco terco, obsesionante. Ahora el camino cambia de dirección y se dirige hacia un bosquecillo de abetos, que bordea. El día está gris y, sin embargo, ya ha amanecido. Hace frío y cuesta trabajo pensar, centrar la imaginación, los recuerdos; es preferible dejarlos que resbalen sobre el paisaje o sobre la grupa del animal que se agita continuamente delante mismo de sus ojos. No pensar es una forma de eludir el problema, o, por lo menos, evitar su planteamiento crudo, descarnado. A su hijo le han matado hace tres, vaya, cuatro días. Su hijo se llamaba Gabriel, pero no sabía que era su hijo; ha muerto sin sospecharlo siquiera. Un hijo que desconoce a su padre y cree que es hijo de otro hombre, ¿es realmente un hijo? Sin embargo, aunque su hijo se apellide Mendavia, aunque con ese nombre figurara en los papeles desde el mismo día que abrió los ojos, aunque ese hijo en la mente de todos se llamara ya Mendavia



cuando aun estaba en el vientre de su madre, ese hijo es suyo. Es suyo, no; era suyo, porque hace tres días, en fin, cuatro, que ha muerto en un sector donde hay un pueblo que llaman Pograia, en el noroeste de Rusia (de Rusia, ¡qué cosa más extraña, casi increíble!). No lo sabía nadie, ni el mismo Gabriel; pero había dos personas que conocían su paternidad: la madre y él mismo. Sí; en los papeles podía decir lo que quisieran, pero la madre recordará... Es cierto que hace muchos años, dieciocho o diecinueve, pero él también lo recuerda. Muy bien no lo recuerda... Todo ha terminado en un lugar desconocido, pero que esta noche ha visto en el mapa militar. Pograia, sobre un camino que va a un monasterio, cerca de una carretera secundaria; más allá del río. ¿Qué habrá ocurrido? ¿Cuál habrá sido el postrer instante de este pobre joven? Tal vez frente a la muerte haya comprendido, en un instante de suprema lucidez, que Gabriel Mendavia no es su padre; que su único y verdadero padre, su auténtico padre, era el que hasta ese instante supuso amigo de la familia: el capitán Diego Rodríguez de Pantoja. No es fácil que ante la muerte haya tiempo para

pensar. Uno va corriendo y escucha cómo las balas silban a su alrededor. Las balas funden la nieve. Destrozan las ramitas de los árboles. Y uno no hace otra cosa que apretar el fusil y correr buscando un lugar para echarse al suelo, para defenderse, cubrirse. Uno no busca la muerte, aunque avance hacia ella, y, sobre todo, no le queda tiempo de pensar. Su hijo notaría como un mazazo, un gran golpe que le derribó. Aunque... no murió sobre el campo, sino en un hospitalillo... ¿Qué horribles sufrimientos le habrán atenazado en las últimas horas? Si acaso pensaría en su madre; en su madre sí que pensaría ¡Era tan joven! Tal vez la llamara, inclusive. Es curioso, hasta estos hombres duros de la guerra, estos hombres arriesgados y ásperos, es frecuente que llamen a su madre al verse heridos. No, Gabriel habrá muerto sin saber que él es su único padre verdadero.

El camino desemboca en la carretera. Ha salido el sol, que tras la neblina es un disco vagamente luminoso. Por la carretera pasan camiones alemanes, carros, trineos rusos con leña. Empiezan a caer unos copos de nieve. Hacia el Norte, sobre el cielo gris, el humo de unos incendios. No puede hacerse demasiado responsable de lo ocurrido. Margot era una mujer casada, varios años mayor que él. Era terriblemente atractiva, y él, un muchacho inexperto, tenía que confiar en ella. Margot se asustó mucho cuando notó que se había quedado embarazada. A él le produjo como un vértigo, pero, por otra parte, percibía una sensación de irresponsabilidad. La cosa, ese hijo que aparecía mágica y desgraciadamente, se iba a realizar fuera de él; en Margot, pero no en él. Llegó a su casa como si estuviera borracho, y durante algunos días apenas hablaba con nadie alegando mucha necesidad de estudiar. Pensaba que tal vez fuera algo que no era cierto, que todo se solucionarían. Margot estaba enfadada con él, le reprochaba algo de lo cual no se consideraba culpable. Estaba desesperada y hosca. Dejaron de verse unos días. Gabriel Mendavia, su esposo, estaba de viaje y llegó al poco tiempo. Ella se mostró más tranquila. «Creo que ya está todo solucionado», y todavía tenía humor de sonreír. El se sonrió también, porque parecía que la cosa se había solucionado. Margot ya no le habló más del asunto. Nació un niño, le bautizaron, fué creciendo.

Arrecia la nevada, y de cuando en cuando se ha de sacudir la nieve que se le queda en las cejas y en el borde del pasamontañas. El caballo anda bien, al trote, por la carretera. Marchan sobre la nieve que hay en la parte derecha de la misma; los camiones van por el centro, que está limpio. Pasan muchos camiones en ambas direcciones. Hacia el río se escucha cañoneo. Vuelan dos aviones alemanes de reconocimiento. Ha cruzado un pueblo, como todos, con las casas de troncos de color oscuro. Los rusos están limpiando la carretera. En este pueblo hay soldados españoles de artillería. Están descargando unos carros de munición.

Margot nunca más volvió a hablar con él de las circunstancias en que el niño fué concebido. Le pusieron de nombre Gabriel, como al marido de Margot, y todo el mundo decía que se parecía mucho al padre. Por más que intentó descubrir rasgos comunes que le dieran la evidencia de que aquel niño era la consecuencia de las inquietudes de Margot, no lo consiguió. Pero el pequeño Gabriel le obsesionó años y años; era su tormento, como una nostalgia de algo que había perdido irremisiblemente y que alguien, alguna vez, se lo demandaría. Quiso interrogar a Margarita, pero ésta se mostraba distante, fría; nunca más fué posible reanudar el diálogo físico, pero ni siquiera la amistad que antes les unía volvió a conseguir vigencia. El seguía visitando al matrimonio, y el pequeño Gabriel se hizo su amigo. A veces salían, inclusive, juntos. Estaba seguro de que era su hijo; pero la palabra que lo confirmara, que lo hiciera verdad irrefutable, se había caído en un pozo, y allí permanecía por voluntad de Margarita.

Sigue nevando, la carretera se ha cubierto de blanco. Los camiones dejan dos franjas negras tras su paso, pero inmediatamente vuelven a cubrirse de nieve.

De cuando en cuando se sacude la nieve de los vellones de lana de su abrigo. Con la mano sigue apretando la cruz junto a sus piernas. El caballo marcha ahora al paso. En dirección contraria, a

pie, pero a buen tren, marcha un batallón alemán. Van cargados y son la mayor parte hombres maduros. Los uniformes viejos les acreditan como veteranos, y el batallón no va completo. Caminan marcialmente; son pocos hombres y es fácil que, tras una cruenta lucha, la unidad marche a descansar y rehacerse en alguno de estos pueblecitos de retaguardia. La nieve cae sobre sus rostros enrojecidos de frío; pero marchan rítmicamente, con la vista colocada lejos, indiferentes a todo, como si la única misión que tuvieran en la tierra fuera ésa: marchar por la carretera bajo la nieve.

Nunca dudó de que Gabriel fuera hijo suyo; lo que ocurre es que a veces lo olvidaba. Gabriel llevaba otro apellido, llamaba padre a otro hombre, todo el mundo creía que ese otro hombre era su padre, incluso el propio Gabriel. ¿Cómo no dejarse dominar a veces por la corriente? ¿Cómo no sentirse fatalmente irresponsable frente a ese hijo que no lleva nuestro nombre y no nos obedece, frente a un hijo que nos llama solamente amigo? Y de pronto recibe una carta de Margarita. Ya no recordaba su letra. La letra de las mujeres se parece siempre, por lo menos cuando pertenecen a determinado medio social. Una carta de Margarita que no deja lugar a dudas, que proclama a voz en grito una verdad que dieciocho años ha estado silenciada. «Mi hijo—nuestro hijo—está ahí, en Rusia... La cosa ya no admite olvido ni disimulo. «Diego, por Dios, no olvides que es también tu hijo.» Y esta noche le llaman del puesto de mando. El capitán Manzano está herido... Gabriel, su hijo, su hijo, ha muerto hace tres días cerca de un pueblo que llaman Pogrãa. Ya no hay remedio. Muerto; han dicho muerto, y ya no hay remedio. «Te pido, por lo que más quieras, que le vigiles...» Si, debió haber hecho algo por él; debió salvarlo, cubrirlo con su cuerpo aunque fuera... «Procura que no haga locuras...» No son locuras, es la guerra. Estaba en otra compañía, en otro sector; la División ocupa muchos kilómetros de frente. ¿Qué cree Margarita que es la guerra? A cada instante, a la muerte la tiene uno enfrente. Le han matado; ¿cómo?, es lo mismo. Cerca de Pogrãa lo han matado los rusos. Un tiro, metralla, un bayonetazo. Eso es la guerra. ¿Cómo podía cuidarlo, vigilarlo, preservarlo del peligro? La muerte está siempre presente en la guerra. El no tiene la culpa. A su lado, tal vez hubiera podido evitarlo. Pero estaba lejos, en el sector en que los rusos están atacando. El capitán Manzano le invitó a beber con ellos. Un detalle muy generoso. Dijo que le cuidaría como si fuera su hijo. No podía hacer más. Ya no hay remedio. Está enterrado. Lleva una cruz, y no, no pudo hacer más.

Pasan los últimos soldados rezagados, cubiertos de nieve. Los enfermos van en el carro del suministro. Pasa la cocina. La nieve blanquea los uniformes verde oliva. Las armas empavonadas van limpias. En la orilla del río se escuchan distantes las ametralladoras de la infantería. El cañoneo ha cesado. Han atravesado otro pueblo y otro. Estos pueblos son siempre iguales. Suelen verse por la carretera soldados españoles. A veces, con bastante frecuencia, pasan ambulancias que seguramente transportan heridos hacia Grigorowo. Saca el plano y lo consulta. No se ha fijado en el nombre de este pueblo al pasar ante la tablilla amarilla, y ahora llama a un soldado de intendencia que está a la puerta de una casa rusa, defendiéndose bajo el cobertizo de la nieve y charlando con una muchacha cubierta la cabeza de toquillas. El soldado le dice el nombre del pueblo y lo sitúa en el mapa. Pasado un riachuelo debe tomar un camino a la derecha; es el camino de Vinograd. Los incendios están ya próximos y las ráfagas de viento traen hasta aquí el sonido de las ametralladoras. La artillería española, desde un lugar que no se ve, dispara sobre un bosque que hay al otro lado del río. El estampido de la salida se oye cercano y conmueve el organismo; el disparo de llegada tarda en escucharse, y se oye tan amortiguado que se diría inofensivo. Otra vez pasan ambulancias. El sol se ve algo más alto, como una mancha gris, ligeramente luminosa, sobre el gris uniforme del cielo. Hace frío, pero apenas se da cuenta. El caballo marcha más lentamente. Aparecen, volando a poca altura, varios aviones alemanes de bombardeo ligero. Son seis exactamente. Atravesan el río y descargan sus bombas algo más allá de los incendios. Todo ocurre muy rápidamente; pero la tierra se estremece

bajo el trineo y el caballo se espanta. De las casas salen algunos soldados a ver el lugar de las explosiones. Una columna de humo se levanta detrás de las ya existentes. De pronto, y ya más cercanas, las ametralladoras se escuchan rabiosamente. Pasan dos camiones con algunos soldados españoles de refuerzo. Van cantando y se dirigen al lugar del combate, entre los cañonazos, los incendios y el tabbeteo de las ametralladoras. Los soldados siempre cantan. Pero nieva, hace frío y la muerte está unos kilómetros más allá solamente.

En la carretera hay un letrero amarillo con letras negras clavado en un poste: «Vinograd». El letrero tiene forma de flecha y señala un camino que sólo se distingue en que sobre él la nieve está apretada y sucia. El caballo toma automáticamente por este camino; se diría que lo conoce, aunque también pudiera ser que con la mano, y sin darse cuenta, ha hecho una señal perceptible para el animal. Un soldado con el uniforme roto y sucio y un gorro de piel ruso conduce un grupo de prisioneros. Van formando un astutado pelotón; algunos llevan los pies envueltos en trapos; los últimos, apenas pueden andar, van heridos. El español lleva el fusil en bandolera, confiadamente, y camina despreocupado entre los rezagados. De uno de los bolsillos rasgados del abrigo le asoma el mango de una bomba de mano.

Este fue el último camino que siguió Gabriel. ¿A pie? ¿Quién sabe si en camión? Sería mejor. Los soldados sufren grandes incomodidades. A veces los sargentos y los oficiales les tratan duramente. ¡No hay derecho! Gabriel vino voluntario; tenía una enorme fe, un entusiasmo contagioso y rico. Ha muerto; una bala le ha partido el pecho. Tal vez metralla en la cabeza. Ha muerto horriblemente, irremediadamente. Y estos rusos, a vivir tranquilamente en un campo de concentración. Si supiera que alguno de ellos ha matado a su hijo. Entre él y el soldado, los matarían a todos en cinco minutos. Un ruso no es nada; ahí van sucios como borregos, acobardados. La dignidad es lo principal. Su hijo ha muerto como un hombre; así se muere, como un hombre. Vendría cantando por este camino, y ya no regresará nunca. Estará enterrado junto al hospitalillo provisional. Lo llaman hospitalillo; una casa sucia, miserable, con un quinqué y una estufa. Los soldados pasan hambre. Gabriel ha debido de sufrir hambre. Si supiera que el capitán Manzano le ha privado de un miligramo de mermelada, de mantequilla o de un solo cigarrillo, le metía un cargador en la cabeza. Gabriel tendría hambre, tendría frío, se acordaría de su madre, tal vez hasta de él se acordaría. «Tengo un amigo capitán, íntimo de mi familia.» Un amigo. Sólo eso, algo vagamente un amigo. Si Margarita hubiera estado soltera, tal vez se habría casado con ella. Aunque... pero al menos lo hubiera reconocido. Hubiera sido su hijo y no el hijo de un tal Mendavia, un miserable que ahora hasta se considerará obligado a llevar luto por un muchacho que no tiene nada que ver con él. Hubieran estado en la misma compañía. Le hubiera tenido a su lado, no le hubiera pasado nada. ¿Y si ha muerto a bayonetazos? Tiene que enterarse; es imprescindible que sepa lo que le ha pasado. Pero la compañía ha quedado aniquilada. Como un jabato; ha debido morir como un jabato. Era un tío Gabriel a sus dieciocho años. Si era su hijo... Y no poder hablar con nadie, con nadie absolutamente. Le molesta pensar en los florilecos de Margarita y en el luto, y en la cara compungida de Mendavia creyéndose que le han matado un hijo. Y eso si no adopta la postura de padre heroico. Ahí estará el muchacho, con la sangre helada en las venas paralizadas, con la carne hecha cartón. Debajo de una tierra que es hielo

ASEGURESE USTED

EL ESPAÑOL

TODAS LAS SEMANAS

SOLICITANDO UNA SUSCRIPCIÓN

y de un poco de nieve. Hasta la primavera, los cadáveres se conservan. Entonces se pudrirán todos al tiempo. La División avanzará o marchará a otro frente, y los cadáveres quedarán perdidos en esta inmensidad blanca, y nadie más sabrá nunca donde están. Debió de haber pedido que lo trasladaran a su compañía. ¿Por qué le dejaron venir a Rusia? Tanto entusiasmo para morir en un pueblo extraño, de nombre extranjero y carente de significación: Pograia. ¿Qué significa? ¿Quién lo conoce?

Tiene que apartarse a un lado; pasan tambaleando dos camiones cargados de munición de artillería. Se oye una batería española que dispara tercamente. Pasan unos carros con forraje conducidos por rusos, que van escoltados por un español. Tienen que hacerse a un lado porque el camino es estrecho y han de cruzar con los camiones. El también se detiene. De pronto se da cuenta de que hace mucho frío. Hace muchísimo frío y ha cesado de nevar. La batería española debe estar muy cerca; pero hasta ahora no se daba bien cuenta de que eran esos estampidos que llegaban a sus oídos como una sorda música de fondo. A un lado del camino, a unos cien metros, hay una casa y a la puerta un viejo ruso está partiendo leña con un hacha. Toma por el camino que conduce a esta casa; la nieve está floja y al caballo se le hace la marcha más dificultosa. El ruso se incorpora y se lleva la mano al gorro. Con testa al saludo y abre la puerta de la casa. Un tufo penetrante le golpea el rostro; un tufo acre y cálido que no llega a ser desagradable. Entra en la casa. El viejo entra detrás, hablándole ceremoniosamente. Hay dos mujeres. Una es vieja y está sentada sobre el horno de ladrillo. Cose una prenda insistentemente remendada. La otra mujer es joven y fuerte. Le pregunta algo, destempladamente, pero no entiende lo que dice la rusa. Sin más ceremonias se acerca a la lumbre. Se quita el abrigo y el gorro y los deja sobre un banco. Coge un taburete y se sienta junto al horno. Parece que el cuerpo recupera la vida y se nota hervir las mejillas. El viejo se ha callado y se sienta junto a él. La habitación está empapelada con hojas del *Izvestia*, que con el humo se han tostado. La vieja le mira de reojo, y la mujer joven ha continuado amasando sobre una tabla algo así como unas tortas hechas con los menos digeribles materiales. En un rincón hay una gallina picoteando el suelo. En el mismo rincón, varios iconos y una luz de aceite encendida. Sobre la mesa, el samovar y un tazón desportillado. De pronto se acuerda de que ha dejado suelto el caballo y de que en el trineo ha quedado la manta y la cruz envuelta en papeles. Hace señas al viejo de que le siga a fuera, y éste obedece. Meten a la caballería y al trineo bajo un cobertizo que hay detrás de la casa, y la cruz la entra con él y la coloca apoyada junto al horno. La temperatura elevada de la casa le vuelve a reanimar y las sensaciones se perciben más claras, y por tal, más dolorosamente. De un clavo cuelga el capote de un artillero y en el suelo hay unos sobres rotos con sellos españoles. El viejo, para romper el silencio, saca un paquete de tabaco «Brikman» y le ofrece al capitán. Este no acepta y el ruso corta un pedazo de periódico, lo llena de tabaco, lo lía torpemente y se pone a fumar. Entonces señala el capote del artillero y luego el paquete de tabaco de pipa. Después señala a la mujer joven y sonriente aclara:

—*Praika, praika, soldaten ispanski, ropa, ropa. Tabaco; jarasó tabaco.*

Partículas encendidas se le caen continuamente sobre los pantalones, y él se las sacude estoicamente. Sigue explicando. Y vuelve a señalar el abrigo colgado.

—*Camarad, ispanski good. Baterí, su dà. Bum bum.*

Señala hacia el frente. La mujer mira al capitán y las miradas de ambos se cruzan. Ella baja los ojos, atenta a la faena.

El viejo, de pronto, se fija en la cruz. Y mira al capitán con una angustia interrogante. Después dice algo a la mujer joven, y entre los dos se inicia una animada conversación. La vieja, de cuando en cuando, repite una palabra con voz cansada. El ruso le señala la cruz y da muestras de estar dolorido; abre las manos y pronuncia palabras que debe ser de pésame.

Siente que se apodera de él una extraña congoja. El viejo tiene los ojos húmedos, las muje-



res le miran compasivo. No entiende lo que dicen aquellas gentes, pero siente su dolor acompañándole, acunándole. Entonces, con voz emocionada, les habla, les habla largamente, doloridamente. Le han matado a su hijo. Hace tres días solamente. Se lo han matado en el sector de Pograia. No tenía más que dieciocho años. Era hermoso, era valiente. Le quería mucho. Siempre habían estado muy unidos. Está enterrado cerca del hospitalillo y le lleva una cruz. Una cruz que ha hecho él mismo con sus manos; toda la noche sin dormir para hacer una cruz para su hijo. Era muy joven. Destapa la cruz y se la enseña; las mujeres se acercan. La vieja salmodia algo imposible de comprender, a la mujer joven se le llenan los ojos de lágrimas. Están todos de pie y él tiene la cruz en la mano. Entonces habla el ruso; a veces le interrumpe la joven para añadir algo. Habla en ruso, intercalando algunas palabras españolas y otras alemanas. A él también le han matado a su hijo en la guerra. La mujer joven estaba casada con su hijo. Le trae un retrato; un muchachón fuerte con uniforme soviético. A los dos les han matado un hijo. La vieja le pregunta por la madre. La madre está en Madrid. ¡Fobre madre! El viejo se acerca familiarmente y le coloca la mano sobre el hombro. Tiene una cara seca, cubierta de largos pelos blancos, la frente arrugada y los ojos, pequeños y grises, húmedos de llanto. Las dos mujeres están de pie junto al horno. Nota que ha perdido las fuerzas y que un minuto después estará llorando como una damisela, abrazado a este ruso que perdió un hijo en las filas enemigas. Coge la cruz, aprieta la mano del viejo y sale sin más. Se sube al trineo y hace galopar al caballo en dirección a Vinograd. Al cabo de un momento tiene que desprenderse unas partículas de hielo que se le han adherido a los párpados. Se siente roto por dentro, y, al mis-

cesita leerlos; tiembla en él un presentimiento inconsciente, pero seguro. Deja el trineo y se interna hacia la casa. Hay una fuerza que le guía. Se hunde en la nieve; es trabajoso avanzar con las piernas hundiéndose hasta las ingles. Tiene que llevar la cruz en alto. Venía mal envuelta desde que quitó las cuerdas en casa de los rusos, y los periódicos se desprenden y cuelgan como banderolas.

Detrás de la casa hay tres tumbas, y otra algo más allá. La nieve está sucia, recientemente removida y mezclada con tierra. Encima ha nevado nuevamente, pero el viento ha debido de arrastrar prisionero ruso con el uniforme pardo, canta una canción y se acompaña con la «balalaica». Es una canción angustiosa, y la está cantando un ruso, mientras los españoles la corean. Hay españoles vestidos con prendas de campesinos rusos; prendas poco reglamentarias, pero muy útiles en este clima. Se acerca a uno. Tal vez se dan cuenta de que es un capitán, pero no se levantan. Pregunta tímidamente por un hospitalillo de campaña que debe haber por allí. Contesta un soldado barbudo con acento andaluz. El ruso sigue cantando angustiadamente junto al fuego.

—A unos quinientos metros de aquí habilitaron el otro día una casa para las primeras curas, cuando el ataque a Pograia.

Al capitán le tiembla la voz. El humo nace que le escuezan los ojos. Ha pisado en el suelo una bomba de mano. Hay mantas, fusiles, cantimploras y correajes por todos sitios.

—Y los que murieron ahí, ¿dónde les han enterrado?

El soldado contesta displicentemente, tiene los ojos febriles y las manos temblorosas. Es imposible precisar la edad de este hombre.

—Palmaron casi todos. Algunos llegaron ya muertos. Están ahí, al borde de la carretera, y cuatro o cinco detrás de la casa. Fue una mala tarde. Nos han cascado... No hay nada que hacer; son muchos. Hay que replegarse al lado de acá del río. Nos han cascado.

Los ojos se acostumbran a la oscuridad. Hay ocho o diez soldados. Algunos llevan la guerrera sobre la carne, otros están heridos levemente y llevan algún miembro cubierto con trapos. Todos parecen atrozmente viejos y casi ninguno tendrá cumplidos los veinticinco años. Uno está limpiando un fusil ametrallador. El ruso sigue cantando y los más animosos le corean.

Entonces aventura la pregunta:

—¿Alguno de vosotros estaba en la compañía del capitán Manzano?

Un muchacho esmirriado, envuelto en una manta, contesta escuetamente.

—No; palmaron casi todos. Se defendieron bien junto a Pograia, pero les atacaron dos batallones. ¡Kuputt!

La canción le persigue hasta la puerta. Vuelve a subir al trineo y sigue por el mismo camino. Atacaron dos batallones. Nunca sabrá nada de lo que ocurrió. A Manzano debieron herirle al comenzar el combate. Llegaban muchos ya muertos al hospitalillo. A un lado del camino hay tres soldados de ingenieros que luchan denodadamente contra la tierra helada. Están abriendo trabajosísimamente unas zanjas. Sobre la nieve, alineados, seis cadáveres parecen monigotes trágicos. Están rígidos en las más absurdas posturas, congelados. Las manchas de sangre, negruzca, y el color de la piel, terroso. ¡Dios, así son los héroes vistos de cerca! Como monigotes espantosos. Y lo difícil que es en esta tierra cavar un palmo para enterrarlos. Los soldados sudan golpeando rabiosamente el cristal donde han de enterrar a sus camaradas. El trineo sigue. El frente debe estar cerca, y cuando el bosquecillo clarea se ve la vaguada del río. Los últimos soldados se están retirando a la parte de acá. Una densa columna de humo se eleva al otro lado del río. Le adelanta un camión, donde una veintena de soldados van a cubrir aquel sector del frente. Veinte hombres para taponar dos kilómetros frente a la avalancha. Veinte soldados de refresco que van cantando y bromeando. Sólo los dos que van detrás con las piernas colgando han visto los cadáveres alineados sobre la nieve al borde del camino, pero no han enmudecido:

*En el frente del Wolchowa
me decía una «rañenca»...*

Detrás viene otro camión: veinte soldados más que han recogido de una y otra unidad. También marchan cantando, porque parece que así se nota menos el frío:

*Un estudiante a una chiquilla le pidió...
¿qué le pidió?...*

Ligeramente retirada del camino se ve una casa. Debe ser ésa la que sirvió de hospitalillo. La puerta y las ventanas están abiertas. No puede haber nadie. Por la carretera viene solo un soldado. Anda trabajosamente, con los pies envueltos en pedazos de manta. Va sin abrigo, a pesar del frío mortal que hace. Sobre el hombro, el fusil ametrallador, y en la mano, una caja de munición. El uniforme, quemado, roto. Parece un facineroso o un loco. Para el trineo y le pregunta si sabe si fué esa casa el hospitalillo de campaña. No sabe nada este soldado. No quiere esperar al camión que dicen que vendrá a recogerles. Se han retirado esta noche, y tiene los pies helados. Sí; ha sido como el infierno. A la compañía del capitán Manzano la hicieron cisco. Ha andado muchísimos kilómetros sobre la nieve, pero se trae el fusil ametrallador. El soldado es responsable de su arma. Atacan miles de rusos, miles. Unos artilleros van a instalar una nueva posición al lado de aquí del río. El no espera más el camión; a lo peor tarda tres días, y él quiere llegar al hospital. Anda mal porque los pies se le han helado. Se los tendrán que cortar, pero quiere una cama y comer caliente; un buen rancho y una cama. Tiene los ojos inflamados y la mirada perdida. Las mejillas, pálidas, hundidas y cubiertas por una barba rala. Parece un anciano mendigo; tiene veintidós años, estudiaba Leyes en Valladolid. Si le espera en la casa en que hay otros soldados, al regresar le llevará hasta la carretera en el trineo; allí encontrará todos los camiones que quiera. Es una locura andar por la nieve con los pies helados.

Frente a la casa, al borde de la carretera, hay una hilera de cruces. No lee los nombres, no ne-

mo tiempo, una ternura universal le domina, le ablanda.

Junto a una empalizada, los cadáveres de dos rusos medio cubiertos por la nieve. Más allá, un carro al que le falta una de las ruedas. En el lindero de un bosque, una batería española dispara continuamente; junto a las piezas, montones de vainas doradas sobre la nieve. Cerca de la batería hay una casa grande ocupada por soldados españoles. Los cristales están rotos y las ventanas tapadas con papeles y sacos. Entra un momento. No se ve nada; está oscuro. Junto al fuego, un grupo de hombres. Uno de ellos, un casi toda la nieve blanda. Se dirige hacia la tumba separada. Es imposible andar de prisa; jadea. Por fin llega; sin leer el nombre que hay en la cruz, cae de rodillas. Luego hunde el rostro en la nieve y besa la tierra helada, dura.

(Dios, Dios, ¿estará de verdad contigo?)

Se da cuenta de que se le están congelando las facciones y se levanta. Está solo, como si alrededor y dentro de él se hubiera hecho el más desolador de los vacíos. Está solo, aunque tal vez se escuchen disparos y por el camino pase un carro con una familia rusa que evacúa esta zona, que esta noche será ya el frente. Está solo, aunque los batallones rusos se hallan detenido a corta distancia. Lo peor es que está solo, fuera y dentro de sí mismo.

Coge la cruz que está en la tumba con ambas manos y tira de ella hasta arrancarla; entonces la arroja lejos, entre unos matorrales secos y medio cubiertos de nieve blanda, que al sacudirla cae. En esta cruz había un nombre: Gabriel Mendavia Arellano.

Entonces trae la otra cruz, que ha dejado allí echada sobre la nieve. Toscamente grabado hay en ella otro nombre: Gabriel Rodríguez de Pantoja y Arellano. Cuesta bastante trabajo el fijarla sobre la tierra. Apelotona nieve para que se hiele y la sostenga derecha. La casa está abandonada, sin ventanas y con la puerta abierta. Se escuchan algunos disparos por la parte del río. Pograia queda a cuatro o cinco kilómetros de la otra orilla. La defendieron como jabatos. Murió cumpliendo su deber, defendiendo esta mala tierra. Cerca de allí, en el lado de acá del río, los artilleros recién llegados limpian con palas algunas pobres trincheras que están cubiertas por la nieve. No llegan a cuarenta los hombres que van a organizar aquí la resistencia. No hay gente para cubrir los flancos. Este bosquecillo es una buena avanzada y cuarenta hombres son muchos. Desde esta altura se les ve preparar la defensa de este insignificante bosquecillo, y a los lados, la nieve desierta, inmensa. Enfrente, colosales humaredas de incendios, y lo medroso, lo desconocido. Mirando a estos hombres se ha distraído; no ha podido evitarlo. Otra vez sus ojos contemplan la cruz y el nombre, que se lee claramente: Gabriel Rodríguez de Pantoja y Arellano. Y se acerca al seto y cogiendo la otra cruz la lanza todavía más lejos, para que nadie pueda leer lo que en ella dice.



CIEN MIL BICICLETAS SALIERON DE EIBAR EN 1952

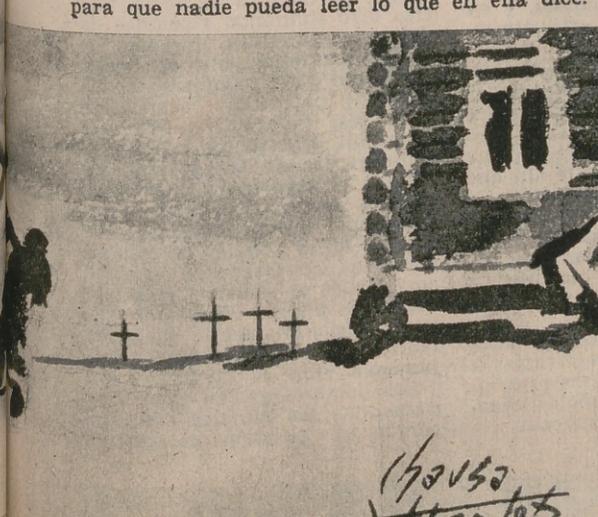
**Guipúzcoa, cuna fabril
del ciclismo español**

CUANDO uno llega a Guipúzcoa, cuna fabril del ciclismo español, piensa en cómo los trabajadores vascos —muchachos contruidos en músculos, pulmones, acero y corazón— se atreven con los imponentes puertos vascongados, de quebrado perfil y escabroso dibujo, presididos por el Aizgorri, como más crecido, y engarzados en la tradición deportiva que, en la región, marca la tenida y empinada rampa del Sollube.

El clima guipuzcoano es apacible, húmedo y lluvioso y las nubes sombrean las carreteras como mudos espectadores grises



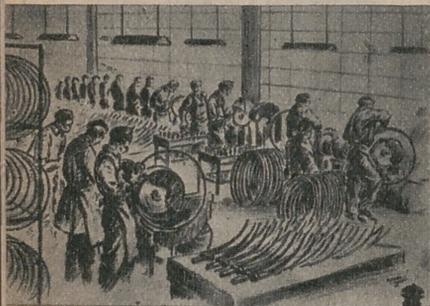
EL ESPAÑOL - Pág. 48



*1952
España*



Por todos los caminos de Guipúzcoa son frecuentes estas estampas de trabajadores en bicicleta



Dos dibujos que reflejan el ambiente de una fábrica de bicicletas de Eibar

que contemplasen una eterna prueba ciclista de escalada.

Van los ciclistas a cuerpo limpio, caballeros balanceantes sobre el artefacto velocipédico, y sus esfuerzos sobre el clásico «caballo de acero» reviven la tradición de gestas y nombres gloriosos en el ciclismo hispano. Por aquí pasaron tantos y tantos «gigantes de la ruta», que aprendieron a pedalear en estas mismas carreteras. Son los nombres de los Ezquerro, de los Trueba, ayer; de los Langaricas, de los Lizaranzu, hoy.

OPOSICIONES A ESCALADOR

Hacer ciclismo en estas tierras vascongadas, prietas y empinadas, rellenas de pendiente con fantásticos tantos por ciento descansando en los asfaltos del camino, es hacer oposiciones al número uno de escalador del Galibier, que es el puerto, por ahora, con más tradición ciclista del momento. Aquí no nacerán velocistas natos, porque la llanura —llanura, de kilómetros perdi-

dos— no existe, se desconoce. Y este ciclismo, a diferencia del de Levante, es propio, inconfundible y trepador.

Hasta 1920, España no adquiere el tino de fabricación en serie de bicicletas. Hasta entonces, algunos talleres, algunos aficionados aislados tan sólo, se dedican, con aire de artesanos puros, a pulimentar, grabar y pintar los cuadros de las bicicletas, pesados artefactos destinados a la extravagancia de los gomosos de principios de siglo.

CICLISTAS CON BIGOTE Y CAMISETA A RAYAS

Un viejo aficionado de Eibar nos contaba que, allá por el año 1880, los ciclistas que circulaban, entre lluvia y lluvia norteña, por los caminos y carreteras del país, tenían aspecto de héroes uniformados de la bicicleta. Sus grandes bigotes, sus camisetas de manga larga a rayas horizontales azules y blancas, sus ajustados pantalones de paño verde y sus botas de media caña de cuero pardo, les proporcionaban un aire especial que hoy calificaríamos de opereta o de revista. Entonces, salir en bicicleta era algo como adentrarse en el *Mare Tenebrorum* de lo desconocido. Si el valeroso caballero se decidía a efectuar un viaje de un pueblo a otro cercano, no más de treinta kilómetros, acudían a despedirle, no solamente la familia, sino los catadores de espectáculos trágicos y se hacían apuestas en el sentido de cuál sería la hora del día en que sus fuerzas no le respondiesen y cayera exhausto de su artilugio infernal.

Las máquinas, antes de la fecha señalada, se importaban de Francia, Alemania e Inglaterra y más que útil deportivo eran consideradas como verdadero medio lujoso de locomoción. De ahí que para montar en velocipedo, el non plus ultra de la elegancia ciclista, fuese necesario llevar chistera y levita, so pena de pasar por inelegante y ridículo.

Más los tiempos han corrido tanto como el desarrollo de la misma bicicleta. España produce hoy sus propios ciclos. Gracias a la técnica de los obreros españoles, las bicicletas españolas abastecen totalmente el mercado es-

pañol, se exportan al extranjero y sus modelos especiales de carreras conquistan lauro y fama en los velódromos del mundo.

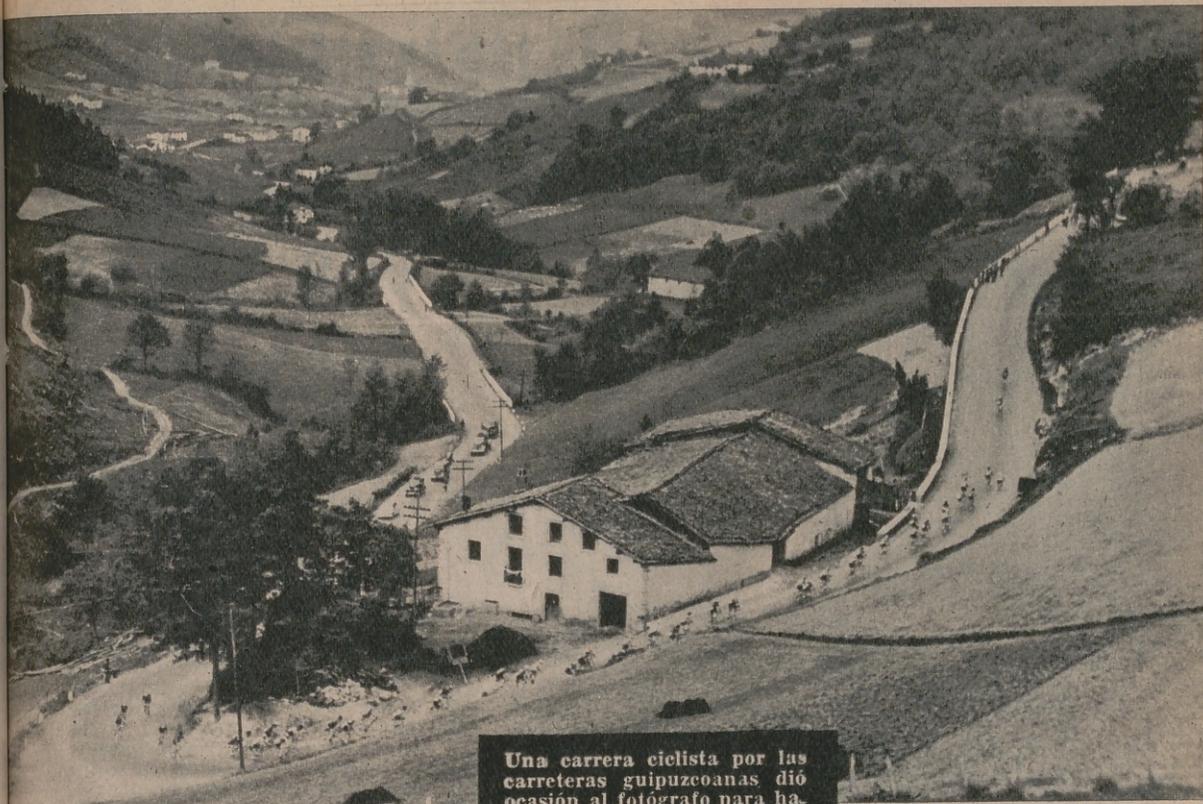
EIBAR FABRICA CIEN MIL BICICLETAS CADA AÑO

Guipúzcoa es la provincia española que han contribuido de manera más rotunda a esta elevación de número y calidad, en la fabricación de bicicletas. En el año 1940 había en España siete fábricas de bicicletas, que producían 65.000 de estos vehículos, además de un sinnúmero de piezas de repuesto. En el año 1953 hay trece fábricas con 119.379 bicicletas lanzadas a las tiendas españolas. Pues bien, de estas trece fábricas, seis son guipuzcoanas, más concretamente, de Eibar. La industriosa villa guipuzcoana ha producido, en el año último, cien mil bicicletas. Esta cifra representa el casi noventa por ciento de la producción total de España.

Eibar es, pues, una especie de pulmón industrial que introduce acero, níquel, sales de níquel y cromo, tubos de acero, neumáticos y tubulares, por unas puertas y saca, por las otras, cien mil bicicletas azules, rojas, verdes, amarillas o simplemente plateadas, dispuestas a devorar kilómetros y más kilómetros, como diría cualquier cronista de la Vuelta a Francia.

Una fábrica de bicicletas es un trasmundo en que aparecen por un lugar las ruedas dispuestas a ser colocadas en los cuadros romboidales, como ultraterrenales rosquillas radiadas; en otro, un bosque de cuernos de acero, uno tras otro simulando recuerdos de dalinianas corridas, que son los manillares faltos aún del metálico brillo que proporciona el níquelado; más allá, racimos de tubulares, atados en ramilletes de ocho mil ochocientos ochenta y ocho, esperando la colección de futuros e inoportunos pinchazos; en otra esquina —mostrador de conceptual joyería mecánica— se alinean miles y miles de collares metálicos, engrasados y armónicos, dóciles al esfuerzo, más tarde, de las piernas corredoras. Esta es, visionariamente, cualquier fábrica de bicicletas de la guipuzcoana villa de Eibar.

Los hombres gastan más bicicletas que las mujeres. Es raro porque en cuestión de gastar,



Una carrera ciclista por las carreteras guipuzcoanas dió ocasión al fotógrafo para hacer estas bellas fotografías (Fotos Marín.)

siempre creimos en la supremacía femenina.

Del centenar milenario que sale de estas seis fábricas guipuzcoanas, 68.000 bicicletas de paseo y 9.000 de carreras, van destinadas al masculino elemento; para las mujeres son veintiún mil unidades y para los niños con dos milares tienen bastante.

Es lógico, desde luego, que no todas se queden en la villa constructora. La mayoría —una mayoría casi absoluta— se van a otras provincias y muchas al extranjero. Pero por encima de estas exportaciones hay una gran verdad: España entera pedalea sobre ciclos elbarreses.

ESPAÑA HA EXPORTADO EN EL ÚLTIMO AÑO 19.669 KILOS DE BICICLETAS

La fama y el buen nombre de nuestras bicicletas han traspasado las fronteras. En una aldea de Méjico, con todas las trazas raciales que pinta en sus películas el «Indio», vive un sacerdote español. Es el padre Arregui. Esta anécdota nos la ha contado un hermano suyo que hace poco vino de allá. Nuestro buen sacerdote es español, de la provincia de Guipúzcoa. Allí una bicicleta norteamericana es más fácil de conseguir que cualquiera de otra nacionalidad. Pues bien, el padre Arregui le escribió a su hermano: «... Y cuando vengas no te olvides de traerme una bicicleta, marca... de Eibar. Para consolar almas de estos mejicanos necesito un animalejo de esos de dos ruedas. Y quiero que sea de allá, de la misma marca que cuando pequeño tú y yo subíamos las cuestas de nuestra España...»



En el último año aduanero, España ha exportado 19.669 kilogramos de bicicletas y piezas de bicicletas, por un valor de 112.440 pesetas oro, y salvo 26 kilogramos, por valor de 336 pesetas, que han sido destinadas a Andorra, el resto ha ido íntegro a Hispanoamérica. Chile ocupa el primer lugar con 6.886 kilogramos, seguido de Argentina con 5.405, Méjico con 3.225 y Bolivia con 1.700 kilogramos de bicicletas.

Por las rutas de los descubridores y por los lugares de las batallas de la conquista, bicicletas españolas ruedan orgullosas de su estirpe.

34.176 BICICLETAS POR LAS CARRETERAS GUIPUZCOANAS

«Cuando se emprende una excursión en bicicleta es necesario llevar consigo un farol, una bomba, un neumático, una camisa de dormir (de seda), medias y pañuelos, una camiseta, un revólver y un mapa. Es práctico llevar varios botones y el dinero y el reloj en un cinturón, al cual

irá sujeto la pistola o revólver. No deben recorrerse más de 150 kilómetros por día en terreno llano ni a más velocidad de 15 kilómetros por hora.»

He aquí los sabios consejos que una conocida y voluminosa enciclopedia dedica a los «aventureros» que se deciden a correr en tales vehículos. No sabemos si los propietarios de las 34.176 bicicletas que hay en toda la provincia guipuzcoana se han enterado de estas instrucciones. Tampoco sabemos si los técnicos encargados de la fabricación de tales vehículos han podido apreciar lo peligroso y mortífero de sus productos. Mas lo cierto es que ellos, sin hacer caso de los sabios consejos, han duplicado la producción de bicicletas. De las cincuenta y cinco mil bicicletas elbarresas del año 1940 hemos llegado a este orgulloso número: cien mil. Doscientas mil ruedas guipuzcoanas, cada año, en las carreteras, calles y caminos de España y del mundo.

José María DELEYTO

MIENTRAS DISPAN

A TIRO LIMPIO POR EL CAMPEONATO INDIVIDUAL

EL TRIUNFO DE ITALIA

plato se recorta en el cielo y se ve estallar a minúsculos pedazos cuando la perdigonada ha sido buena. Una terraza cubierta, donde los confortables sillones abundan, y otra descubierta, excelente para tomar el sol mediterráneo invernal si soplan vientos favorables, invitan a contemplar el espectáculo de las escopetas pegando latigazos al aire, en un juego de habilidad y destreza.

Los mismos extranjeros han elogiado la situación, cuidado e instalaciones de la entidad organizadora, que honran realmente la actividad deportiva del país.

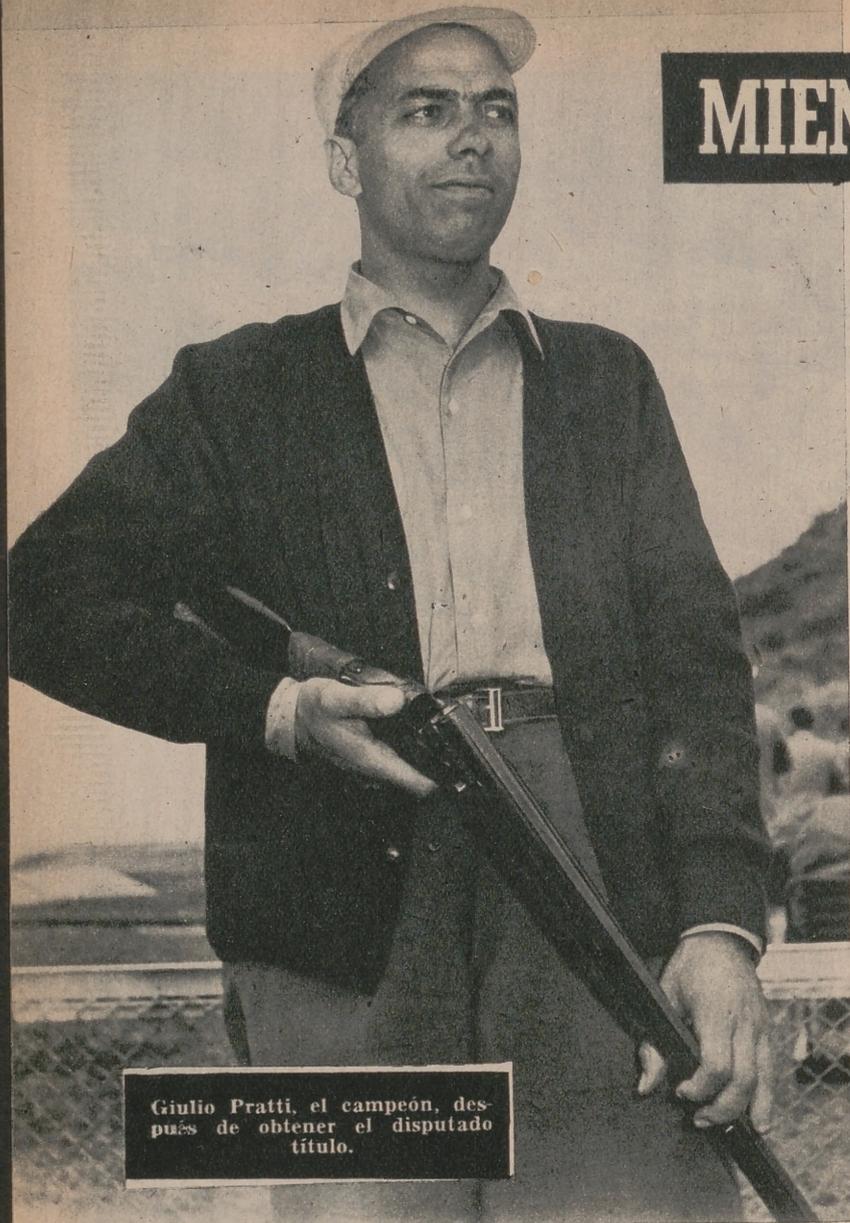
EL TRIUNFO DE ITALIA NO SORPRENDIÓ

Explican que el tiro al plato nació de las cacerías fiacas. Fatigados de andar y de ahorrar la pólvora—cuando, en definitiva, el placer del cazador está más en tirar que en las piezas cobradas—, dicen que los cazadores echaban sus gorras al aire y las perseguían con sus armas. Aunque se agujerearan, la satisfacción compensaba el gusto. Otros dicen que este deporte nació en Italia. La verdad es que en Italia se practica extraordinariamente y tiene equipos de tiradores de primerísima categoría.

Por ello el triunfo italiano no sorprendió. Su preparación es magnífica, y la experiencia acumulada en los concursos internacionales, pues concurren a todos, tenía que servirles para hacer el excelente papel que han hecho en el primer Campeonato de Europa celebrado en nuestra Patria.

EL SECRETO DE SIEMPRE: LA PREPARACION

El tiro al plato en España está un poco en el «Narrow». Los esfuerzos son todavía un poco anárquicos, de simple arrebató. El tirador que sale bueno es por serlo químicamente puro, no porque siga un método de entrenamiento ni unas fórmulas de éxito. Pero existe un deseo de progresar, y así no extraña que los aficionados verdaderos se hayan preocupado en buscar el secreto del éxito italiano, analizando su preparación hasta la última consecuencia. Las escopetas jóvenes son las que más interés han demostrado en este aspecto y hoy cualquiera de ellos puede desmenuzar la téc-



Giulio Pratti, el campeón, después de obtener el disputado título.

DURANTE los días 9, 10, 11 y 12 del actual mes de julio se ha celebrado en Barcelona el Campeonato individual de Europa de tiro al plato. Las mejores escopetas del Continente especializadas en el difícil arte de partir en el aire el frágil disco de alquitrán y arena se han reunido en el magnífico campo de tiro que posee la Sociedad de Tiro de Pichón de Barcelona en la ladera de la montaña de Montjuich que mira al mar.

Ochenta tiradores de España, Italia, Portugal, Francia, Turquía, Mónaco y otras naciones se han disputado a escopetazo limpio el Campeonato y las 100.000 pesetas que sumaban los diversos premios establecidos.

Los maestros de este deporte, de vista, serenidad y pulso, cuyo esfuerzo estriba en eliminar el esfuerzo, controlando el humanísimo impulso del batacazo, para mantener el aplomo, que es el secreto del éxito, han tirado, durante los cuatro días que ha durado la competición, doscientos tiros cada uno. En los cerros, o sea los platos fallados en los dos tiros que está permitido tirar a cada plato, se matiza el valor de cada uno. En estos Campeonatos de Europa se ha ido desde 11 ce-

ros sobre 225 platos, el vencedor, a 38 cerros sobre 50, el último clasificado. Ciertamente una enorme distancia.

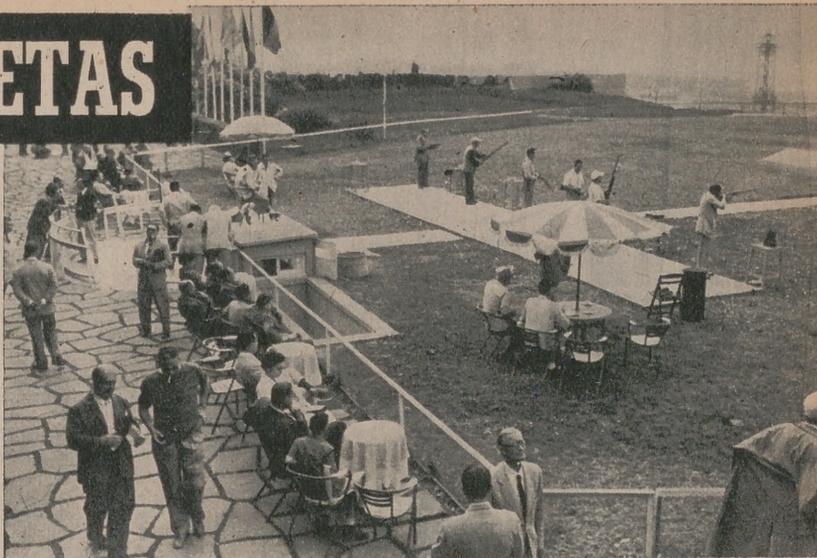
DISPAROS SOBRE EL CESPED

Aquí, en España, podremos tener otros defectos; pero cuando aceptamos la responsabilidad de una organización ponemos, materialmente, el resto. Cuando la F. I. T. A. S. C. (Federation International de Tir aux Armes Sportives de Chasse) recogió el ofrecimiento de la Federación Española y encargó a la misma el montaje del Campeonato de Europa, la entidad elegida fué la Sociedad Española de Tiro de Pichón, que preside un abnegado deportista barcelonés, entusiasta y magnífico organizador: don Rosendo Feitz. Aunque la entidad había realizado una labor magnífica hasta el momento del encargo, consideró de poca talla internacional sus instalaciones y las mejoró de tal modo que las convirtió en una de las mejores de Europa.

El lugar es magnífico. Un campo de césped, que en este tiempo decoran las campanillas y las margaritas silvestres, con el cielo como único fondo. La visibilidad para los tiradores es perfecta. El

AN LAS ESCOPETAS

ORAS EL PLATO PNATO DE EUROPA TA NO SORPRENDIO



nica y el cuidado de los triunfadores.

Los italianos empiezan por los cartuchos. Son rápidos y de amplio plumeo. Los tiradores nuestros dicen que en España no existen cartuchos aptos para tirar al plato. Controlan tanto este aspecto, que cuando la escopeta se calienta cambian de cartucho, utilizando otra clase que encaja más con el estado del arma. Antes de tirar preguntan al Servicio Meteorológico el grado de humedad, pues tiene que ver con la pólvora, y usan el tipo que conviene al estado del ambiente. Su preparación se ha hecho con máquinas lanzaplatos más rápidas, dándoles una ventaja de reflejos en las tiradas con máquinas más lentas. Llevan médico y maestro armero propios. Siguen un régimen de vida adecuado—uno de los concursantes como almuerzo tomó exclusivamente un vaso de jugo de naranja y cinco terrones de azúcar—. Pagando los gastos la Federación Italiana y siendo para ellos los premios en metálico que obtienen, toman parte en todos los concursos internacionales. Llevan escopetas con los dos cañones superpuestos, con todas sus ventajas, etc.

Naturalmente que esta actividad tan extensa y las circunstancias que la rodean—gastos pagados y premios en metálico limpios ha hecho mencionar a más

Los italianos felicitan al vencedor, besándole ruidosamente en las mejillas. La alegría por el triunfo se tradujo en un osculeo colectivo de mayor cuantía.



de un tirador español con temperamento la expresión «amateurismo marrón». Ciertamente, su aplomo es de confesionales, ligeramente de «Harlem Globe Trotters» de la escopeta. Su perfección no está al alcance del tirador auténticamente aficionado, que roba horas al trabajo y al descanso para gastar cartuchos.

¡SILENCIO, POR FAVOR!

Auténticos aficionados de un deporte caro—mientras el suelo iba poblándose de cartuchos vacíos calculaba mentalmente el coste del Campeonato, sobre la base de que cada disparo valía entre tres pesetas que cuesta un cartucho vulgar y nueve o diez que cuesta un rémington—, nues-

tros tiradores han hecho un excelente papel. Ellos mismos confiesan que el deporte no está demasiado arraigado. Dicen que nos encanta en exceso ganar y que para satisfacer la ilusión de coleccionar copas se han inventado las pruebas «handicap», que destruyen el deporte. Pero en los Campeonatos han participado con un alto espíritu de competición, prestando el calor de su entusiasmo y de su patriotismo. Han conseguido los lugares 10, 11 y 14 tres jóvenes tiradores: Vinyals, Vallés y Mascort.

Comparados con los italianos, nuestros aficionados se divierten en el juego, mientras los otros lo rodean de una extraordinaria gravedad. En los entrenamientos nuestras escopetas tiraban sus perdigonadas con la juvenil y eufórica alegría que da la pólvora. Los italianos, que también se entrenaban, les advirtieron muy serios que guardaran silencio:

—Por favor—dijeron—, ¡que estamos entrenándonos!

A pesar de todo, además del excelente papel de la organización, lo hicieron deportivamente. Con sus escopetas puestas al servicio del buen nombre de España, los tiradores que nos representaron, desde los sesenta años de mayor a los quince del más joven pusieron en la contienda e:



Los tres españoles mejor clasificados. De izquierda a derecha: De Vallés, Vinyals y Mascort, que ocuparon los lugares 11, 10 y 14, respectivamente.



Los tiradores en plena acción. En el suelo, una auténtica fortuna en cartuchos.

rriblemente sereno, tener una rapidez de reflejos extraordinaria y una capacidad de abstracción sensacional.

En el tirador juegan el corazón, el cerebro y el dedo, completamente sincronizados. Es indispensable, pues, practicar estos tres importantes elementos de éxito.

UNA COMPETICION «DE CINE»

El domingo a las siete de la tarde todavía no había campeón. Durante cuatro días se habían sucedido las escuadras de tiro acumulando ceros y situándose en la clasificación. Quedaban empatados para el primer lugar los italianos Pratti y Rossini. Era indispensable hacer el desempate. El crepúsculo iba agrisando la tarde y en el campo de tiro, encarrado a Oriente, la luz tenía una maravillosa uniformidad.

La lucha entre dos hombres, con carácter decisivo, tiene siempre algo de dramático. Pratti y Rossini, con un pulso fantástico, una serenidad admirable, iban desmenuzando en el aire los platos. Chasqueaban los escopetazos y a cada disparo estallaban en cien pedazos los discos. El mayor silencio rodeaba la angustiosa y opresiva lucha de las dos escopetas. A cada fallo—y se realizaban alternadamente—surgía un suspiro de los espectadores. Al fin Pratti consiguió el título, con dos ceros sobre veinticinco disparos, contra tres su enemigo y compatriota.

PRATTI, CAMPEON SILENCIOSO

Pratti es un hombre serio, austero de palabras y de gestos, de grave continente. Parece, incluso, que esta sobriedad expresiva obedece a una indomitable timidez. Curtido por el sol de cien concursos, con el pelo gris sin escándalo, de un gris moderado de cuarentón escaso.

Hablar con el campeón de Europa es un problema. Da a luz las palabras con cesárea. A duras penas pudimos arrancarle manifestara su satisfacción por el triunfo. O le parecía muy natural o estaba muy sorprendido. Que todo podía significar aquel rostro imperturbable de tirador de primera.

Manuel IBANEZ ESCOFET



Pratti, hablando con nuestro colaborador, hace un esfuerzo y sonríe.

mayor empeño. Que no fué escaso.

LA PASION DE LAS ARMAS

El tirador posee su mundo interior propio. La pasión de la pólvora muerde al que deja dominarse por la belleza del deporte. Por ello es supersticioso, tiene sus manías y preocupaciones, se crea un evangelio particular sobre la escopeta y la puntería. Toma vitaminas C y fósforo, descansa muchas horas antes de las competiciones, no come, bebe y fuma poco. Hasta llega a fabricarse sus cartuchos. ¿La compensación? Dejemos la palabra a un tirador, al segundo español clasificado, Agustín de Vallés y de Prat:

—Tirar y dar en el blanco es causa de un gran placer. Una sensación de poder te embarga. Es extraordinario saber que a distancia dominas un objeto. Esta obsesión de sentirse poderoso es

muy humana y llega a emborrachar. Así pasas horas y horas tirando, sintiendo cómo el progreso te hace aún más potente. Acaso tiene algo de locura, pero es de una gran belleza.

El tirador surge de la práctica; pero ha de tener unas condiciones naturales precisas, que acaso podrá adquirir con un violento dominio de la voluntad, aunque es ya más difícil. Ha de ser te-

Acaba de aparecer el

“ANUARIO DE LA PRENSA ESPAÑOLA”

Contiene infinidad de datos sobre todos los periódicos diarios de España y “Hojas del Lunes”.



UN MUNDO VOLANTE A TRAVES DE EUROPA

EL VIAJERO TRAS SU MALETA

EL turismo, en su forma actual, con desplazamientos periódicos de miles de viajeros canalizados a través de las agencias de viajes, es un fenómeno reciente. Nace poco antes de nuestro siglo y se desarrolla y aumenta al par que crecen y se multiplican los medios y las vías de comunicación, pese a que se multipliquen y aumenten, al mismo tiempo, en todo el mundo, las dificultades para cruzar las fronteras.

A principios del siglo XIX apenas había otro turismo que el representado por el viajero particular. Turismo de excepción, provocado por un viaje singular de exploración política o una romántica excursión de algún personaje también romántico y excepcional, como Alejandro Dumas, que visita España en la época de las bodas de Isabel II, o Teófilo Gautier, lanzado por los caminos de carretas y las aspérras serranías y captar el «color local» y ver bailar seguidillas, a la luz de un castizo candil, en los figones sevillanos:

*Aux vieux remparts de Sevilla
chez mon ami Lilas Pastiá,
nous dancerons la seguidille
nou sbouverons manzanilla.*

El sorprendente nombre de don Lilas, su extraordinario apellido, calculado para la rebuscada rima y esa jocosidad «manzanilla», revelan la visión superficial y panderetera que del ambiente pintoresco

de España se llevaban los turistas franceses de hace un siglo.

¿Qué idea de España se formarían los extranjeros leyendo las estampas viajeras de Gautier?

Seguramente una no muy exacta, pero sí suficientemente sugestiva para despertar ganas de visitarla y beber manzanilla «chez l'ami Lilas Pastiá».

Durante muchos años el visitar España significaba casi una aventura. Gautier temía, y hasta deseaba, ver aparecer en cualquier revuelta los bandoleros que, trabuco en mano, detuviesen la diligencia. Cuenta sabrosos anécdotas, que asustaban a los burgueses pacíficos de su tiempo y les quitaban la gana de venir. Gautier es la leyenda negra de nuestro turismo.

El turismo moderno está mejor orientado, pese a que las guías de viajeros, con el clásico *Baedeker* en cabeza, toquen también, a ratos, la pandereta de Gautier.

Así, gracias al *Baedeker*, a partir de 1900, los turistas de lengua francesa saben que en España «es conveniente vestir de franela, incluso en verano» (para no resfriarse), y llevar en el equipaje una pequeña farmacia portátil, porque «las farmacias españolas componen los medicamentos de modo distinto que en Francia».

Y según una guía española reciente—¡que de todo hay, Señor!—, para visitar el Palacio de Oriente «se requiere un permiso especial».



Hay muchas maneras de practicar el turismo. Una de ellas puede ser la de este alemán, que tiene el propósito de dar la vuelta al mundo —todo por una apuesta de mil marcos— tirando de un cochecito de niño.

**¡HAGA USTED LA MALETA!
NO LE FALTAN MOTIVOS**

Los estudiosos de la ciencia geopolítica han investigado y clasificado las razones por las que el hombre viaja.

El resultado es alentador. Entre los países próximos o vecinos

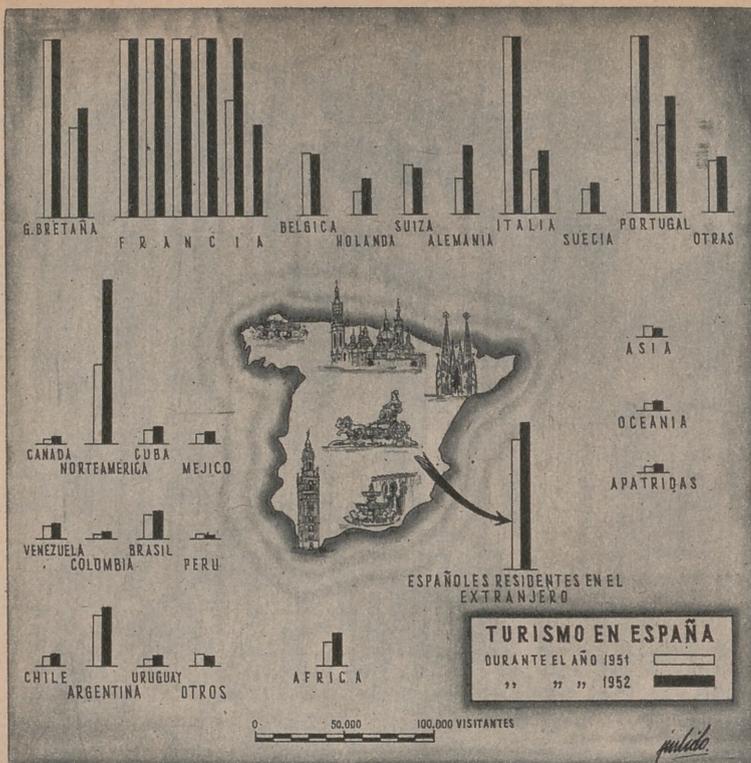


Gráfico de turistas que han visitado España en los años 1951 y 52

se establece el turismo por la razón geográfica de la proximidad, la facilidad económica del transporte y la semejanza psicológica y cultural. Entre los países alejados, por «ensanchar horizontes», por el prestigio de lo exótico y la curiosidad que despierta lo lejano.

Los países de gran pasado histórico universal atraen a los turistas por sus monumentos y sus reliquias artísticas, caso de Italia y España. Los de bella orografía, por la hermosura de sus paisajes, aunque, según los expertos, esta razón sólo opera entre países próximos. Como ejemplo citan el Canadá, que durante los dos últimos años ha re-

cibido de los turistas norteamericanos, sus vecinos, un rendimiento económico de 225 millones de dólares: la misma cantidad que toda Europa en 1950.

Otra poderosa razón para desplazarse se encuentra en la correlación cultural entre el país de origen del viajero y el país que visita. Impulsados por ella, los sudamericanos vienen, un día u otro, a España.

Finalmente, quedan todas las secretas motivaciones individuales del viajero: desde las simples vacaciones, hasta la cura de aguas, contando además con el anzuelo psicológico de una frase en la que se ha resumido todo un ideal de belleza, o se ha con-

densado un natural impulso de evasión hacia la fantasía. Sí; también una frase puede empujarnos un día a hacer las maletas y embarcar con destino a un punto raro de la tierra.

Sinclair Lewis relata el caso de un norteamericano medio que ha leído, en algún libro, la frase «la ruta dorada de Samarkanda». La frase le ha sonado bien y se ha quedado con ella dentro. La palabra con la imaginación—«la ruta dorada de Samarkanda»—y llega a significar para él un «slogán» íntimo de las bellezas maravillosas del Oriente. Y un buen día parte. Y llega, por fin, a Samarkanda: un sendero polvoriento y desierto, salpicado a trechos por los desperdicios, de todo género, de las caravanas de camellos.

¡Hay tantas razones para hacer las maletas!

HUESPEDES DE PAGO

Todas estas motivaciones e impulsos viajeros originan «corrientes» turísticas internacionales, condicionadas e influidas por la potencia económica de cada país, por la posibilidad de gastos de cada pueblo.

En general «los países ricos visitan a los países pobres. No sólo por la simple razón de que su mejor nivel económico les permite sufragar los gastos que ocasiona el desplazamiento turístico, sino porque a la mayor riqueza va unida siempre un clima cultural más elevado, que despierta la curiosidad hacia otros ambientes y otros centros de cultura.

Por el juego de las corrientes turísticas pueden clasificarse los países en dos grandes categorías: países de los que salen proyectados los viajeros, a los que por la claridad y grafismo de la expresión se llama «países clientes», y los que reciben a los viajeros y se benefician económicamente de su visita. Durante los años finales del siglo XIX y las tres primeras décadas del XX Inglaterra ha sido el país «cliente» de todos los demás. En todas partes, en el Cercano y en el Lejano Oriente, en Francia, en Italia, en España, en América, en todos los balnearios y playas de Europa se encontraban turistas y viajeros ingleses.

Hay el viajero «cliente universal» es el norteamericano. América lanza su turismo hacia Europa, y dentro de esta el Norte desplaza sus turistas hacia los países del Sur.

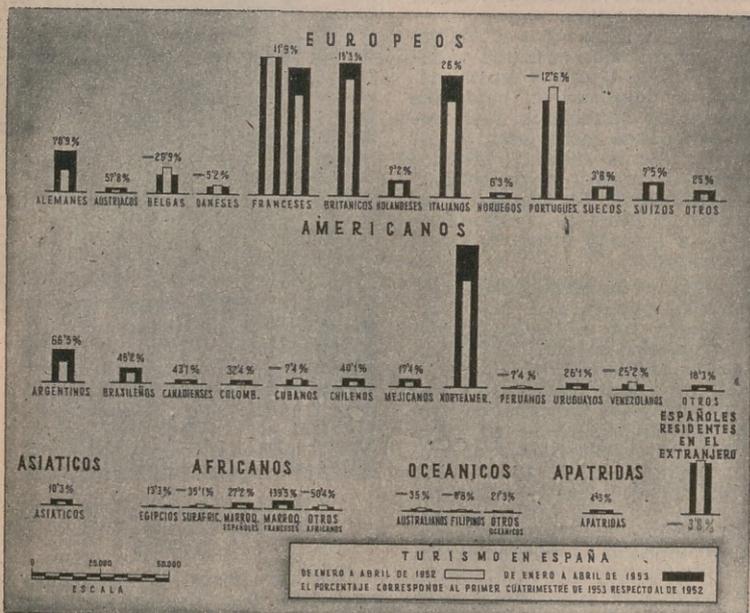
Se cumple, por lo tanto, en el turismo, la regla de la caridad: los ricos visitan a los pobres.

Y estos huéspedes ricos pagan sus vacaciones en los viejos países cargados de historia, como pagan los invitados en los viejos castillos ingleses cargados de fantasmás y ¡ay! de deudas.

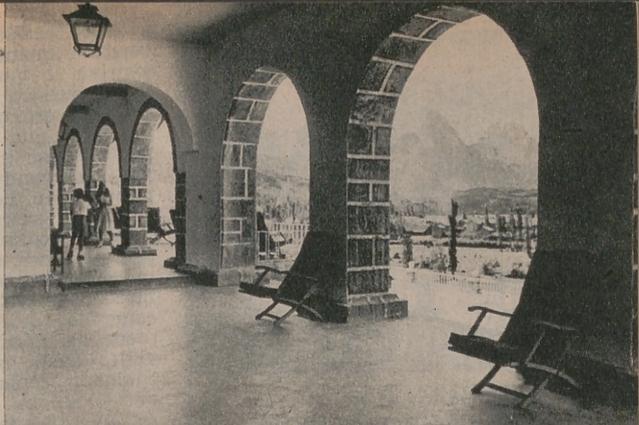
EL TURISMO, FIESTA NACIONAL DE SUIZA

El turista y los relojes son los dos grandes ingresos de Suiza. Su puesto de privilegio, compartiendo la primacía turística con Italia, obliga al turista a pagar precios de lujo.

Suiza ofrece en sus paisajes algo así como una póliza de seguro de salud. Es una verdadera concentración de estaciones de



1953. Turistas que han pasado por nuestra Patria hasta final de abril



A la izquierda: Parador de Gil Blas, en Santillana del Mar.—A la derecha: Parador de Riaño, en León.

deporte invernal, donde van a dejar el sobrante de sus fuerzas los más audaces deportistas de Europa.

La salud acecha en todas partes. Desde que Koch, al descubrir su bacilo, dió el golpe publicitario más audaz y más difundido del romanticismo, surgieron en las montañas los pabellones donde esperan tantos desesperados. Thoman Mann acertó con el título alucinante de su voluminosa novela. La «Montaña mágica» es la nueva ruta del romanticismo, que abandona los garitos y trepa a las alturas buscando aire.

Y cuando Europa se pone enferma, Suiza sigue ofreciendo la Cruz Roja de su hospitalidad. Todo funciona en ella con la precisión de sus mejores cronómetros. El turismo disminuyó durante la guerra; pero el ciudadano suizo, fiel a sus principios y consciente de su patriótico deber, ocupó las vacantes que dejaron los extranjeros. Existe entre los cantones de la Confederación una forma especial de turismo interior. No hacen falta extranjeros para llenar los paradores y admirar los lagos. El turismo es, en Suiza, la fiesta nacional. Turismo de lujo que le produce saludables y saneados beneficios.

ITALIA, ATRACCION DE LOS DOLARES

Italia es el país donde gozan los ojos. Después del colapso de la contienda europea ha vuelto a encabezar, con Suiza, a todas las naciones receptoras de turismo: 3.500.000 de promedio anual.

Italia ha mantenido y ha plasmado en un arte nuevo toda la solera de su arte viejo. Ha hecho «cine» de su paisaje y de su pintura. Ha sacado de los colores suaves de sus primitivos el «filtro rojo» que da expresión y realidad a las figuras vivas de sus pantallas. Ha paseado los nuevos idilios por las piedras viejas de sus monumentos. Por eso, mientras los turistas europeos emplezan a desviar hacia España su atención, la fuerza nueva de Italia atrae los dólares de miles de americanos, que llegan deslumbrados por la luz de los focos de «Cine-Cittá». Hollywood necesita temas nuevos, luces nuevas, paisajes nuevos, y las cámaras americanas emplezan a orientarse hacia Italia. Y con ellas, el público yanqui.

EL RECLAMO DE LAS BARBAS

En los últimos años descienden las curvas estadísticas del turismo en Francia. Desde que las

mallas negras del «Folies» dejaron de ser interesantes, Francia ensayó una especie de reclamo turístico, que podríamos llamar literario. Frente a las catacumbas romanas y el espoliado esqueleto del Partenón, exhibe, con picardía de «cocotte», una avanzada de barbas existencialistas crecidas en todos los artistas de Montparnase y Montmartre.

En 1927 más de medio millón de españoles pasaron los Pirineos camino de la loca diversión de París. En los últimos años apenas son diez mil los que se deciden a comprobar por sí mismos, los excesos capilares de los seguidores de Sartre. Indudablemente la angustia literaria es menos atractiva que la picardía de las mallas negras.

A los norteamericanos no les divierte mucho, y en los dos últimos años han empezado a pasar de largo hacia las cuevas del Sacromonte.

Los turistas ingleses son los que con más insistencia siguen recorriendo las carreteras de Francia. Pero la proximidad tiene también sus inconvenientes. Hace el turismo más barato. De esa manera la calidad económica del visitante inglés va decreciendo al tiempo que aumenta en cantidad. Parece ser que una vez descubierta Francia por los aristócratas, la clase media se decide a cruzar el canal. Es la «rebelión de las masas»...

UN TESORO A INTERES COMPUESTO

España es una encrucijada. A pesar de la prodigiosa obra de ingeniería de Hércules al romper de un manotazo el Estrecho, España siguió siendo un cruce de caminos. Encrucijada de razas orientales que se lanzan sobre Europa. Desde que el primer fenicio desembarcó en Levante con miras poco turísticas, más bien comerciales, hasta el «costellation» que hace escala en Barajas con los motores trepidantes, reposando para volar hacia El Cairo, España ha sido el estribo de Europa. Estratégicamente codiciada en las conflagraciones europeas, lo mismo en las guerras púnicas que en la campaña de Rommel, es también paso casi obligado del turista americano que viene a ver la torre Eiffel—primer

La torre Eiffel, de París, es el lugar más concurrido por los turistas.



Turismo en Italia. Fiestas en Arezzo.



Parejas de baile ataviadas con el típico traje regional de Capri (Italia).





Interior del albergue de carretera en Manzanares (Ciudad Real).

monumento surrealista — y contempla de paso la Giralda—último recuerdo del Oriente en Europa—.

Toda la leyenda y toda la Historia está pesando en el turista de la camisa de cuadros que viene a buscar ese cruce de razas en el cimbrear de una gitana y en el repique de los «palillos» y en el lamento de la «media» granadina. España es un tesoro de sentido humano colocado a interés compuesto por el tiempo almacenado a distancia de siglos, que tiene que empezar a rendir cuentas.

Las posibilidades turísticas de España alcanzan cada día mayor amplitud. Una visita a España puede orientarse y planearse bajo infinitos puntos de vista. Desde el turista arqueológico que recorre las rutas de España retratando catedrales y visitando monumentos hasta el fino psicólogo que presencia los juegos de los niños que cantan al corro viejos romances, pasando por el admirador de toreros, degustador de folklore o simple, acompañante de bellezas meridionales, consumidor insaciable de manzanilla.

En España se ha orientado con habilidad e inteligencia la diversa gama de sus rutas en un sentido que las hace más cómodas y agradables, al tiempo que enseñan desde un punto de vista histórico y artístico la añeja realidad de nuestros pueblos.

VACACIONES SIN CARTERA, VACACIONES PERDIDAS

En el año 1952 entraron en España 1.405.248 turistas con pasaporte y sin él. Esta cifra, antes de la guerra de Liberación, sólo hubiese sido posible en las visiones de algún Don Quijote de las agencias de viajes. Actualmente no hace falta ser profeta para prever más de dos millones y medio en el futuro año 1957. Es ahora cuando España empieza a desarrollar todas sus atractivas posibilidades, reducidas antaño a la explotación eventual de un tipismo que casi asustaba por las incomodidades de los hoteles y los renqueantes ferrocarriles. Gracias al D. D. T. ya no podría ese viajero inglés hablar de que España, más que el país de los toros, es la patria de las moscas. De ocupar un décimo lugar entre las naciones receptoras de turismo ha saltado en poco tiempo a ser el cuarto, detrás de Italia, Francia y Suiza.

No se revela ningún secreto al asegurar que el turismo es una fuente de divisas saneada y envidiable para cualquier economía. El volumen total de las cambiadas en España en 1951 asciende

a 1.062.659.066,91 pesetas. Cifra verdaderamente astronómica, que expresa lo que pueden significar para nuestra economía, en un futuro próximo los extraños atuidos que circulan estos días por las vías madrileñas. Además, por este conducto retorna a España parte de las pesetas emigradas al extranjero. Todo viajero está autorizado a traer su cartera abultada con diez billetes de mil. Un dinero que se reparte en nuestros hoteles, ferrocarriles y comercios de objetos típicos, que todos los años emprenden largos viajes hasta reposar exilados en cualquier repisa de quién sabe qué «boudoir». Junto con las naranjas valencianas y los tomates canarios, España exporta toreros de trapo y polveras con dibujos de engalanadas gitanas.

Nadie sospecha ya que pueda perder sus vacaciones solamente por no colgar un «Kodak» de su hombro. Hace falta, además, que la «Kodak» tire unas placas en una corrida de toros en la Maestranza o en una zambra en el Sacromonte.

DOS MILLONES DE TURISTAS

Padecemos actualmente un déficit hotelero. Sería precisa una capacidad de alojamiento para los dos millones de turistas que en los años próximos pasarán por nuestras fronteras.

En agosto de 1951—el mes que marca el máximo en la afluencia de turistas—entraron en España 138.833 viajeros, que al cálculo de siete días, ocuparon 34.708 camas de nuestros hoteles y hospederías. Para los dos millones de turistas sería precisa la instalación de 87.500, con un mínimo de setenta mil habitaciones.

Es preciso que las ventas, mal surtidas de cecina, de nuestra picaresca, se transformen en hoteles lujosos y cómodos. Para eso la Dirección General de Turismo, de acuerdo con el Sindicato Nacional de Hostelería, está desarrollando un vasto plan de mejoras que colmen las futuras necesidades.

Actualmente se dispone de 54.891 habitaciones con 57.846 camas, a las que pronto se podrá añadir 1.989 ya en construcción. Y aun contando con la incorporación de 2.630 habitaciones en proyecto, sólo llegaría a 60.000 alojamientos.

El déficit queda patente si se piensa que el alojamiento de dos millones de turistas de aquí a dos años supondría más de 87.000 alojamientos.

Entre otros proyectos está actualmente en estudio la implantación de un crédito hotelero de 300 millones de pesetas para la construcción de nuevos edificios. Es un dinero que proporcionará nuevas divisas y que será una garantía más para la comodidad de nuestros visitantes.

Fernández Flórez distinguía la categoría de los hoteles por la eficiencia de sus saleros. El turista yanqui juzga por el agua helada y la rapidez en el servicio. Todo hay que tenerlo en cuenta.

NEGOCIO DE COOPERACION

Lo que empezó por ser consecuencia natural, tanto de las di-

ferencias económicas de los países como de la diversidad de climas, costumbres y tradiciones, ha adquirido hoy en día un volumen y una trascendencia que puede llegar a provocar oscilaciones en una balanza de cambios internacionales. Las comodidades del transporte y, en general, escasez que anima a los hombres por todo lo nuevo, ha movilizó grupos de turistas que arrastran consigo masas considerables de dinero.

El turismo ya no puede ser algo eventual y pintoresco. Es actualmente un negocio. El negocio perfecto de la colaboración de todo un país frente a la curiosidad de sus vecinos.

Es preciso encauzar esas masas de viajeros. Hay que enseñarlos, llamarlos, convencerlos.

El presidente de la Comisión Europea de Turismo en Nueva York se ha dirigido al secretario de la Organización para la Cooperación Económica Europea a fin de reclamar un crédito de cien millones de dólares de la citada Comisión, para desarrollar en Norteamérica una amplia campaña publicitaria anunciando las excelencias turísticas de Europa.

El gran «cliente universal» está apenas explotado en este sentido. Europa parece avara de su propaganda. Tres millones de dólares gastaron en junto los países europeos para su propaganda en América. Cifra misera si se compara con los 225 que en el año anterior habían dejado en Europa los turistas yanquis.

Pese a ello, cada año son más los que se desplazan al Viejo Continente, aunque las islas Haway, que distan más que Europa del este americano, emplean un dólar por habitante en su propaganda de turismo. A Europa, en cambio, le bastaría con dos centavos de dólar por individuo para cubrir de forma suficiente y razonable las conveniencias de su propaganda en América.

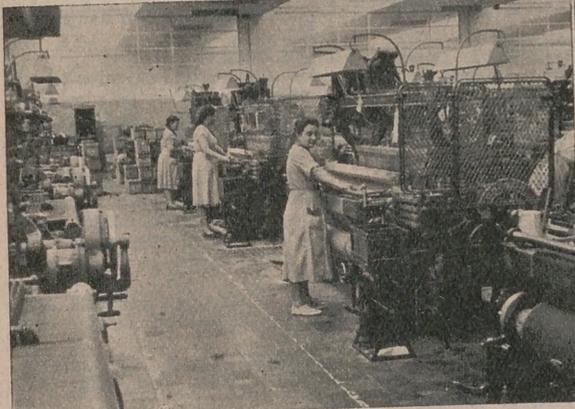
El turista yanqui no se localiza únicamente entre las clases económicamente fuertes. Últimamente—también la «rebelión de las masas» obtienen pasaporte para Europa miles de individuos de la clase media. Terreno abonado para cualquier clase de propaganda sistemática e insistente.

La atracción casi sugestiva que ejerce sobre el hombre medio este tipo de anuncio a base de «slogan» repetido una y otra vez es muy superior a cualquier otro tipo de propaganda gratuita—más discreta, pero más incómoda—desarrollada en forma de ensayos, libros, artículos... Esta requiere el esfuerzo de leerlos. Y el anuncio pagado, molesto a veces para el individuo aislado, resulta en la masa de una abrumadora eficacia. Es algo que se infiltra, que empapa insensible y secretamente hasta llegar a constituir una segunda naturaleza.

Cualquier incremento en los gastos de publicidad turística reportaría automáticamente un incremento de divisas apreciable en la economía nacional.

(En este reportaje han intervenido Ricardo Majó Framis y José María Ricón.)

UN CORAZON
INDUSTRIAL
SIN LATIDO
DE VERANO



SABADELL
CELEBRA
SUS
VACACIONES

DURANTE QUINCE DIAS LAS FABRICAS
PERMANECERAN PARADAS Y LA CIUDAD
SERA MATERIALMENTE ABANDONADA

Las dos ciudades de Sabadell y Tarrasa están enclavadas en la zona geográfica española en la que se da un más alto promedio de millonarios por metro cuadrado. Si fuéramos a mirar, en los quinientos y pico mil kilómetros cuadrados que tiene España, qué zona es la que se muestra más propicia a la cría del millonario es casi seguro que el cálculo y la comprobación nos llevarían a Sabadell y Tarrasa. Dejemos aparte las concentraciones temporales de millonarios que pueda haber en la Concha de San Sebastián o en las carreras de caballos de Puerta Hierro para fijarnos en lo permanente de los lugares de trabajo y los invernaderos multimillonarios y en la densidad de los capitanes de industria que en tales lugares hay por metro cuadrado.

**¡METROS, METROS!
QUIERE DECIR ¡PRODU-
CIR, PRODUCIR!**

Y ya que hablamos del metro (de la diez millonésima parte de un cuadrante del meridiano terrestre y no de ese ferrocarril subterráneo que llega a Sabadell y Tarrasa por la superficie) tenemos que decir que el metro ha encontrado en Tarrasa y Sabadell dos poblaciones en las que ha podido aclimatarse tan bien

y donde se le ha hecho tanto caso que el metro substituyó la antigua «cana» para convertirse en simbolo de moderna productividad. Si hubiera una frase que pudiese representar, totalmente, la fiebre industrial de los telares y el afán productivo del fabricante sería precisamente la de «¡metros, metros!».

Pero ese grito, que en la industria textil significa lo mismo al de «¡producir, producir!», aplicable a un tipo más general de actividades, no es en detrimento de la calidad, sino que significa que el valor económico del tiempo, una vez perdido, es de muy difícil recuperación, y tanto Sabadell como Tarrasa son poblaciones donde el tiempo se aprovecha en todo su valor.

Sí; se aprovecha el tiempo, pero no es verdad que hasta en la iglesia se hable allí de cuestiones textiles. Quienes han afirmado que los fabricantes, los viajantes y representantes hablan hasta durante el santo sacrificio de la misa de precios, fibras y tejidos, y de que hasta allí se «aprovecha» el tiempo para hacer compatible el valor de lo santo con el valor de la útil cometieron una exageración imperdonable. No es cierto que en Sabadell o Tarrasa se oigan, en misa, expresiones extrañas a la liturgia.

Y TAMBIEN DEPORTE

No es aquello cierto, igual que no lo es el que esas poblaciones textiles no contribuyan en lo debido a las artes y a las letras, a las manifestaciones de cultura y a la expansión del espíritu. La afición a la pintura, al cine «amateur», la práctica del deporte de montaña, la organización de concursos literarios y juegos florales, la motorización de la juventud, el excursionismo y el «hockey» sobre patines se mezclan precisamente, en esas poblaciones, con unas inquietudes del espíritu que no tienen nada que envidiar a las ciudades españolas de más solera cultural o histórica.

Ahora en Sabadell han descubierto una nueva modalidad para las vacaciones de muchos millares de obreros, que, en vez de ser, como hasta ahora, sucesivas, escalonadas y por turnos, se realizarán todas a la vez y en un descanso multitudinario y global de quince días.

UNA ENTREVISTA MAS, PERO ATENCION

Sobre esta interesante modalidad hemos entrevistado al presidente del gremio de fabricantes de Sabadell y Alcalde de aquella ciudad, señor Marcet, quien nos ha manifestado, respecto al tema que nos ocupa, lo siguiente:



Sala de zurcidos, con la instalación de altavoces al fondo.



Señor Marcet, alcalde y presidente del gremio de fabricantes de Sabadell.



Una sección de telares parados durante un descanso.

—Este año hemos adelantado el turno de vacaciones debido a que muchos obreros desean ir a residencias y centros de veraneo y es más fácil, para ellos, encontrar alojamiento en julio que en agosto, que es cuando una gran multitud de trabajadores realizan su descanso legal.

—Este nuevo sistema de la vacación simultánea y colectiva, ¿resulta más eficiente que el de los turnos?

—En las fábricas de Sabadell trabajan familias enteras por lo que nos parece más humano y hasta más lógico que les coincidan a todos ellos las fiestas a que tienen derecho, según la ley. Por otra parte muchas fábricas son suministradoras de otras, por lo que el cierre parcial de unas perjudica la producción de las otras, que no pueden trabajar al ritmo normal. Por eso hemos entendido que la vacación simultánea era más racional que la sucesiva por etapas parciales.

—¿Cuántos días va a estar paralizada la industria en Sabadell?

—Este año van a tener los obreros dieciséis días de vacación, ya que se ha procurado que el final del descanso legal coincida con la fiesta mayor de la ciudad.

—Un dato imprescindible es el de la población obrera de Sabadell. ¿A qué cantidad asciende hoy el número de trabajadores de la industria local?

—Veintidós mil trabajadores tiene nuestra industria textil sabadellense, a los que hay que añadir cuatro mil quinientos que trabajan en otro tipo de fábricas. Sabadell es conocida por sus fábricas de tejidos y sin embargo la metalurgia es una fuente de riqueza local cada vez más importante, a la que hay que añadir otras fábricas que se dedican a la maquinaria textil.

—¿Qué cantidad de metros de tejidos van a dejarse de producir en las días de vacaciones?

—Casi un millón de metros. Lo que supone dejar de producir por valor de más de ciento cincuenta millones de pesetas.

Luego hablamos, sobre el plano de las suposiciones, de la posibilidad existente de que la industria textil catalana suministre a las fuerzas de la N. A. T. O.; lo que remediaría el estado de la exportación actual de tejidos que hoy esperan una revisión más flexible de las cuentas combinadas.

FABRICANTE Y POETA

Y ahora, para que vean nuestros lectores que la noble profesión de fabricante y el arte casi divino de la poesía no son incompatibles, vamos a entrevistar a un fabricante-poeta o un poeta-fabricante, según se mire la prelación de los valores.

Se llama nuestro entrevistado don Jaime Balet Portabella, quien nos manifiesta que no es muy partidario de que la actividad industrial se pare toda a un mismo tiempo, ya que ello impide que los obreros que lo deseen puedan aprovechar estas vacaciones para trabajar. Nosotros, que admiramos todas las virtudes que entraña el trabajo y sentimos con esta afirmación una gran alegría, aunque no podemos menos que recordar algunas disposiciones de derecho laboral, que prohíben terminantemente que los trabajadores empleen su tiempo de descanso legal para trabajar en otras empresas, ya que ello supondría un perjuicio en la productividad de la fábrica que concedió las vacaciones, a lo que, al incorporarse de nuevo al trabajo, le rendiría menos el trabajador que empleó su merecido descanso en trabajar a destajo para otros patronos que no eran habitual o contractualmente los suyos.

Le preguntamos ahora al vate fabricante:

—¿Gana dinero con la poesía?

—No.

—¿Es buena?

—La que queda, sí, pues la que no considero buena la rompo.

—Cuando muera, ¿se acordarán de usted como poeta o como industrial?

—Supongo que mucho más como industrial. Aunque agradecería más el recuerdo como poeta.

—¿Qué cosa le resulta de más difícil exportación, la poesía o los tejidos?

—Los tejidos, en los que existe, en la actualidad, ciertas dificultades.

—¿Es usted más poeta que industrial o más industrial que poeta?

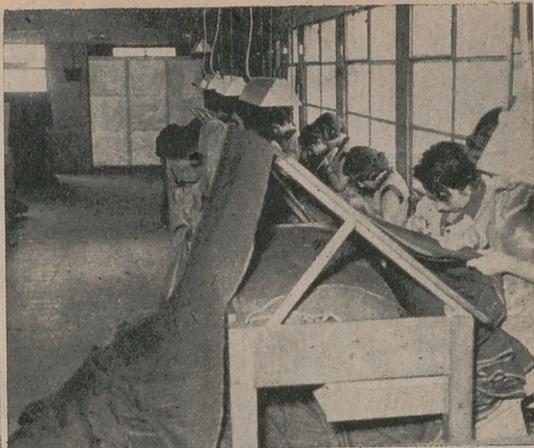
—Soy las dos cosas. En la fábrica industrial y en la biblioteca de mi casa escribo poesías. Ni el rezo estorba el trabajo, ni el trabajo estorba el rezo, que dicen los frailes.

FALTAN OBREROS ESPECIALIZADOS

Y ahora dejamos las inquietudes poético-fabriles del señor Balet Portabella para pasar a la entrevista con el ingeniero industrial don Francisco Baigual, quien, como técnico y perfecto conocedor de los problemas que nos ocupan, habla de la falta de obreros cualificados que se nota hoy día en Sabadell, donde el gremio de fabricantes tiene una escuela de capacitación que en-



Las calles de la ciudad de Sabadell se animan con el tránsito de las obreras textiles a la hora de los relevos en las fábricas.



seña a los obreros que llegan de Jaén, de Murcia u otros lugares la técnica de la fabricación textil, cuya industria necesita, cada día más, de personal especializado.

Le preguntamos:

—¿Por qué se hacen las vacaciones en todas las fábricas a la vez?

—De esta manera les resulta más fácil a las autoridades laborales vigilar el cumplimiento de las disposiciones sobre descanso anual retribuido. Muchos fabricantes pagarían aunque fuese el doble de lo reglamentado con tal de seguir trabajando.

LAS FABRICAS NO QUIEREN PARAR

También preguntamos al señor Baigual el porqué no baja el precio de los tejidos, cuya estabilización se debe, según dice, a que el precio de la lana también se ha estabilizado; a que hay pocos especialistas, y que los que existen tienen más pretensiones que un torero de cartel y casi tantas como una criada. También parecen tener la culpa las vacaciones retribuidas, el gran número de fiestas... en fin que casi llegó a convencernos. Aunque, desde luego, es buena señal el que las fábricas no quieren parar ni para el engrase.

Se cruza en la charla una guapa y desenuelta trabajadora textil de dieciocho años que se llama María Monllor.

—¿Dónde vas a pasar esos quince días de vacaciones?

—A Valls, provincia de Tarragona.

—¿Por qué allí?

—¡A ver al novio!—tercia el ingeniero director.

—¿En qué vas a emplear el tiempo?

—En hacer excursiones, comprar postales bañarme y bailar.

MUSICA DE FONDO

Nos parece muy bien. Y a propósito de música de baile tenemos que decir que la racionalización laboral ha llegado en algunas fábricas de Sabadell a la implantación del método americano de la música en el trabajo. Ya es cosa sabida que los gusanos de seda tejen más con música;

El periodista interroga a don Francisco Baigual, ingeniero director de la fábrica textil. El trabajo es animado continuamente con el servicio de altavoces, que lanza alegre música. En esta ocasión el periodista ha tenido más suerte al elegir «víctima».



ca; que las gallinas ponen más intensamente si escuchan el «Baiao», y que las vacas tienen más leche si oyen música moderna. Pues este mismo método, salvando las distancias entre los gusanitos y los trabajadores textiles, es el que se ha empezado a emplear en algunas fábricas, que les ponen a sus trabajadores música moderna o bien clásica, según el tipo de tejidos que convenga realizar. El «fox-trot» sirve para los trajes de verano, alegres y estampados. Los vales vieneses, para el fino tejido de la mujer elegante. Las marchas fúnebres van muy bien para la fabricación de los severos trajes de etiqueta... Cada música, bien estudiada, sirve para la racionalización del trabajo en un tipo de tejido bien determinado.

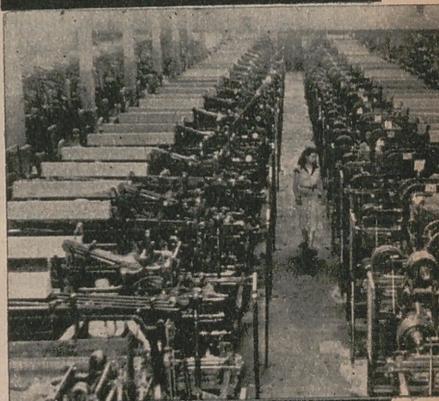
Ante esto, nosotros pensamos en qué es lo que ocurriría en una sala de telares en que los altavoces de la alegre racionalización productiva se pusieran a tocar un potpourri bien variado. Habría que tirar todo el tejido a no ser que se vendiera a palmos.

¿SABADELL DUERME?

En fin, esto es lo que hay. Que la ciudad de Sabadell va a quedarse dormida hasta el momento de su fiesta mayor, en que la trompetería municipal y los gigantes y cabezudos la despierten, otra vez, para la alegría de la fiesta, para los concursos deportivos, los balles de entoldado, la exacta redondez de la sardana; y la despierte también para la nueva lucha de la producción



Sabadell trabaja. En estas horas las calles de la populosa ciudad industrial están casi desiertas.



Vista de una sala de telares en pleno rendimiento de trabajo.

textil, ininterrumpida ya durante un año.

Francisco COSTA TASSO y Miguel PUEYO CASTANER



“¡CORRE, QUE TE COGEN!”

UNA CARRERA DE DOS MINUTOS LLENA DE ANGUSTIA Y SOBRESALTO

En los “Sanfermines”, lo que importa es saltar, cantar y empinar la bota

ESTAMOS a 6 de julio. El auto-
vía para Pamplona sale de
Atocha a las dos de la tarde. Lle-
go a la estación minutos antes de
la partida, y me acomodo sin difi-
cultad. Al momento pienso:
¿Cuántas personas de las que me
acompañan van también a Pam-
plona, a pesar los sanfermines?
Yo estoy dispuesto a iniciar este
reportaje en el mismo tren, y,
con los oídos alerta y la mirada
escrutadora, voy analizando uno
a uno a todos mis vecinos. Pronto,
unos cuantos señores gordos
y bulliciosos, alborotan el cotarro.
Su fisonomía es la del pícnico ex-
travertido, dispuesto a referir su
historia y la de toda su familia.
«Ya, tengo a un pamplonica», me
digo con entusiasmo de colecciona-
dor primerizo. Pero pronto me
 doy cuenta que a mí me está su-
cediendo lo que a aquel personaje
de Chesterton, que fué Jueves.
Aquel buen hombre, persiguiendo
a un anarquista, descubrió al fin
que todos sus perseguidos eran
otros tantos policías, que, como
él, iban tras los ácratas. Resulta
que todos estos presuntos pam-
plonicas son los cronistas tauri-
nos de los diarios y revistas mar-
ríleños.

Al aproximarnos a los límites
navarros se empieza a notar en

nuestro tren una mayor afluencia
de sanfermineros. En Valverde,
un pueblo cuyas casas se repar-
ten entre cuatro provincias, sube
al tren otro viajero. Es uno de
los médicos del pueblo, navarro
de nacimiento, que también acude
a las fiestas. Me cuenta que la
mayoría del personal va en el co-
rreo y en los coches de línea.

85.000 PAMPLONICAS,
85.000 FORASTEROS

A las diez y cuarto llegamos
por fin a Pamplona. Tomo un
taxi que me deja en la casa en
donde me han reservado una ha-
bitación con cama para dormir.
Esto del alojamiento es difícilísi-
mo en Pamplona en estos días.
Los hoteles y pensiones tienen ya
comprometidas todas sus plazas
a partir de abril, y el despacho
de Turismo va alojando a los via-
jeros rezagados en aquellas casas
particulares. En estos días, Pam-
plona duplica su población, que
ya cuenta con 85.000 almas. En
cada casa, aparte de los vecinos
habituales, se aglomeran los pa-
rientes y amigos. Luego está la
gente de la provincia y la de las
regiones comarcanas, y los turis-
tas españoles y extranjeros. Aun-
que muchos vienen y se van en
el día, y otros plantan sus tien-

das de campaña en las afueras,
haciendo «camping», las casas,
los hoteles, las pensiones y las
fondas, están atiborradas de fo-
rasteros. Hay tanta demanda de
alojamientos, que los pamplone-
ses piden lo que quieren por el
simple derecho de dormir. Y se
les paga sin rechistar. A mí me
piden cincuenta pesetas por una
vulgar cama, aunque, eso sí, muy
limpia y situada en una habita-
ción ventiladísima. Luego me en-
tero de que la dueña paga de al-
quiler ochenta pesetas al mes. Y
no soy yo el único forastero que
duerme en la casa.

**SALTAR, BRINCAR, CAN-
TAR Y EMPINAR
LA BOTA**

Solucionado el asunto del alo-
jamiento, me echo a la calle, que
es lo que vengo deseando desde
que salí de Madrid. En la vía ya
hay una barahúnda de mil de-
monios. Estruendosas masas de
gente van y vienen con bandur-
rias, acordeones, armónicas,
chistus y otros mil instrumentos
más o menos musicales, pero
siempre ruidosos y follonistas. A
primera vista no se distingue lo
que son unos y lo que son otros.
La mayoría va ataviada a lo
pamplonica, con sus blusas y sus
pantalones blancos y sus pañue-

los y sus fajas encarnadas. Estos, claro está, son los hombres, porque mujeres en pantalones súmuy pimpantes y chulitas, con al lo se ve a las francesas que van, gún tipo pseudo existencialista, enmascarado con una sotabarbarala, que sospecho se la ha debido dejar aposta para estas fiestas. Digo que los pañuelos que los pamplonicas llevan anudados al cuello son rojos. Bueno, algunos lo son. Pero otros, al no tenerlos, imitando al fantasma de Canterville, han cogido y se han atado cualquier trapo chillón que tire un poco hacia lo colorado. Es lo mismo. Lo fundamental, lo básico, lo importante, es saltar, brincar, cantar y empinar la botita, para tomar ánimos y seguir brincando. Un francés, Jean Bouquet, ha dicho que los pamplonicas están hechos de bronce y de caucho. De bronce, porque son capaces de resistir todas estas fiestas sin dormir, siempre en pie. Cantando y pegando saltos también. Por eso dice que son de caucho, porque continuamente están botando. Pero no botan como una pelota, dando tumbos, sino que, muy tiesos, a pie juntillas, suben y bajan como unos siempre tiesos, poseídos por el movimiento continuo, cuya fórmula hallan durante estas fiestas, no sé si imbuídos por un demonio o espíritu sanferminero o engrasados por el caldo espeso de sus botas y el fuerte alimento del ajoarriero, que, como se sabe, es una extraña y explosiva mezcla de bacalao, ajo, langosta, caracoles y otros ingredientes de esa categoría.

EN CUALQUIER PARTE SALTA UNA JOTA

Cantan muchas cosas. Todo lo que se les ocurre. Pero lo curioso es que las coplas típicas de los sanfermines folklóricos a penas se oyen. Eso de «Uno de enero, dos de febrero», casi nunca lo escuché, a no ser luego en boca de las cuadrillas que llegaron de Logroño. Tampoco oí lo de «Levántate pamplonica y da de la cama un brinco». Yo no sé si lo cantarían en la diana anunciadora del San Fermín.

En la plaza del Castillo no hay nada más que mozueltas, «menegildas» y modistillas, entre las que se mezclan soldados y juvenzuelos del pueblo, intentando bai-

lar con ellas. En las terrazas se ven turistas. El mayor bullicio está en las calles y en las tascas. En cualquier parte se inicia una jota navarra, en la que los bailarines son los hombres solos y alguna que otra muchacha que alegremente, bulléndole los pies, se incorpora a las comparsas.

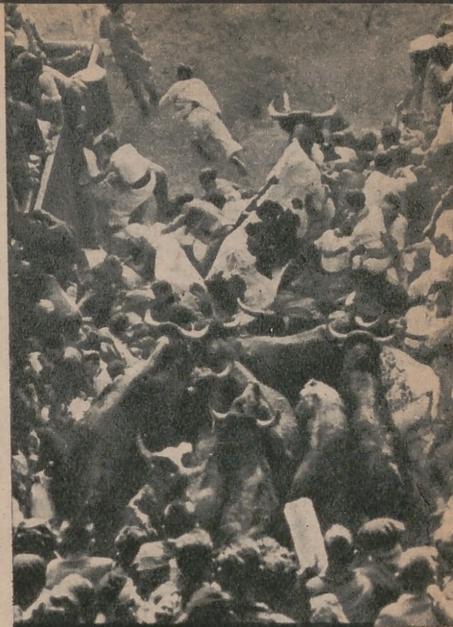
He podido comprobar lo que ya me suponía: que para el elemento netamente navarro y vasco (esto es, norteamericano) de los pamplonicas, los sanfermines no interesan por los bailes ni por los toros y ni aun siquiera, si se me apura un poco, por el encierro. Los sanfermines interesa, sobre todo al pamplonica genuino, porque constituyen unos días libérrimos, en los que cada uno puede hacer y decir lo que le dé la real gana. En el encierro toman parte activa relativamente sólo unos pocos mozos, aunque este número cada vez vaya en aumento. A las corridas, ya veremos a lo que van las cuadrillas, levadura efectiva de la fiesta. En cambio, todos o casi todos, intervienen directamente en la descomunal cena que celebran solteros y casados con sus respectivos amigos, y en la subsiguiente borrachera que todos cogen, de tasca en tasca, a lo largo de la santa noche, que se empalma con el primer encierro.

Resulta curioso observar cómo se divierten por sí solos estos pamplonicas. Entran en una tasca, beben su copa y se salen. Van luego al Tenis, donde se reúne la gente bien, y si allí a alguno se le ocurre encontrar alguna mocita pinturera que le parece bien y quiere quedarse, otro le contesta:

—Otra por ahí ya habrá.

Como también hay otra copa y otra taberna. La cuestión es no detenerse en un sitio, sino ir vagando de calle en calle hasta la hora del encierro. Al filo de la madrugada, unos recenan unas sopas de ajo para reponer fuerzas; otros acaban sentándose en el bordillo de una acera y siguen con su murga, con una murga interminable y monótona, siempre repetida, que no permite dormir en toda la santa noche a nadie, como a mí me está sucediendo.

Por las calles, aparte de los curdeles solitarios, de las pandas y de las cuadrillas, ya empiezan



El encierro culmina con la entrada de los toros en la plaza.

a verse muchédumbres cada vez más numerosas. Se aglomeran en las proximidades de las calles por donde pasa el encierro y en la plaza de toros, grupos de montañeses, del valle de Usarra, de Anué, de Odieta y del Baztán; provincianos de La Cuenca, de Estella y de La Ribera; gordos guipuzcoanos, alaveses y vizcaínos. También hay forasteros de provincias más lejanas, entre los que predominan los chalanes valencianos y leridenses, que van con sus blusones y sus varas cimbreantes. De vez en cuando despunta un extranjero, que contempla desde lejos la turbamulta o se incorpora a ella disfrazado de pamplonica.

«¡CORRE, QUE TE COGEN!»

Se va aproximando la hora del encierro. De esa carrera veloz del hombre y de la bestia, acosados por una atroz vocinglería. Y del encierro me toca ahora hablar.

Ya sé que el encierro es el tema adonde convergen todos los recuerdos de los viajeros y de los turistas que acudieron a Pamplona para los sanfermines. Ya sé que se ha hablado y escrito mucho sobre este tema. Pero, ¡qué remedio! No voy a escamotearlo en este reportaje.

—El encierro tiene tres miradores formidables—me dice un pamplonica. Y añade—: uno, desde el Ayuntamiento; otro, desde la Estafeta, y un tercero, desde la plaza. El callejón también es un buen punto para verlo.

—Pues ya lo veré desde los tres.

—¿Tú qué crees, que dura media hora?

—¡Qué sé yo!

—El encierro sólo dura dos minutos. Y eso que atraviesa dos calles y dos plazas. En total, 767 metros. La señal del arranque la da un cohete. Luego suena otro, y al momento, el tercero, que indica que ya están los toros dentro de la plaza, encerrados.

El novelista norteamericano Ernest Hemingway, que este año ha estado en Pamplona con su esposa, en una barrera de la plaza de toros.



En fin, que siendo el encierro una fiesta instantánea, ha de verse en tres días sucesivos, cosa que me toca hacer. Pero yo, en mi relato, hago caso omiso del tiempo y del espacio, y voy siguiendo a la fiera. No digo precediendo, porque no quiero exagerar hasta ese punto mi relato) desde el «asca» hasta el Ayuntamiento. Desde el Ayuntamiento hasta la entrada de Estafeta; desde aquí hasta el callejón, y desde allí hasta el ruedo. Los que se ponen delante del bicho, aunque muchos busquen la fotografía en que perpetuar su hazaña no tienen tiempo para gracias, y sólo han de cuidarse de echarse a un lado o al suelo, cuando la manada los alcanza. Apenas se oyen exclamaciones como ésta: «¡Ya están fuera! ¡que vienen!» o esta otra: «¡Corre, que te cogen!» Por lo demás, toda exclamación de los actores queda apagada por el inmenso clamor de los que atienden anhelantes al espectáculo, deseosos de que ocurra algo y al mismo tiempo temerosos de lo que pueda suceder.

Pero no sucede nada, a pesar de que los toros a veces pisotean a la masa y la cornean. Tal vez por eso, muchos extranjeros no comprendan ni valoren el encierro. Quien se da exacta cuenta de sus peligros son los que han corrido delante de los bichos y los profesionales y allegados al toro. Se cuenta que «Manolete», al presenciar el encierro desde un balcón de la calle Estafeta, exclamó: «¡José!, ¡José!»

A la hora del encierro, la plaza de toros parece un campo de amapolas, ya que el sol dora las camisas blancas de los espectadores, pringosas ya de sudor, de polvo y de vino, y enciende aun más la roja pincelada de los pañuelos, de las fajas y de las boinas de los hombres y de las rebecas de las muchachas. En este campo despunta, de acá para allá, la mota verde de las boinas de los guardas, que asoman como las malas hierbas, aunque los guardas no hagan mal a nadie y sean unos buenos hombres. Hay mozos que siguen empujando la bota y mocitas que llevan debajo del brazo el libro de misa. Truenan los cohetes y la «mocina» entra en aluvión como un gusano enorme y reptante que se disgrega y se esparce en mil colitas saltarinas por todo el ruedo. Pero no sucede nada, y penetra el toro nervioso y perplejo en la plaza. Un alarido general lo recibe.

Todos saltan como endemoniados, no sé si pretendiendo aplastar las gradas y los tendidos bajo sus pies rebotones. Y pasan todos los demás. Poco después sueltan las vaquillas emboladas. Es la hora de los cobardes, de dar rienda suelta a los malos instintos, de vengarse de los sustos y de los apuros que se pasaron a más o menos distancia delante de los toros. Todo el afán de los mozos de la plaza es echarse sobre los pobres animales, aporrearles, agarrarles del rabo, pincharles, golpearles.

No obstante, las vaquillas, muy ladinas y resabidas, saben defenderse, y de vez en cuando consiguen enganchar a un gamberro por las posaderas y lanzar-

lo al aire. Por tres veces se repite la misma acción, sin que el público y los actores muestren cansancio alguno, y, por fin, la gente se dispersa. Se van a comer churros.

«AYER LA HICIMOS GORDA, HOY LA HAREMOS MUCHO MAYOR»

Yo también me voy a lo mismo. La churrería más famosa es la de la calle de Mañueta. Pero no sé adónde cae eso y me quedo en la primera que encuentro. En la churrería cojo al vuelo algunos comentarios:

—«Ahura», que ayer la hicimos gorda. Pues hoy pensamos hacerla mucho mejor!

—Ya es verdad. En eso no mentes.

—Oye, tú; «paice» que los ojos te hacen «chirill».

—Es que hacía una docenica de años que no venía.

Se ve a la legua. Estos son navarros de La Ribera. De siempre, si la Ribera ha segado bien, se vuelca aquí. Pero con los adelantos y la creciente subida del nivel de vida, cada año se nota menos el vaivén de las buenas o malas cosechas, y la afluencia de pamplonicas es más constante. También hay en la churrería algún que otro vizcaíno impecable, con una blusa de seda inmaculada, muy señorón y unos guipuzcoanos de Regi, cerca de Azpeitia, con abarcas y rusas.

MERCADO DE AJOS Y DE BOTIJOS

De la churrería marchó a la plaza de las Recoletas, en donde está la iglesia de San Lorenzo, donde se encuentra el santo del día: San Fermín. Allí oigo misa en honor del Patrón, y luego salgo a la puerta a ver la feria de ajos, de Falces y Corella, y de botijos de asas y pezones colorados de Lumbier. Los ajos, enracimados en horcas, cuelgan de unas casetas de pino pintadas de gris. Son muchos los que vienen a comprar ajos a este mercadillo. La horca de ajos, colgada como un monumental collar del cuello de los pamplonicas, es tan típica en esta fiesta como los collares de flores entre los indígenas y turistas de la Polinesia. Por eso no escasean esas inglesas que se retratan en la plaza de las Recoletas con una horca de ajos al cuello, para conservar la foto como recuerdo de sus andanzas por la tierra de Sancho Panza, el gran catador de ajos. Este año los vecinos de Falces han hecho su agosto vendiendo este bulbo estomacal y fuerte como una jota y la misma España.

FRANCESES EN CAMISA Y FRANCESAS EN PANTALONES

Al venir de regreso para la plaza del Castillo me tropiezo con los zaldicos y quiliquis, los gigantes y cabezudos pamploneses, que van espantando la chiquillería con sus vejigas. Cada vez se hacen más numerosos los franceses por la calle. La inmensa mayoría de éstos son vascofranceses y vienen y van en el día en autobuses y motocicletas. Me cuentan que el 18 de julio suelen venir más de sesenta autobuses. Viene mucho mocerío, en parejas

más o menos amarteladas y ligeras de ropa. Ellos vienen en camisa, y muchas de ellas con pantalones. Algunos acampan en El Sario, terreno municipal en donde antes se reunían las ganaderías navarras.

Así como alojarse es cosa difícil en estos días, comer, por el contrario, es de lo más fácil. Hay muchas tabernas, hoteles y casas de comidas, en donde se pueden probar las truchas de Mugaire, el cordero asado y el ajoarriero, regado todo con buen tintorro. La mesa será cosa seria y respetable; pero en los sanfermines poco falta para que también se baile encima de ella una jota navarra, pues los pamplonicas no dejan de bailar y de cantar durante la comida.

CON HEMINGWAY EN LA TERRAZA DE UN CAFE

Después de comer me siento a tomar café en la terraza de Choko. Estoy citado con el escritor pamplonés José María Iribarren, que me va a presentar al célebre novelista norteamericano Ernest Hemingway. Hemingway es un norteamericano alto y corpulento que se presenta ataviado con una camisa a cuadros y con una barba de ocho días a consecuencia de una dermatitis. Tiene toda la facha de un vaquero o de un «sheriff» de las películas del Far West, aunque unas gafas de gruesa montura de oro lo califican de intelectual. Se expresa con claridad en español. El ya estuvo otras veces en España, aunque en sus escritos no nos haya sabido ver. Pero eso es cuestión del cristal con que se mira. Le acompaña su esposa, que hace el número cuatro, una rubia menuda, a la que trae para que vea la fiesta. Viene con la pareja otro anglosajón, muy amable y cortés, alto y delgado, con una chaqueta azulmarino con botones lisos dorados, que indican que su propietario ha pertenecido cuando menos a Cambridge o a Oxford.

—El encierro—nos dice—despierta mucho interés en los Estados Unidos.

Todo lo demás no lo comprenden, pero el encierro les parece muy romántico.

—Tal vez sea por la prosapia ganadera de ustedes. Pero como tipo ¿cuál es el pamplonica más interesante para usted?

—San Fermín—contestó rápido el novelista.

—¿Por qué?

—Porque es muy moreno y lleva un capote torero y ha aguantado muchos años los sanfermines, con lo que demuestra ser un verdadero mártir.

—Y dejando a un lado San Fermín?

—Los pamplonicas del campo. Yo también soy campesino.

Esta hora de la sobremesa, en espera de que llegue la hora de la corrida, es el momento cumbre de la plaza del Castillo. Los aficionados aguardan en las terrazas de los cafés bebiendo cualquier cosa, mientras que plagas de vendedores ambulantes nos atosigan implacables. Un vizcaíno muy pulcro, compra un racimo de globos por darse el gustazo de echarlos a volar. Otro, por no ser menos, que ha comprado lo mismo los hace que estallen en la

Los toros pisotean a la masa y la corraean. Es un juego peligroso, pero de emocionante atractivo.

punta de su cigarro. Al verlos tan rumbosos, unas floristas se aproximan como moscas a la miel, engatusándoles para que les compren sus flores. Ya se oyen las charangas de las cuadrillas. Ya aparecen en anárquica y bulliciosa fila por la calle de Chapitería. Llegó el momento. ¡A los toros!

MEDIA PLAZA BLANCA,
MEDIA PLAZA GRIS

Yo he leído, no sé en dónde, que la plaza de Pamplona es la más loca del mundo. Y es verdad. Por lo menos en los tendidos de sol. Paso por alto la corrida, de la que no entiendo nada, pero me detengo en estos tendidos, en donde las cuadrillas lo ocupan todo, casi desde las barreras hasta los palcos. Media plaza, ahora por la tarde, es blanca. Es la del sol; la de los pamplonicas, la de las cuadrillas. La otra media es gris. Es la de la sombra, la de los señoritos que entienden y les importan mucho las distintas suertes de las corridas. A muchos ingleses, a casi todos, lo que más les entusiasma son las cuadrillas. A Roland Wind le encanta verlos desfilar por la plaza del Castillo, cuando ha concluido la corrida. Pero ésta aún se encuentra en pleno apogeo. Cada cuadrilla lleva su estandarte, que coloca entre toro y toro, delante de las columnas de los palcos, para que la plaza entera los vea. Estas pancartas tienen dos letreros: uno por delante, original y de cosecha propia, y otro por detrás, en que se anuncia la marca de un coñac, que completa con unos cuantos miles de pesetillas el presupuesto de cada cuadrilla. A la Peña Oberena, compuesta por chicos de Acción Católica, les han dado tres mil este año. A cada lance del toreo, adverso o lúcido, las charangas de las peñas lo corraean con su chinchin, y todos empujan la bota contentísimos.

—Doce duros he pagado yo por la entrada—me confiesa un murguista—. ¿Y cree usted que a mí me importa esto?—me dice señalándome al ruedo—. ¡Ca! Yo he venido aquí para divertirme.

¡Claro! A él le importa poco toros y toreros. El ha venido a la plaza para berrear, para brincar, para empinar la bota y para abrazarme enternecido. Cosas todas descabelladas y extraordinarias para un inglés gordo y sudoroso, colorado como un cangrejo por el sol y la fatiga de tanto gritar a los murguistas:

—¡Apartese! ¡Déjeme ver!

Oyéndole expresarse en un español correcto, me dirijo a él creyéndome que voy a entenderme con él a las mil para villas. Pero no. Sólo sabe estas dos frases, y las repite invariablemente, año tras año, como un papagayo, quitándose de encima a todos los curdaldas que navegan delante de él en un turbio mar de vinazo.

Procede de Liverpool y se llama Mm. William Beckford.
DESFILÉ DE CUADRILLAS
POR LA PLAZA DEL
CASTILLO

Al fin se acaba la corrida y desfilan las cuadrillas por la plaza



za del Castillo. Van delante de cada una los respectivos carteles anunciadores, esos mismos que figuraban en la plaza. Unos pamplonicas gritan abriendo paso:

—¡Aire, machotes!

Y detrás de ellos marcha un curdela con una «damajuana» de vino sobre la panza, llevando en la mano una botella vacía que hace de mazo, parodiando el toque del bombo. Le siguen otros, con barras de pan que enarbolan cual pantagruelicos garrotes. Unos terceros ondean los rabos de toro recién cortados. Y van cantando: «Lara la la la. La la la ra la la la.» Luego se tiran al suelo y se hacen los muertos, o juntándose de pies se abren en estrella y juegan a la barca va, a la barca viene. Los de la Peña Oberana desfilan gritando: «Gaseosa Oberana, gaseosa con sifón». La mayoría de las pancartas de las cuadrillas hacen alusión a Marcilla y al petróleo. Así, en un cartel, se lee: «A la primera salió el petróleo.»

DISPERSION EN LA DIVERSION

Por la noche, ya la plaza del Castillo no atrae a todos los pamplonicas. Ahora hay muchos centros de diversión. Por un lado está el Tenis, con una capacidad para tres mil personas, en la que la Johsepa de Santesteban ofrece sus succulentas comidas y la Gea de Pasapoga promete amenizar la velada. Al Tenis, si no acude la crema de los pamplonicas, por lo menos atrae a los que tienen más cuartos. Además del baile del Tenis está el de la piscina Larraina y el del Club de Natación, con una cabida para mil bailarines. Además hay el cine al aire libre de la plaza de San Francisco, que atrae a dos mil espectadores y el baile del paseo de Valencia, en que se danza suelto y con chistu. Por lo tanto, la plaza del Castillo se queda un poco tristona, a pesar de su música y de sus mozelas, que bailan con los soldaditos y los pamplonicas de bolsillo vacío.

DOS MIL GITANOS EN LOS SANFERMINES

Hablando de los mil extraordinarios tipos que se pasean por Pamplona en los sanfermines, aun no he mencionado a los gitanos ni a los extranjeros. En Navarra hay unos dos mil gitanos, según Moisés Bermejo, agrupados por familias o tribus, que son las de los calés de la Chen.

Yo no sé cómo visten estos calés en día corriente y moliente, pero en las fiestas, los grandes embuten a sus pequeñuelos en la camisa y los pantalones blancos de los pamplonicas. Esos días todos son payos. Aparte de estos gitanos pamplonicas vienen muchos de provincias al tufillo del ferial. Entre ellos los que más llaman la atención son los madrileños, que se distinguen por vestir como unos perfectos señoritos y fumar tabaco rubio displicentemente. De lo único que no se han podido despojar ha sido de su tez aceitunada y de su junquillo.

TURISTAS «DESCAMISADOS»

En cuanto a los extranjeros, vienen de todas partes. Hay franceses, ingleses, norteamericanos, alemanes, argentinos y de otras nacionalidades. No conciben nuestra indumentaria. Reconocen que vestimos bien. Pero al mismo tiempo afirman que vamos anticuados. Expresándome a la española, confieso que les parecemos cursis. A nosotros se nos antojan unos descamisados, porque van de pantalón y camisa o pescadora suelta, tanto el multimillonario como el obrero, en un prurito de camuflarse; pero nosotros les resultamos algo así como unos paletos de Cascartillo o Vitigudino. Se alojan en todos los hoteles, y muchos de los que tienen coche se van al hotel Ayestarán, con descintas camas en Lecumberri, a 35 kilómetros de Pamplona. Otros van y vienen con sus «haigas» de San Sebastián y la frontera. La inmensa mayoría del turismo extranjero no hace mucho consumo. Por término medio vienen a gastar de unos 35 a 40 duros. Unos ya conocen los sanfermines; otros sólo de referencias. Entre éstos se encuentra la señora de Buffalo (Estados Unidos), que acaba de escribir preguntando si hay garaje en Pamplona; un ruso blanco que pretende una pensión completa por 50 pesetas durante las fiestas, y el capellán doméstico de Su Santidad, que escribió hace muy poco tiempo rogando que se le reservase una entrada para la corrida del día 9. Casi todos acuden por el encierro. Se creen que los toros del encierro son distintos a los de la tarde. Unos japoneses, al ver los toros por la calle de la Estafeta, se supusieron que eran un desfile, una especie de procesión, organizada por las autoridades.

Octavio APARICIO LOPEZ
(Enviado especial)

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

“¡CORRE, QUE TE COGEN!”



En la página 60 publicamos un gran reportaje de nuestro enviado especial en Pamplona, Octavio Aparicio López, sobre los «sanfermines». Estas tres fotografías son prueba bien expresiva de la emoción del encierro, que este año ha sido presenciado por varios millares de turistas.

